Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original *Con los lanceros del emperador Maximiliano en México*

Author(s)/ autor(es):

Stanisław Wodzicki

Published originally as/ Publicado originalmente en: *Estudios Latinoamericanos*, 18, pp. 5-128.

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios1998.v18.art1>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latynoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

**Con los lanceros del emperador Maximiliano en México.
Memorias de un oficial**

Stanisław Wodzicki

**Traducido del polaco¹ por
Zygmunt Wojski**

**Revisión de la traducción y notas
Joaquín R. González Martínez**

**Introducción: perspectiva polaca
Maria Paradowska**

**Introducción: perspectiva mexicana
Joaquín R. González Martínez**

1 En base a la edición de Librería D.E. Friedlein, Kraków 1931.

Introducción: perspectiva polaca

Durante tres siglos México pertenecía a España y sólo en 1821 logró su independencia aunque ésta tampoco le garantizaba ni tranquilidad ni estabilidad. Continuaban luchas encarnizadas por el poder que por ende llevaron a una anarquía política. A esto hay que sumar la guerra con los Estados Unidos en la década de los cuarenta, por las zonas fronterizas, en consecuencia de la cual México perdió los territorios entre California y Tejas, al norte del Río Grande.

En 1857 estallaron escaramuzas entre los conservadores y los liberales, mandados estos últimos por Benito Juárez. En 1861 los conservadores fueron derrotados y Juárez fue nombrado presidente. Sin embargo, el país estaba endeudado con Francia, Inglaterra y España, así que era difícil pensar en las reformas. Juárez tomó entonces la decisión de suspender el pago de las deudas extranjeras, lo que, para las potencias europeas interesadas en fortalecer su influencia en México, resultó ser un pretexto para la intervención militar, emprendida en 1861. Puesto que Juárez declaró pagar la deuda en los años posteriores, Inglaterra y España renunciaron a las acciones militares. Mas Francia, con sus ambiciones de invadir México y colocar en su trono al archiduque austríaco Maximiliano Habsburgo, no tenía intención de rehusar a las acciones militares. Envío a México sus tropas las cuales, en mayo de 1862, en lucha contra las de Juárez, fueron derrotadas. No obstante, esto no hizo parar la intervención francesa. En 1864, el ejército dirigido por Maximiliano, en donde servían también los polacos, llegó por fin a la Ciudad de México. Maximiliano se proclamó emperador de México.

El emperador, engañado por los partidarios de ganar México para Francia, estaba al principio convencido de que los mexicanos lo habían acogido con alegría. Poco a poco comenzaba a darse cuenta de la realidad y de la hostilidad de los mexicanos. Además, vistos elevados gastos de manutención de las fuerzas armadas y de la corte imperial, Maximiliano no tenía ninguna posibilidad de pagar las deudas del país. A todo ello había que añadir un cambio brusco que tuvo lugar en la política de Francia la cual comenzó a rehusar su apoyo a Maximiliano. Abandonado, solitario, con un puñado apenas de sus cercanos, el emperador, oyendo los rumores de que se acercaba el ejército de Juárez, recogió a sus reducidas tropas y salió a su encuentro. Después de perdida la batalla fue arrestado y condenado a la pena de muerte. Fue fusilado el día 19 de junio de 1867. Juárez, elegido nuevamente presidente, ejerció esa función hasta 1872.

En estas luchas tomaron parte también los polacos. Cabe destacar que la intervención francesa en México tuvo lugar poco tiempo después de que hubiera fracasado el levantamiento de 1863 en Polonia, llamado “levantamiento de enero”, alzado por los polacos de la zona incluida a Rusia en 1795 a consecuencia del Tercer Reparto de Polonia, y dirigido contra los invasores rusos. Después del fracaso los insurgentes, huyendo de las represalias de la Rusia imperial, se dispersaron entre varios países, yendo principalmente a Francia y Austria. La mayoría de los que pasaron la frontera austríaca fueron internados por las autoridades austríacas. Una parte esperaba en Austria la oportunidad de poder empeñarse en acciones cuyo lema era la idea de luchar por la libertad de Polonia. No obstante, las difíciles condiciones de una estancia forzada en Austria, la incertidumbre de su propia suerte y el temor de estar entregados en las manos de la Rusia imperial, hicieron que los ex-insurgentes se presentaran a las formaciones organizadas en aquella época por las autoridades austríacas, formaciones que tenían que ser enviadas a México para ayudar al emperador Maximiliano en la toma y consolidación del poder en ese país.

También los polacos que estaban en Francia se alistaban al ejército francés que partía a México, con la esperanza de que con esta actitud iban a lograr el apoyo de su causa de parte de la Francia de Napoleón III. A pesar de una desilusión debida a la falta de ayuda real para los insurgentes, como también a la debilidad de las intervenciones diplomáticas llevadas a cabo por Francia, Inglaterra y Austria con respecto a la protección de Polonia y dirigidas al gobierno imperial ruso, una gran parte de polacos confiaba siempre en Francia, abrigando la esperanza de que con la ayuda de este país su patria lograría la independencia.

Cabe destacar además que tanto la mayoría de la sociedad francesa como sus élites que se encontraban en el poder, estaban convencidas de que cualquier acción llevada bajo la bandera de la Francia imperial era justa y atinada. El mito napoleónico, la leyenda de los Bonaparte libertadores y paladines de los derechos para las naciones, desempeñaron aquí un rol decisivo. En base a esa convicción los polacos estaban seguros que un suceso rápido de los interventores permitirá a Napoleón III una mayor actividad de Francia en Europa y, por ende, un apoyo activo de la causa polaca.

Todo esto influyó en la participación de los polacos en las luchas llevadas a cabo en México del lado de Maximiliano. Aparte de los insurrectos internados en Austria y luego incorporados por fuerza al ejército austríaco, el ejército de Maximiliano lo formaban también los voluntarios que se presentaban por motivos políticos, los campesinos pola-

cos alistados a través de unas oficinas especiales en Viena y Liubliana y por ende, los voluntarios que deseaban viajar al otro hemisferio, curiosos de ver un mundo desconocido, esperando ganar fortuna y vivir aventuras interesantes.

Viajaban a México por grupos, en sucesivas expediciones, entre 1863 y 1865. A decir verdad, casi nadie tenía idea alguna sobre la situación política de ese país. En consecuencia, del lado francés en las luchas en México participaron de 2 a 3 mil polacos. El número de los caídos era bastante elevado. Los polacos servían en las tropas de caballería e infantería, en la así llamada Legión Austrobelga, en el ejército regular francés y en la Legión Extranjera. Eran buenos soldados, siendo en general fieles a Maximiliano. No obstante, algunos, estando ya en México, comenzaron a comprender el drama de la nación mexicana y su odio hacia los invasores. Eran problemas muy cercanos a los polacos, ya que ellos mismos habían vivido una situación similar en su patria. Admiraban pues la valentía y determinación de las tropas de Juárez y de los civiles, aunque en el fondo no abandonaron su convicción de que los franceses y los austríacos deseaban introducir, ya sea por fuerza, la civilización y el orden en México.

Algunos de los militares polacos, no pudiendo conformarse con el sufrimiento ocasionado a la población mexicana, se suicidaban o trataban de desertar pasando al lado de los republicanos mexicanos. A los que se daban de fuga y luego fueron atrapados, se les fusilaba públicamente. Para muchos era una gran prueba moral, un drama y fracaso de sus propias tendencias independentistas, infringidas a través de la participación en la sofocación de un levantamiento por la independencia de otra nación. Los polacos participaron sobre todo en las luchas de los años 1865-1867, en varios estados de México: desde Oaxaca hasta Sonora, tomando parte en las batallas de Zacatecas, Camargo, Querétaro, Puebla, Ciudad de México. Sólo algunos oficiales polacos desempeñaron un rol significativo en el ejército de Maximiliano: fueron sobre todo el coronel Jabłoński, el coronel Edward Subikowski, el comandante Józef Markowicki y el capitán Edward Pawłowski.

Después de las acciones militares la mayoría de los polacos regresó a Europa, primero a Francia o Austria y luego a Polonia. Otros de dispersaron entre los países latinoamericanos, solamente unos pocos se quedaron en México asimilándose a la sociedad mexicana.

Unos cientos de polacos luchaban en el ejército de Juárez. Eran más que todo ciudadanos estadounidenses quienes, junto a los voluntarios de este país cruzaban la frontera mexicana para unirse a los republicanos y ayudarles en las luchas llevadas en contra de

los invasores franceses. La suerte de estos defensores de la República Mexicana es poco conocida. Lo que sí se puede constatar con toda certeza es que su situación era menos drámatica que la de los polacos que luchaban en el ejército francés, ya que éstos defendían los ideales de libertad, democracia y justicia social. Sin embargo, tanto unos como otros, se veían frente al dilema de una lucha fratricida cuando en el campo de batalla, de ambos lados de la barricada se enfrentaban polacos con los polacos [Łepkowski 1970].

El texto de Stanisław Wodzicki nos ofrece las memorias del autor sobre su estancia en México. No se sabe cuando fueron escritos, mas su primera publicación tuvo lugar varios decenios después de los eventos descritos por el autor en los cuales él mismo había participado. Con toda certeza se puede decir que el punto de vista del autor no representa el de la mayoría de los polacos que estuvieron en aquella época en México, luchando en el ejército del emperador Maximiliano, sino que queda en contradicción con sus sentimientos y su alma, que estaba con la sociedad mexicana.

Stanisław Wodzicki nació en 1844 en sureste de Polonia, en una familia de terratenientes. Participó en el levantamiento de 1863 y después de su fracaso huyó a donde sus familiares, que vivían en Wielkopolska (región de Gran Polonia) y quienes le ofrecieron amparo. Pertenecía a aquel grupo de polacos quienes se alistaron al ejército de Maximiliano como voluntarios, abrigando una cierta esperanza de que iban a satisfacer sus ambiciones de soldados y, más aún, de que viajaban en la búsqueda de aventuras, con ganas de conocer los países lejanos y exóticos. En su libro titulado *"Z ułanami cesarza Maksymiliana do Meksyku"* ("Con los lanceros del emperador Maximiliano a México") dice que en aquel entonces tenía veinte años y la política le interesaba muy poco. Mas su energía inagotable y ganas de participar en cualquier acción le empujaron a lanzarse en el torbellino de unas nuevas aventuras. Su viaje a México lo consideraba pues una "aventura". Viajó allí en barco, con un grupo de soldados, a principios de 1865 desembarcó en Martinica y luego, en el barco inglés "Peruvian" llegó a su meta. Alistado a un regimiento de lanceros, era en realidad un soldado muy valiente y bravo. Tomaba parte en muchas luchas y escaramuzas, prácticamente sin reflexionar si se trataba de la lucha en una causa justa o no, ya que lo que contaba para él era la acción militar como tal y no su aspecto moral. A pesar de que algunos de sus compañeros del regimiento ponían en tela de juicio la participación en las luchas del lado de Maximiliano, y hasta huían por esta misma razón al otro lado de la barricada, o sea al ejército de Juárez, Wodzicki comenta con toda tranquilidad que las fugas eran bastante frecuentes y los desertores polacos, fusilados.

No obstante, lo trágico de la situación de los polacos que escapaba a Wodzicki, está presente en las páginas de sus memorias. Los polacos querían, y algunos debían, participar en esta intervención militar, pero creían que iban a luchar para proteger a los más débiles, perjudicados y no del lado de los invasores. Una parte de los polacos comprendió el drama nacional de México. Se sentían engañados por las falsas noticias sobre el carácter de la intervención en la que iban a participar y las cuales los habían animado a viajar a México. Por parte de los mexicanos el paso de los polacos hacia el lado de Juárez era recibido con benevolencia y por ende la actitud de estos primeros hacia los polacos era favorable.

Wodzicki se extrañaba de la visible antipatía de la sociedad hacia el ejército del emperador. Se sintió sorprendido por la actitud del párroco de Apan quien, en respuesta a la demanda de agua para los soldados y los caballos, dijo que no tenía. Después de la pesquisa de la casa del cura resultó que había suficiente agua. Describe la hostilidad hacia los soldados. Los mexicanos los atacaban por sorpresa, a escondidas, les arrojaban piedras, a veces disparaban. En algunas ciudades, como por ejemplo en Oaxaca, los soldados encontraron las calles vacías y todas las casas cerradas. A Wodzicki le sorprendió la actitud hacia aquellos soldados tan “valientes”. Por otra parte, no prestó atención hacia lo esencial del problema relacionado con la presencia de los polacos en México. Resulta que fue también un mal observador de la vida diaria. Tal vez no quería simplemente ver lo que luego resultaría difícil y poco impresionante en su narración, o es que no le interesaban los conflictos sociales ni los enredos en las relaciones humanas. En un sólo caso apenas presta atención a la situación de los indígenas y la actitud de los franceses hacia los mismos, cuando describe la ejecución en la ciudad de Napulcan. No obstante, no adoptó actitud alguna hacia este acto de barbarie, subrayando solamente la valentía y resignación con que morían los indígenas, lo que merecía admiración.

A través de sus memorias Wodzicki se nos presenta como un adolescente propenso a llevar una vida de soldado, lo cual es para él un modo de desahogarse, de descargar su fantasía juvenil y la energía que le sobra, quien no presta atención ninguna al sentido político oculto. Se quedó en el ejército de Maximiliano hasta la capitulación del cuerpo expedicionario para luego, a través de Nueva Orleans, Nueva York e Inglaterra regresar al Viejo Continente donde se estableció en la propiedad de su familia.

Lamentablemente el lector no pueda confontar el texto de Wodzicki con el relato de Konrad Niklewicz *“Wspomnienia z Meksyku. Meksyk za panowania Maksymiliana I”* (“Recuerdos de México. México en los tiempos de Maximiliano I” T. I y II, Warszawa

1901) quien, aunque también prestaba su servicio en el ejército del emperador, se daba perfectamente cuenta de que no estaba luchando del lado justo, lo que constituía para él un grave dilema moral. Además, Niklewicz era un observador más perspicaz, así que sus memorias contienen muchas observaciones de la vida diaria de México, como también varias informaciones sobre ese país recogidas por él en las diferentes publicaciones de la época. Hasta ahora dicho texto existe únicamente en versión polaca.

El libro de Stanisław Wodzicki nos transmite una imagen algo superficial de México en la época de las luchas por la independencia de este país. La actitud del autor hacia la intervención francesa no constituye una muestra ejemplar de la actitud polaca en América Latina. Sin embargo, en esta región del mundo, los polacos marcaron su presencia de manera muy positiva, contribuyendo al desarrollo de varios campos de la cultura y la vida social de las naciones latinoamericanas [Paradowska 1985].

Poznań, diciembre de 1997

Maria Paradowska

Bibliografía

- Łepkowski T., *Z dziejów kontaktów polsko-meksykańskich w XIX i XX wieku*, en: "Etnografia Polska", t.14: 1970, z.2.
Łepkowski T., *Polska—Meksyk, 1918—1939*, Wrocław 1980
Paradowska M., *Polacy w Meksyku i Ameryce Środkowej*, Wrocław 1985

Introducción: perspectiva mexicana

Quien revise la prensa mexicana de mediados del s. XIX encontrará reiteradas alusiones a Polonia. El motivo de estas llamadas de atención se concreta en sólo un hecho: la desaparición del Estado polaco a consecuencia de las reparticiones efectuadas por Rusia, Prusia y Austria. ¿Cuáles fueron los orígenes de tales sucesos y por qué los mexicanos temían que algo similar ocurriera en su país? Las causas son múltiples y muy complejas, por lo que su análisis amerita un estudio a fondo y altamente especializado que en estas páginas no es posible hacer, señalemos, sin embargo, ciertas analogías entre Polonia y México que nos sirvan para entender el contexto en el que el conde Stanisław Wodzicki² rememora sus días en México.

Desde finales del s. XIII hasta 1795 el sistema político de Polonia se basó en un Estado no absolutista y descentralizado. El país estaba virtualmente dividido en una multitud de señoríos controlados por sus respectivos magnates. En tales señoríos florecía una agricultura que abastecía a los países de Europa Occidental principalmente de cereales, producción que se obtenía bajo condiciones sociales de servidumbre.

Los magnates, análogos hasta cierto punto a los caudillos rurales de México, ejercían el control político del país. Si bien hasta 1572 la dinastía de los Jagellones se mantuvo en el trono, el ascenso de todo nuevo rey debía contar con la aprobación de la *Dieta*. Después de ese año la elección de los reyes salió de los cánones dinásticos para recaer en cualquier candidato, no necesariamente príncipe, ni aun polaco de nacimiento. Ahora bien, ¿en qué consistía la *Dieta*? Ésta era una asamblea (*sejm*) bicameral, compuesta por una diputación y un senado. En la primera estaban representadas las asambleas locales (*sejmiki*) de la nobleza y terratenientes, y en el segundo, los altos dignatarios del clero y del Estado. El peso político de la *Dieta* recaía fundamentalmente en las diferentes facciones de la aristocracia y nobleza terrateniente, cuyos enconados intereses particulares se pretendían identificar con los de la nación en su conjunto. Estas facciones elegían al rey, la más de las veces una figura decorativa, dominada por los susodichos magnates terratenientes. La falta de un gobierno central fuerte, en una Europa en la cual las monarquías absolutistas eran la norma, que garantizara entre otras cosas una estabilidad política interna y pusiera freno a las ambiciones de expansión te-

2 En español sería Estanislao Wodzicki. Hemos decidido escribir el nombre del autor en su forma original en polaco.

territorial de sus vecinos, hacían de Polonia un Estado más bien débil y desarticulado, fragmentado en múltiples facciones cuyo poder local era muy fuerte y cuyos privilegios de corte feudalpatrimonial contrastaban vivamente con el desarrollo económico que ciertas regiones de Europa Occidental manifestaban; en fin, el país se presentaba como un antimodelo, o sea, el ejemplo *a contrario* de lo que países en formación, como lo era el México de aquel entonces, no debían permitirse el lujo de adoptar.

Polonia ve, pues, totalmente perdida su independencia en 1795 y no la recuperará sino hasta 1918. Sólo los grandes sectores de la gran aristocracia y nobleza terrateniente salen beneficiados: para ellos era mejor mantener sus privilegios bajo la sombra protectora de otra potencia que verlos virtualmente perdidos con los intentos de reformas democráticas que pretendían limitar los derechos señoriales y crear las premisas de un desarrollo capitalista con base en un Estado, si no absolutista, sí al menos lo suficientemente centralizado para hacer posible dicho desarrollo. Tales reformas fueron estipuladas en la Constitución promulgada el 3 de mayo de 1791 por Stanisław August Poniatowski³ último rey de Polonia. Así pues, la división del país entre Rusia, Prusia y Austria no sólo derivó de las respectivas políticas expansionistas de estos imperios, sino que también fue resultado de las condiciones internas aquí esbozadas.

A esta situación se opusieron, sin embargo, la nobleza menor (los hidalgos), el campesinado (clase social mayoritaria en el país), ciertos sectores de las capas medias urbanas y por supuesto, lo más granado de la intelectualidad y la oficialidad militar polaca.

Numerosas fueron las sublevaciones y los procesos de resistencia en ese largo periodo de ocupación. Habría que destacar las siguientes: la sublevación de Kościuszko en 1794, y las promovidas por la oficialidad militar en 1830 y 1863, todas ellas violentamente reprimidas, sobre todo ahí en donde cobraron una mayor virulencia, o sea, en la parte de Polonia ocupada por el Imperio Ruso. Es en éste y en Prusia en donde las políticas de genocidio cultural y consecuente asimilación a las nacionalidades dominantes fueron más intensas. El espíritu patriótico y nacionalista se mantuvo a pesar de todo inspirado por el Romanticismo, corriente que sirvió de vehículo a las expresiones artísticas de los patriotas, tanto residentes en el país como en el exilio, entre los que se destacaron el poeta nacional polaco Adam Mickiewicz y el compositor Federico Chopin.

Este espíritu patriótico, tuvo, sin embargo, un ámbito territorial en el que se dieron mejores condiciones para su desarrollo. Éste lo fue la región de Polonia conocida por los

3 En español Estanislao Augusto Poniatowski.

austriacos como Galitzia y dominada por éstos. La política imperial austriaca fue de mayor tolerancia ante las nacionalidades que componían ese vasto conglomerado de pueblos y lenguas. Galitzia gozaba de un estatuto de autonomía, inexistente en las otras regiones de la antigua Polonia. En consecuencia, para los polacos Galitzia no sólo fue un referente territorial de expresión cultural, sino también la posibilidad de exilio ante las persecuciones sufridas en la parte rusa y prusiana.

Por lo demás, ya de antiguo en las ciudades galitzianas se concentraba gran parte de la vida cultural polaca. Ahí se encontraban dos de las universidades más afamadas de Europa, la de Cracovia y la de Lvov.⁴ La primera ciudad era célebre, no sólo por su belleza, sino por su atmósfera intelectual, que dicho sea de paso no ha perdido todavía, con sus teatros, salones de tertulia, escuelas, etc., todo ello acrecentado por la riqueza del folklore de los habitantes de sus diversas comarcas, tanto de valle como de montaña; cultura popular que inspiraba ese espíritu patriótico cuestionado, a pesar de todo, por la inexistencia de un Estado independiente.

En este ambiente de patriotismo, rebeldía, romanticismo y vida cultural nace en 1844 y crece el conde Stanisław Wodzicki. Poco sabemos de su vida, a no ser lo que de él dice su nieto el conde Ksawery Krasicki. Su apellido y dignidad nobiliaria lo asocian a una distinguida y aristocrática familia cracoviana presente tanto en la vida política como científica. De carácter levantisco se hace célebre por el rapto de una dama de gran alcurnia y, ya en un tono más patriótico, con su participación en la sublevación de 1863. A consecuencia de la derrota y “avergonzado del fracaso nacional”, dejándose llevar por su espíritu de aventura, decide enrolarse en el batallón de lanceros que acompañarán al Archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo en su malhadada aventura mexicana. A su regreso la familia lo insta a “sentar cabeza”, lo cual hace casándose en Cracovia. Amigo cercano de la familia imperial se dedica a diversos menesteres en la administración y política de la región muriendo en 1931, año en que aparecen publicados sus recuerdos de la guerra de intervención en México.

Años después de que Polonia desapareciera del mapa político de Europa, una serie de nuevos Estados surgían del desmembrado Imperio Español. Uno de ellos, México, como lo hemos señalado ya, se debatía en una constante lucha por encontrarse a sí mis-

⁴ Ciudad polaca situada en el extremo oriental de la antigua Galitzia. Después de la segunda guerra mundial pasó a formar parte de Ucrania, país que a la fecha la posee.

mo, definiendo a la vez el perfil nacional que a la larga adquiriría. A diferencia de Polonia, México estaba en aquel entonces constituido por una élite criolla y mestiza de fuerte raigambre hispánica (no más del 20% de la población total) más un conglomerado de pequeñas nacionalidades indígenas dispersas por toda una poco conocida, complicada y mal comunicada geografía.

Aparte de esta importante diferencia existían, sin embargo, ciertas analogías con Polonia que hacían augurar a nuestro país un futuro parecido al de ésta. Hasta el definitivo triunfo liberal México, como decíamos, sufría su proceso de conformación, no sólo como Estado nacional sino también como la nacionalidad que ahora es; guerras civiles fomentadas tanto por caudillos regionales como por grupos partidistas de corte liberal o conservador, golpes de Estado apoyados fuera por éstos o bien por las corporaciones militares o religiosas, identificadas con uno u otro bando o uno u otro caudillo, invasiones extranjeras, desmembraciones territoriales consumadas y otras en peligro de ocurrir, el individualismo de las entidades federativas, las cuales, en ocasiones entendían el “pacto federal” de manera muy parcial y particular, en fin, las vicisitudes de un pueblo en formación cuya soberanía política, en tales condiciones, podía perderse en cualquier momento, como lo advertían los comentaristas políticos poniendo el ejemplo polaco y como efectivamente estuvo a punto de suceder en 1862 con las presiones que los gobiernos de España, Gran Bretaña y, principalmente Francia, ejercieron para el pago de la deuda que el gobierno mexicano había suspendido a resultas de la guerra civil y de la catastrófica situación por la que el país pasaba. A esto se aunaban los sueños imperiales de Napoleón III, así como el proyecto de los conservadores mexicanos de imponer el orden en el país, por la vía de un sistema monárquico, llevando a éstos a ofrecer la “corona” imperial al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, hermano menor del Emperador austríaco. La historia y su fatal desenlace todos la conocemos y no entraremos en ella. Basta con saber, que ésta y más concretamente el periodo conocido como el Segundo Imperio constituirán el telón de fondo que enmarca las presentes memorias.

El conde Stanisław Wodzicki no se presenta de ninguna manera simpático si se trata del triste papel jugado en México. ¿Qué es lo que lo lleva a participar en la ocupación de un país tal y como, a fin de cuentas, ocurrió con el suyo propio? Ya nos lo ha dicho: el afán de aventuras y el olvidar el gran “fracaso nacional” de su patria. Sin embargo, habrá polacos que tendrán otras motivaciones cuando luchan en ejércitos extranjeros: una que se hace evidente en estas Memorias es la de huir de la deportación a Rusia de

todos aquellos que, después de 1863 se han refugiado en Austria o en cualquier otro país y que temen el presidio, por lo general perpetuo, en Siberia. Ante esto, muchos deciden enrolarse en el ejército invasor, con las consecuencias fáciles de prever o la muerte en el campo de batalla; o bien, la desertión a la primera oportunidad. Casos como estos fueron muy frecuentes entre los aproximadamente 2 mil “voluntarios” de origen polaco que desembarcaron en México a partir de la primera mitad de 1864.⁵

Para otros, la determinación de pelear en ejércitos extranjeros obedecía a razones más bien patrióticas: el posible apoyo de éstos y sus gobiernos para la futura liberación de Polonia. Así, en España fueron innumerables los polacos que lucharon en el ejército de Napoleón I, como también, otros lo hicieron contra los independentistas haitianos. Muchos de ellos, que no son militares de profesión (y quizás precisamente por ello), se habrán dado cuenta de que invadiendo otros pueblos en poco ayudan a la liberación de su país, por lo que, o bien desertarán para pasarse al bando contrario; o bien, adoptarán otras formas de lucha más dignas de sus ideales independentistas.

No parece ser esto último el caso de nuestro Conde. Desde el principio hasta el final adopta la actitud de un perfecto invasor europeo. Admirado por la exuberante naturaleza americana, a la que no deja de prodigar elogios, a pesar del calor infernal, los mosquitos y los terremotos, no oculta su desprecio por los mexicanos. A excepción de los grupos elitistas de la ciudad de México y de una que otra alusión a la proverbial hospitalidad “española” que goza en ocasiones, para Wodzicki, todo componente de la sociedad mexicana resulta deleznable: haraganes, traidores, cobardes... ni aun la conservadora y religiosa sociedad poblana se salva de sus invectivas cuando nos la pinta licenciosa y libertina. En suma pues, una nación que difícilmente podía ser digna del calificativo de “civilizada” y a la cual, en opinión de los conservadores, la monarquía debía de redimir.

Las Memorias, estructuradas en diez capítulos, se sitúan en la perspectiva clásica de otros relatos de la época. El autor comienza, en los dos primeros capítulos, con los preparativos en Europa, la descripción del viaje transoceánico, luego, en los seis siguientes, la vida en México, y el regreso a Europa (dos últimos capítulos). El estilo en que está escrito resulta poco literario y escueto. ¡Qué diferencia con respecto a las Memorias de Viaje de la condesa Paula Kolonitz⁶, dama de compañía de la emperatriz Carlota, quien en

5 Dato del prof. Tadeusz Łepkowski. *La inmigración polaca en México*. 1991. CIESAS.—SEP. (Cuadernos de la Casa Chata). México. p. 15.

6 Paula Kolonitz. *Un viaje a México en 1864*. México, FCE-SEP, colección “Lecturas Mexicanas”, núm. 41. 1984. p.129.

sólo seis meses de estancia logra dar una visión de México, si bien prejuiciada, al menos agradable y amena, notándose el esfuerzo e interés de la autora por comprender algo de la historia y las costumbres del país! Lamentablemente en Stanisław Wodzicki no se notan estos empeños, manteniendo su narración a un nivel en el que los sucesos se desencadenan unos tras otros, al parecer, sin mayores consecuencias.

Así pues, ¿qué objeto tiene dar a conocer las memorias de un personaje que, además de participar en la invasión de un país, resulta tan poco original, comprensivo y a veces cruel hacia nosotros? Precisamente por eso, por ser el testimonio que refleja la idea que en esa época se tenía de México, que por muy distorsionada que estuviese, era la que nuestro país daba al mundo. Es también un documento en el que se alude a hechos concretos no conocidos y que de alguna manera nos informan de otros aunque sea de manera indirecta, además de constituir un relato que, desde una perspectiva si bien unilateral, describe el ambiente que se vivía en esos difíciles momentos por los que el país pasaba.

En efecto, las Memorias constituyen, querámoslo o no, una fuente para el estudio de la historia mexicana. No la historia de las grandes batallas y chismorreos diplomáticos de salón, sino sobre todo, de la historia social circunscrita a ciertos escenarios regionales (Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca y el Valle de México) y a determinados sectores de la sociedad (militares, extranjeros residentes, élites urbanas y rurales). En realidad, en el libro casi no hay hechos de armas, en cambio, sí abunda en información, aunque muy general, de cuál era la vida social en el país. Por Wodzicki sabemos que, al menos en esa parte de México, la resistencia pasiva ante los invasores fue un elemento fundamental para el triunfo del gobierno legítimo de la República: la constante inseguridad de dominar realmente el terreno que pisaban, los falsos avisos de ataque de los liberales con las inútiles movilizaciones de tropas que cansaban y desmoralizaban a los extranjeros, de las muestras de afecto que diplomáticamente recibían de la población local, la que al poco les volvía la espalda, nos ilustran de ambientes sociales muy específicos que podrían confirmar contenidos de otros documentos e incluso inspirar investigaciones de historia regional para la época descrita.

El texto ofrece además otros puntos de interés. En algunos momentos hace observaciones sobre los diferentes tipos de haciendas existentes en el país, o bien, ciertos comentarios un tanto “al vuelo” que podrían inspirar investigaciones de historia social, tal es el caso cuando al ver a un grupo de indios, peones de hacienda, los equipara a los campesinos polacos de los Cárpatos; analogía que pudiera dar ocasión para estudios

comparativos no sólo de esa época, sino también del presente. El montañés polaco, culturalmente diferenciado de los habitantes de la llanura, podría ofrecer un excelente motivo de estudio en lo que se refiere a los campesinos de montaña alta con respecto a sus contemporáneos mexicanos. Podría también sugerir alguna investigación comparativa entre la estructura señorial polaca de la época con los sistemas patrimonialistas imperantes en las haciendas mexicanas, no sólo con relación a lo que cambia, sino también a lo que permanece... y no sólo a cuestiones de estructura social, sino incluso de comportamientos individuales que, a la fecha se han convertido en ciertos estereotipos, tal es el caso de la exhibición charra (*gaucha* la denomina el autor) que presencia en los Llanos de Apan o bien, lo que resulta significativo, su estupor ante la desenvoltura y liberalidad que su amiga norteamericana en el viaje de vuelta a Europa le manifiesta, lo que contrasta vivamente con las costumbres no sólo europeas del conde Wodzicki, sino con las de su amiga mexicana, con quien no se casa por falta de la “bendición de los padres”, y de la cual, ya en la vejez recibe una imagen de la Virgen de Guadalupe y un pañuelo bordado por ella para servirle de mortaja. Valores, creencias, en fin, una serie de elementos que ya denotan ciertos comportamientos y que refuerzan las imágenes que con el tiempo van creando, quizás sin proponérselo, los pueblos del mundo.

Pues bien, es este un texto que vale la pena no sólo leer, sino también analizar. Reflexionar sobre él y compararlo con otros de la época. Una pequeña pieza para la reconstrucción histórica; testimonio en fin de un breve momento de la formación de la conciencia y el ser mexicano y que ahora se ofrece en la excelente traducción de Zygmunt Wojski. Al respecto, sería pertinente hacer ciertas aclaraciones.

Como se ha dicho líneas arriba, el texto del conde Stanisław Wodzicki no se distingue por la excelsitud de su estilo, sin embargo, éste se ha respetado haciendo las aclaraciones de “pie de página” ahí en donde lo hemos considerado necesario. La traducción se ha hecho con base en la edición príncipe del libro, editado en rústica (18 cms. x 12 cms.) y publicado en Cracovia en 1931 por la Casa Friedlein. La edición que disponemos, pues, procede de un impreso de este siglo. Muchos de los nombres geográficos, en su mayoría incorrectamente escritos, se han verificado. Algo similar ha ocurrido con los nombres de persona, los que han sido también verificados; a pesar de esto, hemos asentado en las notas la forma en que las palabras aparecen en la edición original.

Hechas pues estas aclaraciones demos paso a la lectura del texto. Esperemos que el lector encuentre esta publicación digna de esta revista y de su excelente traductor, espe-

remos también juicios serenos y objetivos, que ayuden a superar viejas rivalidades y nos ayuden a encontrar un mundo mejor.

Varsovia, agosto de 1993

Joaquín Roberto González Martínez

Capítulo I

Una decisión repentina.

Alistamiento en el ejército.

Despedida de la familia.

Embarco en Trieste.

Habían pasado varios meses desde que me retiré a Rydzyna, posesión de mi tío, el duque August Sulkowsky. Desanimado por las últimas incursiones al Reino del Congreso⁷, casi siempre fracasadas, me propuse meditar allí, lejos de esa decaída rebelión que ya nada pudo salvar⁸, acerca del futuro rumbo que iba a tomar mi vida, abierta ante mí de par en par.

Teniendo numerosos contactos y parentescos en Wielkopolska (Posnania)⁹, no es de extrañar que el 19 de marzo de 1864 me halla encontrado entre los invitados en Rokossow, a la celebración del onomástico de mi tío Józef Mycielski. A quien entonces me hubiera dicho, sentándome a la mesa en Rokossow, que ya esa misma noche estaría absolutamente decidido a abandonar el país y la familia para marcharme al otro hemisferio, le habría contestado que había perdido el juicio. Sin embargo, así fue y mi decisión no necesitaba más tiempo para consolidarse. Fue cuando oí hablar por primera vez del archiduque Maximiliano, de que él había sido elegido Emperador de México y del reclutamiento de una tropa de voluntarios en Viena¹⁰.

Tenía entonces veinte años, estaba lleno de vida y la política me interesaba en tanto que se refiriera a nuestros propios problemas. Además, después de varias expediciones armadas en 1863¹¹, que no obtuvieron éxito alguno, estaba tan desanimado por la ma-

7 En 1771, 1793 y 1795 los Imperios de Rusia, Prusia y Austria se repartieron Polonia, desapareciendo ésta como Estado Nacional Independiente. El Reino del Congreso se refiere al llamado Reino de Polonia, ocupado por el Imperio Ruso, a quien le fue reconocido por las potencias europeas en el Congreso de Viena en 1815.

8 Se refiere a la sublevación polaca de 1863 ocurrida en el Reino de Polonia en contra de la ocupación rusa.

9 Wielkopolska. Región histórica de Polonia que comprende el curso medio del río Warta. Su territorio corresponde aproximadamente a las actuales provincias de Poznań, Leszno, Kalisz y Konin en el centro-occidente de la Polonia contemporánea. A partir del siglo XIII se le denomina, en algunas fuentes, en su acepción latina *Polonia Major*, en contraposición a *Małopolska* o *Polonia Minor*, situada al sur del país en las antiguas regiones de Cracovia y Sandomierz. En la época descrita por el autor, Wielkopolska estaba dominada por el Imperio prusiano.

10 Maximiliano fue oficialmente declarado Emperador de México el 14 de abril de ese año, partiendo a este país, en compañía de Carlota y su séquito, el 28 de mayo siguiente.

nera de proceder, en una cosa tan seria como es una insurrección de todo el pueblo, que me retiré de la vida pública, estableciéndome en Rydzyna donde pasé en tranquilidad el invierno de 1864.

Después de tales experiencias, naturalmente tuvo que atraerme una expedición aventurera que pudiera satisfacer mi alma atrevida, ansiosa de acción por una parte, y por la otra, avergonzada del fracaso nacional. Por lo tanto, al volver esa noche a Rydzyna, ya estaba firmemente decidido a vencer todos los obstáculos y alistarme, fuera como fuera, entre los voluntarios que marchaban a México.

Como en principio nunca solía pensar mucho siguiendo la máxima de Talleyrand: *“ne suivez jamais votre premier mouvement, car c'est le bon”*¹², envié el siguiente telegrama a mi padre:

“Deseo partir con los voluntarios a México, por lo que en estos días voy a Viena”¹³.

El enviar un telegrama es a menudo cosa digna de pensar: ¿Cómo transmitir noticias casi siempre muy penosas o dolorosas lo más pronto posible y de manera más lacónica? Esta forma brutal, sin embargo, evita muchos inconvenientes y tiene un cierto parecido a una operación quirúrgica, decidida, sin vacilaciones ni demoras. Me imaginaba cuál había sido la impresión de mi familia al recibir el telegrama: incredulidad, seguramente una decepción amorosa lo llevó a la locura, de modo que después de una consulta entre los padres, me llegó el siguiente telegrama:

“No te lo permitimos en absoluto”.

Fue como echar aceite al fuego lo que, además, era fácil de suponer a mi edad. El efecto fue inmediato, porque después de tres días destinados no a la reflexión sino al arreglo de mis asuntos y a la preparación de mi equipaje, salía a Viena anunciándolo a mis padres. Llegué a esta ciudad el 29 de abril y al otro día por la noche, el portero del hotel me anunció la llegada de mi padre. En Viena me calmé un tanto al convencerme

11 Se entiende que el autor vive en la parte de Polonia ocupada por Austria; o sea, la gran región conocida comúnmente como Galitzia. El Imperio Austríaco mantuvo una relativa tolerancia con respecto a las manifestaciones sociales y culturales de las nacionalidades que lo integraban; situación contraria a la que prevalecía en las zonas dominadas por Prusia y, muy particularmente, por Rusia. Las expediciones a las que Wodzicki alude fueron en realidad incursiones de apoyo a los insurrectos de 1863.

12 En francés en el original: “No obedezcas jamás a tu primer impulso, ya que es el bueno”. Frase sin duda irónica expresada por Charles M. Tayllerand (1754–1838), político francés, diputado en los Estados Generales, ministro de relaciones exteriores (1799–1807) y jefe del Gobierno (1814–1815).

13 Recordemos al lector que Viena era la capital de Austria, a la que pertenecía la región polaca en que el autor vivía.

de que el alistamiento no era algo tan fácil, como me había parecido. Como simple soldado no tenía muchos deseos de exponerme a todas las incomodidades que tal estado implicaba, puesto que para oficiales escogían sólo a los que habían servido en el ejército austríaco. Mi padre como hombre razonable, dándose cuenta de que todo tipo de disuaciones sólo podían incrementar mi decisión de viajar, no trataba de apartarme en absoluto de la decisión tomada, sino que hacía gestiones para que me admitieran como voluntario en condiciones más favorables que las de un simple soldado.

Estaba entonces en Viena un viejo amigo de mi padre, hombre de gran influencia, sobre todo en los círculos militares el conde, J. E. Starzewski a quien en seguida nos dirigimos. Mis deseos no le sorprendieron en absoluto, me presentó solamente todos los desagradados e inconvenientes que pudieran sucederme y aseguró que haría gestiones para que me admitieran como cadete en el regimiento de lanceros que estaba justamente en formación. En seguida, esa misma noche fui a recoger su tarjeta de visita con la cual, al día siguiente por la mañana iba a ver al comandante Kodolicz a quien le habían encomendado reunir al cuerpo de voluntarios *mexicanos*.

Cuán grande fue mi sorpresa, cuando en la persona del comandante Kodolicz reconocí a mi antiguo amigo de los tiempos en que, todavía como teniente de húsares, estacionados en Prokocim nos sacaba a pasear a mí y a mi hermano, sentados los dos orgullosamente sobre caballitos enanos. Aquellas maniobras nos encantaban. Debe entenderse que, por supuesto, todas las dificultades desaparecieron en seguida y nuestro viejo amigo nos llevó al general Thun quien nos afirmó que con mucho gusto me admitiría como cadete en el regimiento de lanceros, dirigido gracias a unas circunstancias originales, por un polaco, el Coronel Bertrand. Aunque de origen francés, el Coronel Bertrand era polaco, oriundo de Lvov¹⁴, verdadero protector de sus subordinados y aunque severo y exigente, deseoso de ayudar a cualquiera, siempre que lo mereciera. Debido a ello, hasta el final le guardé una verdadera amistad y respeto.

No puedo decir que, después de realizar esta empresa tan ardientemente deseada, no haya llegado el momento, no de desilusión, sino de una cierta reflexión: sopesaba lo que seguramente perdía y lo que podría esperarme. Sin embargo, el carácter aventurero ganó y para que nadie sospechara de que pudiera arrepentirme regresé alegre a Cracovia.

14 Ciudad polaca situada en el extremo oriental de la antigua Galitzia. Después de la segunda guerra mundial pasó a formar parte de Ucrania, país que a la fecha la posee.

En seguida después de mi regreso encontré un suboficial de caballería, quien se dispuso a darme clases de equitación y enseñarme el reglamento de servicio, a fin de no pasar por recluta una vez incorporado como cadete en el escuadrón.

Después de pasar el verano, como de costumbre solía pasarlo, en Poręba, a principios de septiembre recibí una carta del coronel Bertrand llamándome para el 15 de ese mes a Liubliana¹⁵ donde se efectuaba la concentración del cuerpo de voluntarios.

Ahora llegó el momento de la primera separación de mi familia y de mi madre lo que constituyó para mí una prueba ante la verdadera separación posterior de mi familia.

No hacía entonces observaciones psicológicas, pero me figuraba cuán grande tenía que ser el sufrimiento de los padres, cuando un joven adolescente embriagado por la vida abandonaba el hogar. Por lo tanto prometí que antes de partir definitivamente, volvería una vez más para despedirme de ellos y me marché a Viena en compañía de mi padre quien personalmente quería dejarme en manos del General Thun encomendándome a su protección. Por la noche, para distraernos, fuimos a la casa de los señores Hussarzewski, buenos conocidos nuestros de Cracovia, donde conocí a mis primas Jabłonowski. Una de ellas, muy atractiva, llamada Lina, estaba justamente prometida al señor J. Hussarzewski.

No se agotaban las preguntas y expresiones de asombro sobre el cómo se me había podido ocurrir una idea tan extraña como lo era el viaje al otro hemisferio.

En efecto, en aquella época los viajes eran mucho más difíciles de realizar que ahora, a la emigración sumamente escasa se unían enormes dificultades. Un viaje, incluso de placer, se limitaba a los estereotipados periplos por Suiza o Italia. La comunicación con América¹⁶ estaba aún muy poco desarrollada y se necesitaban casi dos semanas para llegar ahí. En cuanto a la América Central y Meridional había un sólo vapor que salía de Nantes cada dos semanas, de modo que las cartas llegaban apenas al cabo de seis semanas. No existía aún el telégrafo submarino. Por consiguiente, en tales condiciones, semejante viaje, no justificado por ningún deber, parecía por lo menos aventurero.

Finalmente, el 17 de septiembre de 1864 salí a Liubliana en compañía del general Thun quien me presentó durante el viaje a dos oficiales de mi futuro regimiento, los ca-

15 Liubliana, actual capital de la República de Eslovenia; en aquel entonces también parte del Imperio Austriaco.

16 Como se notará, el autor identifica América con Norteamérica.

pitanes Sternberg y Thorn, el primero, con el título de conde y, a su ayudante personal, barón de Fin, perteneciente él también a nuestro regimiento.

En la estación de Liubliana ya me esperaba Lempicki, al igual que yo oriundo de Cracovia e hijo del castellán¹⁷ Lempicki. Su carácter parecido al mío, le impulsaba hacia el occidente lejano. Le estaba infinitamente agradecido, puesto que, como había llegado antes que yo, pudo dejarme algunas indicaciones útiles acerca de la manera más correcta de proceder en aquellas circunstancias.

Al día siguiente, de acuerdo con la orden, a las 10 de la mañana fui al cuartel y me presenté en la habitación del barón de Fin. Al recibir su nota de recomendación, me dirigí a la oficina donde me inscribieron como cadete del regimiento de lanceros y me tomaron el juramento. Una vez resuelta la cosa ya no pude retroceder. Esa misma noche, en el café donde se reunían los cadetes, me presenté a ellos como su nuevo compañero. Desde luego, no tenía otra cosa más urgente que hacer, sino encargar un uniforme para mí. Al día siguiente ya me lo puse, con orgullo. Un proverbio francés dice que el hábito no hace al monje. Seguro que no, pero indudablemente el uniforme hace al soldado y los países realmente militares son los que prohíben quitarse el uniforme incluso fuera de servicio. El uniforme obliga a mantener el respeto personal, concede la seriedad y seguridad en sí mismo. Cuando más tarde, a consecuencia del triste resultado de la expedición, dejé de llevarlo, tenía la sensación de haber sido saqueado, me faltaba la seguridad en mí mismo.

Comenzaba mi vida de soldado. No se debe pensar que en este oficio todo es agradable y atractivo, en absoluto. En primer lugar había de pernoctar en un viejo cuartel, infestado de todo tipo de bichos asquerosos, hediondo hasta el punto de que la peste horrible cortaba el respiro. Este primer disgusto fue tanto más sensible porque yo no estaba acostumbrado al lujo, pero sí a la comodidad, por lo cual esta contrariedad echó una sombra sobre mi entusiasmo y me convenció de que entre las rosas hay también espinas. Sería una cosa vergonzosa quejarse por un detalle así, de modo que guardaba silencio soportando con paciencia lo que fuera resultado de mis propios deseos.

Por las mañanas, hasta las diez, había adiestramientos y marchas. Desde las diez hasta las once, el comandante Kodolicz nos enseñaba el reglamento militar y los deberes del soldado. A partir de esta hora hasta las once teníamos el tiempo libre. Para amenizar el principio de este modo de vida tan singular para nosotros, el caballero

17 Castellán. Castellano, noble, alcaide de un castillo.

d'Hoop, uno de los cadetes que más me agradaron y yo, alquilamos una habitación en la ciudad. Después de las clases de instrucción militar íbamos allí para cambiarnos, lavarnos y luego solíamos almorzar en la estación de ferrocarriles donde se reunía la mayor parte de los oficiales y cadetes. Seguidamente, íbamos a dar un paseo por los maravillosos alrededores de Liubliana, y por la noche, al salir del teatro, volvíamos al cuartel a pasar las noches lastimosas.

Esta vida relativamente cómoda no duró mucho tiempo. El 4 de octubre llegó la orden de marcharnos a Sittich, una localidad cercana que merecía el nombre de poblacho aislado del mundo, en todo el significado de esta expresión, a donde llegamos, por supuesto, a pie a las seis de la tarde, cansados y hambrientos. Para alojarnos nos dieron unos viejos almacenes de un antiguo convento. Mi buen jefe de escuadrón, inglés, llamado John William Bythel y el teniente Brinckmann que dirigía el pelotón en que yo estaba haciendo mi servicio, llegaron a un acuerdo para ofrecirme su casa proponiéndome que me trasladara allí, lo que acepté con gratitud. En Sittich, después de los adiestramientos y clases normales, pasamos el tiempo, en la mayoría de los casos, haciendo visitas unos a otros y, a falta de otra ocupación, como es normal, matábamos el tiempo, según la moda de aquella época, jugando al “enorme diablito”¹⁸.

Apenas unos días después de nuestro arribo, llegó la orden de escoger a los soldados más experimentados en todo el regimiento para enviarlos, en cantidad de un escuadrón, a México. Ellos irían primero, para prepararnos el alojamiento. Entre los delegados estaba también el teniente Brinckmann, sustituido por el teniente conde d'Ecquevilley. No lo conocía entonces, pero me inspiró una simpatía que, al parecer, era recíproca, puesto que ya unos días después nos sentíamos amigos muy íntimos. Ocurrió también una vez que, revisando en su casa varias fotografías, me llamó la atención una de ellas que presentaba un personaje algo familiar para mí, según me parecía. Interrogado, respondió que era su padre, contándome al mismo tiempo que durante un viaje a Cracovia, su padre conoció a dos jóvenes polacos que lo recibieron ahí de una forma excelente. Por una extraña coincidencia, éramos mi hermano Román y yo. Este encuentro tan singular fortaleció aún más nuestra amistad.

Sin embargo, pronto se despertó en mí la nostalgia por mi país y tenía muchos deseos de volver una vez más a Cracovia. Mi superior me dio el permiso de viaje a Liu-

18 “Enorme diablito”, traducido literalmente. Aquí el “diablito” alude a un antiguo juego de cartas. (Cf. *Słownik Języka Polskiego – Diccionario de la Lengua Polaca* – Academia Polaca de Ciencias. Tomo II, p.122. Varsovia, 1960. (Bajo la redacción de Witold Doroszewski).

bliana para gestionar ahí mis vacaciones, de modo que el 3 de noviembre partí a esa ciudad y me presenté a nuestro coronel Bertrand. Obligado a salir el mismo día a Viena, el coronel me recomendó a su ayudante para presentar mi solicitud al jefe de la división. En ausencia del general Thun, lo sustituía en su cargo el viejo coronel Lavigne. Implacable, áspero, rechazó rotundamente mi petición, a pesar de las recomendaciones del comandante Kodolicz. Regresé a Sittich triste, pero con la esperanza de que después del regreso del coronel Bertrand recibiría esas vacaciones tan deseadas. Efectivamente, no estaba equivocado de mis esperanzas. Unos días después de mi regreso recibí una carta del ayudante del regimiento en la cual me comunicaba que fuera pronto a Liubliana aprovechando las vacaciones que finalmente me fueron concedidas. Dándome prisa, acompañado del teniente d'Ecquevilley a la estación de ferrocarriles, salí a Cracovia teniendo solamente 11 días de vacaciones.

No voy a contar sobre mi estancia en Cracovia, pero una cosa me hizo pensar. Aunque mi segunda despedida fue más firme, me causó mucho menos sufrimiento. Por lo visto, sin darme cuenta, ya le había cogido el gusto a la vida aventurera y sentía apego tanto al regimiento, como a mis nuevos compañeros, atado con el lazo de la camaradería militar, lazo que une mucho más fuertemente de lo que uno puede suponer.

Sin embargo, si esta despedida fue menos penosa para mí, con mi madre el efecto fue totalmente contrario. Esta idea de partir, de alejarme, romper todo contacto, finalmente también los indudables encuentros con el enemigo, todo ello le dio la impresión de la última despedida. En cambio, en lo que a mí se refería, después de una breve conmoción, salí con cierta satisfacción, porque el regimiento ya me atraía. Hay que reconocer también que el conjunto de oficiales de nuestro regimiento fue escogido muy atinadamente en cada aspecto, tanto en lo concerniente a su educación, como a su formación cultural. Gracias a ello, durante todo el tiempo de mi servicio, tratando de cumplir cabalmente con mis deberes, no fui castigado ni una vez.

Salí de Cracovia el 26 de noviembre de 1864 encaminándome directamente a Sittich. Sin embargo, apenas llegué, nos tocó la orden de partir inmediatamente a Trieste. Todos ya estaban preparados para la salida y unos días más tarde íbamos a embarcar. Apenas tuve tiempo de telegrafiar a mis hermanos para que vinieran inmediatamente conforme a lo acordado entre nosotros. En efecto, lo cumplieron llegando el 4 de diciembre acompañados del viejo conde d'Ecquevilley. El 5 de diciembre a las 10 de la mañana partimos en tren hacia Trieste. Todo el regimiento de lanceros, un escuadrón de húsares y una compañía de infantería. Fue entonces cuando de verdad empezaron a

molestarnos todo tipo de contrariedades. Ya hacía mucho frío y nosotros fuimos enclaustrados como ganado en grandes patios. Visiblemente tenían miedo de la desertión, el caso es que con grandes dificultades recibí el permiso de salir a la ciudad para ver a mis hermanos. A las 10 de la mañana del día 6 de diciembre de 1864 embarcamos en la cubierta del gran vapor inglés, llamado “Peruvian”.

Toda la costa estaba llena de gente, fueran parientes, amigos o espectadores que simplemente contemplaban la escena de nuestra salida, la que se efectuó paulatinamente al compás de la música militar.

Capítulo II

Las costas de Italia.

Gibraltar.

La caza par force.

Una víctima de la tormenta.

Martinica.

En seguida después de nuestro embarco, bajé para ver nuestras instalaciones, pero un aire fétido e insoportable inmediatamente me arrojó a la cubierta.

Mis ojos perseguían aún las deliciosas costas de Trieste y Miramar, que al lado se bañaba en el mar, hasta que todo se disolvió entre las olas.

Pronto sonó el timbre llamándome a almorzar y fue entonces cuando de verdad me di cuenta de cuán ilusorias eran todas las promesas. La declaración dirigida a nosotros, los cadetes, fue que teníamos que contentarnos con la comida de soldados, es decir, carne salada con garbanzos y bizcochos secos tan duros que para poder morderlos había que romperlos antes contra el codo o la rodilla y luego mojar en agua.

Durante unos días soporté esta comida, pues me daba vergüenza quejarme, sabiendo por otra parte que las quejas de nada me servirían. Al fin y al cabo éramos soldados y si nuestra formación e instrucción eran superiores, ¿acaso no deberíamos por ello servir de ejemplo? Sin embargo, sin quejarme en vano, procuré buscar una solución.

El comisario del barco, encargado de todo lo que pertenecía a la manutención de los pasajeros, era francés. Educado en Francia, dominaba yo este idioma como el mío propio, de modo que el comisario siempre se dirigía a mí para que le sirviera de intérprete. De ahí que se haya creado entre nosotros cierta intimidad que aproveché. Al enterarme de que la diferencia entre la mesa de soldados y la de oficiales era de 125 francos, le per-

suadí para que nos diera acceso a mí y a otro cadete, el conde de la Rotte, a la mesa de oficiales con el pago de la diferencia de cada uno de nosotros. Por otra parte, el bondadoso d'Ecqueville, viendo en qué condiciones tan asquerosas estábamos alojados, debajo de la cubierta, como sardinas enlatadas, de acuerdo con los oficiales que compartían con él su camarote, me propuso que ocupara la sexta cama, casualmente vacía en el camarote de ellos. Con alegría y agradecimiento acepté su propuesta y desde entonces mi viaje fue no solamente soportable, sino incluso agradable. Ya no me atormentaban ni el hambre ni el aire pestilente y podía admirar las hermosas vistas que se desplazaban sin cesar ante mis ojos. Navegábamos a lo largo de la costa italiana cuyos deliciosos paisajes, como panorama, se abrían delante de nosotros. Especialmente a la hora de la puesta del sol, los rayos resplandecientes reflejándose en el azul del mar y luego, iluminando con luces purpúreas los picos de las montañas, formaban un espectáculo verdaderamente encantador.

De noche rodeamos el cabo de Otranto y durante el día la bahía del mismo nombre. Apenas al atardecer entramos en el famoso estrecho de Mesina que efectivamente merece su fama por la magnificencia de los paisajes que allí se extienden. A la izquierda de nosotros, un poco hacia atrás, se levantaba el Etna amenazante arrojando tufos de humo negro, a la derecha las costas de Calabria y delante de nosotros Mesina, maravillosa, blanca como una novia, emergía cada vez más entre las olas azules del mar. ¡Qué imagen, qué colorido! En mi primer viaje a ultramar qué vistas, además, sucediéndose sin cesar unas tras otras y girando cual maravilloso caleidoscopio. Atravesando el estrecho, tuvimos además la ocasión de presenciar una escena curiosa y deleitable de los espectáculos que ofrece la naturaleza. Sobre el Etna y las costas de Sicilia se desencadenó una tormenta repentina con rayos y truenos, mientras en el mar y en las costas de Calabria seguía haciendo un tiempo muy bonito.

Por la madrugada pasamos por delante de Palermo, pero la lluvia y el frío nos obligaron a bajar de la cubierta. Hacia el atardecer Sicilia desapareció ante nuestros ojos. Navegábamos directo hacia las costas de África cuyos contornos se dejaron divisar suavemente sólo dos días después.

Al encontrarme por primera vez en alta mar viendo nada más que el cielo y el agua, no me invadió esta sensación de abatimiento de la que tanto se habla. Tal vez el horizonte estaba reducido a causa de la niebla, lo cierto es que, en lo que a mí se refiere, el efecto fue nulo.

Hasta ese momento disfrutamos de un tiempo precioso, pero ahora se levantó un viento fuerte transformándose a veces en huracán que no nos dejó en paz hasta llegar al mismo Gibraltar, empujándonos desde las costas de África hacia el litoral español. Aunque estábamos en el Mediterráneo, hacía un viento tan fuerte que empujaba velozmente enormes olas y éstas inundaban cada vez más la cubierta. Fueron cerrados todos los orificios en la cubierta por lo que un olor insoportable que surgía del fondo del barco envenenaba el aire. No hubo otro remedio: o ahogarse debajo de la cubierta, o mojarse sobre ella. Desde luego escogí lo segundo, porque tenía muchos deseos de ver el mar furibundo. Había que verlo. Unas montañas de agua en cada instante amenazaban con inundar a nuestra miserable cáscara, porque efectivamente, entre estas enormes extensiones de agua, nuestro barco parecía una insignificante cáscara en la superficie de un estanque. Admiraba también a nuestro capitán que, entre el ruido y aullido del elemento enloquecido, guardaba la sangre fría paseando por la plataforma con la mayor tranquilidad y controlándolo todo personalmente. Esa tormenta retrasó tres días nuestra llegada a Gibraltar y el mar se calmó sólo cuando ya entrábamos en la bahía. Pudimos ver perfectamente la fortaleza misma, porque viniendo del Mediterráneo, hay que dar la vuelta completa alrededor de ella debido a que defiende la entrada del estrecho.

Entramos en la bahía ya al atardecer echando el ancla a un cuarto de milla del puerto. El puerto propiamente dicho, como en Trieste, no existe en Gibraltar, hay sólo un embarcadero. Al día siguiente, solamente los oficiales tuvieron el permiso de bajar a tierra. Ningún cadete, ni suboficial tuvo el derecho de desembarcar. Por consiguiente, pasamos todo el día observando de lejos la famosa fortaleza. Su aspecto es extraordinario¹⁹ y sumamente impresionante, sobre todo, cuando uno sabe que toda esa enorme roca que domina la ciudad, está ahuecada y que tiene en su interior una red de corredores inclinados hacia arriba y hacia abajo comunicándose entre sí. Es una verdadera galería de topes Titanes. Al otro día, a consecuencia de nuestra insistencia, los cadetes recibieron el permiso de desembarcar, pero bajo la condición absoluta de volver al barco antes de que se cerrase el puerto. Todos los días a las 6 de la tarde, un cañonazo anuncia que se cierra la ciudad y el puerto, y desde esa hora hasta las 6 de la madrugada, nadie puede entrar ni salir del distrito urbano. La proverbial libertad inglesa no se mantiene en vigor en suelo extranjero.

19 El autor utiliza muy frecuentemente la forma de presente para referirse a hechos pretéritos. Se ha respetado en la traducción la forma gramatical original, aunque en ciertos momentos se ha adecuado el texto a la estilística castellana, ahí en donde una traducción literal resulta oscura o poco coherente.

La alegría de sentir bajo los pies algo distinto que unas cuantas tablas miserables hizo evaporarse la promesa dada y en cuanto a mí, los siete días que el barco iba a esperar en la bahía, los pasé en la ciudad.

Gibraltar sería una ciudad de lo más agradable, si no fuera por el adoquinado asqueroso y la estrechez de sus calles. En cambio los jardines en los suburbios y en las pendientes rocosas son preciosos. Eso fue el día 17 de diciembre y las flores más admirables salían de la tierra por doquier; todo el césped parecía una alfombra verde de terciopelo.

Los oficiales ingleses fueron muy amables con nosotros; nos invitaban a almorzar en sus comedores y al final de nuestra estancia, ofrecieron en nuestro honor una caza de zorros *par force*.

Algunos de nosotros alquilamos caballos y salimos por la madrugada hacia el pueblo de la Roca, situado ya en España, a unos 8 kilómetros de distancia, donde íbamos a reunirnos. Al llegar, ya encontramos varias decenas de jinetes, todos en fracs rojos, y unas cuantas amazonas. En este fondo, la diversidad de nuestros uniformes, presentaba una hermosa estampa. El primer zorro alcanzado por los perros, logró huirnos. Azuzábamos en un terreno bastante difícil y al encontrar el segundo zorro, el terreno ya era tan pesado que sólo los caballos de aquella región pudieron aguantar el ritmo de los perros. Era un terreno ondulado y rocoso, cubierto de brezales tan altos y tan tupidos que nos llegaban casi a las botas y los caballos no veían por donde iban. No evitamos numerosas cabriolas involuntarias. Por aquí y por allá se veían caballos sueltos corriendo tras el cortejo. Por consiguiente, a la meta donde tocaban la diana anunciando el fin de la caza llegaron sólo dos ingleses, una amazona, el conde Metternich y yo. Por no tener nuestros propios caballos, habíamos tenido que alquilarlos de los empresarios y sólo aquí pudimos darnos cuenta de cómo la caza *par force* era un deporte nacional. En primer lugar lo barato que cuesta el alquiler, a saber, una libra esterlina, luego si un jinete tiene un accidente y su caballo se fractura una pierna o se muere, ese jinete sólo tiene el deber de entregar al propietario la silla y las bridas, sin ninguna otra compensación. Tenía un caballo excelente y fui con él muy exigente, sin embargo, a pesar de que su cansancio era muy visible, el propietario no dijo ni una palabra de descontento.

En vísperas de nuestra salida, nos alcanzó otro barco de carga, llamado la "Vera Cruz", que un día después de nosotros había zarpado de Trieste. Nosotros, en cambio, el 22 de diciembre de 1864 a las 5 de la tarde, salimos de la bahía a alta mar, rumbo al Nuevo Mundo.

El sol poniente iluminaba con sus rayos purpúreos las costas de África de un lado y las de España del otro, alumbrando a dos rivales: Ceuta y Gibraltar que, al perderse lentamente en la penumbra del anochecer, se despedían de nosotros en nombre del Viejo Mundo.

Bajo la impresión de esta vista encantadora, nos levantamos de la mesa donde estábamos sentados, salimos a la cubierta y con una copa en la mano nos despedíamos, cada uno de nosotros, de nuestra patria, nuestros padres, amigos, todos con la esperanza secreta de volver a verlos alguna vez más.

La juventud qué fuerza tan invencible. Qué reservas de energía y esperanzas inagotables. Pensar que las tres cuartas partes de todos nosotros no tenía ninguna necesidad de salir del país, no nos obligó nada a hacerlo y sin embargo, la juventud nos empujaba, con una despreocupación incomparable, lejos de nuestros hogares.

En seguida después de salir del estrecho al océano, nos sorprendió una tormenta, pero mucho más violenta que la anterior. Duró tres días y fue la causa de un accidente trágico y doloroso. El día de la Noche Buena el barco se mecía con tanta fuerza y el oleaje arrasaba tantas veces la cubierta que se prohibió terminantemente salir, aunque la baranda que rodeaba el barco era muy alta. Uno de nuestros voluntarios llamado Karol Kaminski, no hizo caso de la prohibición y salió a la cubierta. Justo en el mismo momento una oleada gigantesca lo barrió de la cubierta y solamente un grito desgarrador nos anunció la muerte del infeliz. El barco paró, fueron lanzados abajo unos barriles fluorescentes de salvación, pero en vano. El capitán nos informó que era totalmente imposible bajar una lancha salvavidas, porque esto equivaldría a exponer a la gente a una muerte inevitable. Las olas la hubieran destrozado inmediatamente. Exponiéndonos al peligro nos detuvimos pues sólo un momento, para seguir luego nuestro rumbo, después de pagar de inmediato y al comienzo el tributo a la muerte, esta compañera inseparable de la vida, cuyas víctimas iban a ser todavía muchos de nosotros.

Eso ocurrió más o menos a la altura de la isla de Madeira que apenas se dejó ver debido a una niebla espesa y por lo agitado que aún seguía el mar. Para entretener un poco a los pobres soldados que sufrían terriblemente a causa de mareos e incomodidades de todo tipo, organizamos una lotería para ellos²⁰. Fue una cosa de lo más divertida tanto más que el barco, meciéndose violentamente, les tiraba de una borda a la otra y tumba-

20 "Lotería" no en el sentido actual de la palabra. El autor se refiere más bien a un juego en equipos de sorpresas, adivinanzas y bromas.

ba a todos igual que si fueran naipes colocados por los niños. Al caerse una fila, la otra la seguía, de ahí las risas que entretenían a esta pobre gente. Pronto el mar se calmó y salió el sol pero, como siempre en la vida, un nuevo contratiempo en seguida vino a sustituir al primero. La causa de este contratiempo fue el calor que en breve adquirió una intensidad insoportable. Hubo que extender sobre la cubierta unas lonas para protegerse del ardor solar, puesto que el termómetro indicaba en la sombra 26 grados Rm.²¹ y el alquitrán que soldaba las tablas empezó a derretirse. Los camarotes presentaban un aspecto verdaderamente infernal, porque el barco de hierro encandecido durante el día entero, de noche era una estufa lista para asar. Para protegerme ante un destino tan triste y no asarme vivo, con el colchón en los hombros salía a la cubierta, donde pasaba las noches durmiendo muy bien a la brisa fresca de la noche. Sin embargo, mi sueño era demasiado corto, porque ya a las cuatro de la madrugada se lavaba la cubierta por medio de una fuerte corriente de agua y los grumetes del barco no tenían una distracción más divertida que la de sorprender a algún infeliz profundamente dormido y echarle encima un gigantesco chorro de agua mojándolo junto con su ropa de cama. Para evitar este baño tan inconveniente, me trasladé a una de las lanchas que siempre colgaban alrededor del barco y fue allí donde pasaba las noches hasta nuestra llegada a Veracruz.

El miércoles, 29 de diciembre, atravesamos el Trópico de Cáncer, y el calor se hizo mucho más intenso. Para celebrar el Año Nuevo en que entrábamos, y cuya cercanía en muchos de nosotros despertaba pensamientos acerca de diferentes aventuras futuras, no muy alegres, que este año nos iba a proporcionar, los soldados, deseosos de divertirse un poco, nos presentaban espectáculos teatrales, compuestos de diversas farsas vieñas muy bien logradas.

Más allá del trópico encontrábamos grandes cantidades de peces voladores, uno de ellos cayó incluso en la cubierta. Era plateado y del tamaño de un arenque, tenía aletas largas semejantes a las alas de una cigarra. Estas aletas les sirven para mantenerse en una distancia bastante larga sobre la superficie del mar, cuando están siendo perseguidos. De esta manera borran la huella ante el enemigo que los persigue. Cuando se alzan del agua, parecen una manada de perdices volando sobre un prado verde.

21 Rm. Grados Réaumur. Escala de temperatura cuyo punto 00 corresponde al de la congelación del agua pura y los 800 a su punto de ebullición. Su uso fue propuesto en 1730 por el físico y naturalista francés René Antoine Ferchault de Réaumur (1683–1757). La escala Rm. está actualmente en desuso.

El 8 de enero a las 5 de la madrugada arribamos a Martinica y entramos en el pequeño puerto de la ciudad de Fort-de-France. Ahora ya estábamos en el Nuevo Mundo, porque una naturaleza totalmente distinta se presentaba ante nuestros ojos llenos de asombro. Árboles, arbustos, todo era diferente, hasta los mismos hombres eran de un color distinto. Toda la población de Martinica se compone principalmente de negros y mestizos, en cambio, los blancos, es decir los europeos, debido al calor demasiado intenso, aparecen solamente después de la caída del sol. Los aborígenes ya no existen desde hace tiempo. Esos negros son descendientes de los esclavos traídos antes de África por los colonizadores franceses. Libertados por la revolución francesa constituyen ahora una extraña población indígena que habla un idioma parecido al francés, pero que, más bien, es una especie de jerga²².

Apenas echamos las anclas, fuimos rodeados por un tropel de negritos que trepaban por las cuerdas y los bordes del barco a la cubierta y saltaban de nuevo al mar como ranas espantadas, al ver llegar un grumete cualquiera que no les dejaba permanecer en la cubierta. Todo su oficio consiste en distraer a los viajeros con su buceo inigualable. No hubo caso en que una moneda, por menuda que fuese, tirada desde la cubierta, se les perdiera. Por andar desnudos, no tienen bolsillos, de modo que esconden en la boca el trofeo logrado. Es de admirar el coraje de estos mocosos que nadan tranquilamente en un mar famoso por su abundancia de tiburones.

Para la salud de todos y para descansar después de un viaje tan duro, desembarcamos y el gobernador de la isla nos cedió el fuerte llamado Fort Bourbon. En cuanto a mí, bajo la apariencia de servir de intérprete, logré quedarme junto a mi capitán y ambos nos alojamos en el hotel local. Fort-de-France es un pueblo de 5 a 6 mil habitantes. Todas las casas, salvo la del gobernador, están construidas de madera, no tienen puertas, ni ventanas, las sustituyen las persianas. Unos jardines maravillosos rodean casi todos los edificios más grandes, protegiéndolos del ardor del sol. En el centro de la plaza principal se eleva la estatua de la emperatriz Josefina, oriunda, como es sabido, de Martinica.

Por las noches nos reunimos todos en el hotel “Augustín” para cenar. Nos sirvieron una comida muy buena. Lo que despertó la mayor curiosidad fue el postre, por estar compuesto solamente de frutas tropicales.

22 El actual *créole*.

Para no volver después a este tema en el curso de mis relatos, voy a describir detalladamente cada fruta tal como me pareció, sin entrar, ni mucho menos, en el campo de la pomología.

El primer lugar lo ocupa el plátano siendo la fruta más útil. Tiene el aspecto de un pepino maduro, pende en grandes racimos de la mata. Su cáscara blanda se deja quitar fácilmente, la fruta misma, en cambio, aunque harinosa, tiene un sabor muy delicado. Muchas veces se fríe el plátano cuando está verde todavía y entonces se lo utiliza como vianda que sustituye nuestras papas.

El coco, ya actualmente bien conocido en Europa, es insípido. El agua que contiene se parece a la horchata, sólo que es muy dulce.

La manzana de Citera, por lo menos así la llaman en esa región, tiene la forma de un gran huevo, de color amarillo oscuro. Su hueso es parecido al del melocotón, cubierto de espinas y rodeado de una carne amarilla clara, muy sabrosa.

El zapotillo tiene la forma y el aspecto de una papa; al estrujarlo entre los dedos, se abre, presentando el interior de una pera podrida. Para mí no es una fruta sabrosa.

La granada china es una fruta exquisita, muy refrescante. Su cáscara es parecida a la de la granada europea, igualmente dura y del mismo color, en cambio su interior es de un hermoso color verde y su sabor evoca el de la uva espina, pero es incomparablemente mejor.

El mango tiene la fama de la mejor fruta tropical y realmente lo es, pero hay que acostumbrarse a su sabor, pues huele algo a trementina.

El zapote, parecido por su aspecto exterior al zapotillo es, sin embargo, cuatro veces más grande. El hueso mismo tiene el tamaño de un puño y la carne, de color rojo inflamado, no les gusta a todos y con razón.

La fruta del cacto o el higo indio es generalmente conocido²³. Hay que recogerlo con mucho cuidado, pues está erizado de agudas espinas. Debido a su frescura es una fruta muy codiciada durante el calor.

Las demás frutas, como por ejemplo, varias especies de chirimoya, son exquisitas. Los limones dulces, melones y piñas se conocen por doquier. Además, todas las especies de nuestras frutas también están aclimatadas.

Es curioso todavía un árbol cuya fruta se llama aguacate que se puede utilizar como mantequilla. Muchas veces, por falta de mantequilla, lo que ocurre a menudo en los

23 Se refiere a la tuna (México) o higo chumbo (España).

países cálidos, empleaba yo esta fruta con distintos platos de carne y su origen vegetal no se manifestaba en absoluto.

Retomo ahora la continuación de mis relatos.

Durante la cena fijamos el plan de la excursión que intentamos hacer al día siguiente a la propiedad de un colono que vivía a unos 4 kilómetros de Fort-de-France. Así que a las 7 de la mañana ya estábamos en el camino bajo la cortina de la maravillosa vegetación tropical que ya a esa hora nos protegía del ardor del sol al que no estábamos habituados. El dueño nos recibió muy amablemente y nos llevó a sus plantaciones de azúcar, café y algodón. Éstos son los principales productos de Martinica.

De regreso a casa, nos mostró una serpiente venenosa sumamente grande que había matado el día anterior bajo la cama de su esposa. A consecuencia de ello, Martinica tiene fama de muy peligrosa. Después de la caída del sol es casi imposible salir sin antorcha sin exponer al peligro la vida.

Después de una estancia de tres días, agasajados por los oficiales franceses, abandonamos esta isla encantadora. Allí también conocimos a un viejo emigrante de 1830²⁴, el señor Lopata, quien nos pareció algo más que un tipo original. El 11 de enero de 1865, guiados por un timonel experimentado logramos salir, esquivando con su ayuda la gran cantidad de arrecifes que por todas partes rodean el puerto.

Saliendo a alta mar encontramos un barco parado con el ancla clavada, lejos de las costas. Sólo el día anterior había llegado de Cuba después de un viaje de cinco días. Todos los tripulantes, menos un grumete y el capitán, habían muerto de fiebre amarilla y estos dos infelices perecieron al día siguiente en el hospital municipal. He aquí un ejemplo desastroso de los estragos que ocasiona esa enfermedad en las costas de América Central.

Durante el viaje de diez días de Martinica a Veracruz el mar estaba de lo más tranquilo, aunque el Golfo de México tiene la fama de ser escenario de terribles tormentas llamadas *nortes*²⁵, probablemente por el fuerte huracán del norte que las produce. Aprovechamos por lo tanto, en la mejor forma posible el buen tiempo pasando las noches, excepcionalmente claras y hermosas, en la cubierta y contemplando la estela flameante que se extendía a lo lejos detrás del barco, semejante a la vía láctea en la bóveda estrellada del cielo.

24 Año de la célebre sublevación polaca contra la ocupación rusa; al igual que otras, duramente reprimida.

25 En español en el original y en forma sucesiva.

El 18 de enero al atardecer divisamos las costas de América que aparecían vagamente en la lejanía. La perspectiva de la tierra prometida para nosotros nos impresionó profundamente a todos. Todo lo que vivía estaba en la cubierta, reinaba un silencio general, parecía que cada uno reflexionaba sobre el pasado y en la meditación acogía el futuro misterioso. Este ambiente serio fue exaltado todavía por un cuadro verdaderamente imponente en sus grandiosas dimensiones. Nuestros ojos llenos de admiración vieron el sol que justamente en ese momento se ponía detrás del mismo Pico de Orizaba y parecía una enorme llama de volcán en erupción.

Supongo que Colón, al acercarse a las costas desconocidas, hubiera aprovechado un fenómeno de ese tipo para verter ánimo en los corazones de sus compañeros. Los nuestros manifestaban su alegría como podían, contentos de que finalmente después de un viaje de 43 días llegaban a su destino.

De noche entramos en la bahía sin acercarnos a las costas, debido a los numerosos arrecifes coralinos submarinos sometidos a cambios frecuentes y peligrosos para los navegantes. Sólo al día siguiente se nos presentó la bahía de Veracruz en toda su magnitud, con la isla de San Juan de Ulúa en el centro. La isla tiene el carácter de fortaleza que defiende la ciudad. Un cañonazo procedente de ella anunció nuestra entrada.

Capítulo III

Veracruz.

Camino al interior del país.

Guarnición de Puebla.

Al norte, siguiendo a los bandidos.

Con los telegramas en la capital.

Tan pronto echamos el ancla, arribó a nosotros una lancha procedente de la costa, con el general Thun y el capitán Thorn quienes se nos adelantaron para preparar todo lo relacionado con nuestro alojamiento. En seguida cuando llegaron, se procedió a nuestro desembarco ya planeado con anticipación, por lo que se efectuó muy rápido. Nos embarcaban en grupos de cinco a diez personas sobre unas balsas bastante planas remolcadas por unos pequeños vapores, acondicionados para atracar en la costa. Inmediatamente después del desembarco íbamos en formaciones a través de toda la ciudad al cuartel que nos fue destinado. Mirábamos con curiosidad ese escenario tan nuevo que nos presentaba Veracruz.

Tiene aspecto triste, sobre todo sucio y uno tiene la sensación de como si la ciudad estuviese invadida por la peste, lo que además es cierto, porque durante las tres cuartas partes del año reina aquí la fiebre amarilla, llamada *vómito negro*²⁶. Esta enfermedad no perdona a ningún forastero, que no haya nacido en la misma ciudad o en sus alrededores. Cuentan también que las mujeres de los ricos empresarios y de los banqueros, cuyas estadías frecuentes en la ciudad constituyen una necesidad, vienen a Veracruz para dar a luz, a fin de que los niños nacidos en la ciudad sean resistentes, en el futuro, a esa terrible enfermedad.

En el cuartel encontramos a nuestros compañeros que se nos habían adelantado. Nos contaron sobre las diversas contrariedades y decepciones ya experimentadas por ellos. A saber, hasta el momento no había caballos y todo indicaba que el camino a Puebla lo íbamos a hacer a pie, lo cual no nos agradaba en absoluto. En segundo lugar, los soldados tenían la esperanza de que su salario aumentaría, lo que tampoco sucedió, de manera que desde el principio hubo disgustos. En cambio nosotros, los cadetes, alojados junto con los soldados, nos sentíamos muy incómodos.

Paseando con mi compañero Stuart, encontramos a nuestro capitán quien nos declaró que por tener una sola cama vacía, estaba en disposición de hospedar solamente a uno de nosotros en su alojamiento si lo deseábamos.

Echamos suertes y la suerte fue favorable para mí, mas me proporcionó un nuevo trastorno, porque creyendo que la cama pertenecía al alojamiento del capitán, me desilusioné cuando resultó que tenía que pagar por ella una piastra²⁷ al día. Además, antes de partir, coloqué en la caja del regimiento todos mis pequeños fondos y esa caja se quedó en Liubliana. Por tanto, me encontraba en una situación crítica, porque había tenido que pagar por la manutención en el barco y diariamente por la comida, de modo que me quedé con los bolsillos vacíos. En medio de estas tribulaciones, el teniente de nuestro regimiento, Suchodolski, me presentó el siguiente modo de salir de esta fastidiosa situación:

“Como no recibiremos caballos para ir a Puebla, los que tienen monturas, parece que tendrán que cargarlas sobre los hombros, o si no, se cansarán de esperar hasta que llegue el transporte principal de equipajes y esto tardará un par de meses. Le propongo pues que me venda su montura”.

26 En español en el original.

27 Moneda de plata de valor variable, según los países que la usaban. Como el autor lo declara en el capítulo VI, equivalía a 5 francos de la época.

Lo acepté, tanto más, que mi desnudez me molestaba sobremanera. Vendí la montura por 50 piastras ganando de esta manera la libertad por haber satisfecho las deudas. Mi estado de ánimo, por supuesto, cambió en seguida y en compañía de unos amigos fui al mar para contemplar el magnífico cuadro que presentaban las olas amontonadas a fuerza del viento furibundo, conocido por el nombre de *norte*, sobre todo al estrellarse contra la costa. En esa ocasión admiramos las maniobras de enormes pelícanos en busca de alimento. Giraban muy alto sobre el mar, por un momento se quedaban quietos y luego, al bajar las alas, se tiraban con un ímpetu vertiginoso en la hondura del mar, de donde emergían al poco rato con el buche lleno y volando con pesadez, alcanzaban las murallas que rodean la ciudad, para consumir allí tranquilamente su presa.

En Veracruz presencié por primera vez la ejecución de la pena de azotes que entonces todavía se practicaba en el ejército. Dos días a la semana eran dedicados a la práctica de este castigo. Por la tarde, en el patio del cuartel se reunía un escuadrón, se formaba en un cuadrilátero, los delincuentes venían custodiados por los guardias y bajo la protección de un suboficial (a cuyo cargo estaban los presos) quien traía bancos consigo. Unos, condenados por infracciones menores, recibían de 10 a 15 azotes, otros de 25 a 50, muy rara vez llegaba a más, puesto que en tal caso, la administración del castigo de más de 50 azotes dependía ya del tribunal de guerra. Salían entonces de la fila los suboficiales, por lo general, cabos, ocupando puestos a los dos lados del delincuente acostado sobre el banco. Después de registrar minuciosamente si el culpable no se había puesto algún objeto entre la capa y el cuerpo, esperaban la señal con el azote en la mano. Había también la costumbre de que el condenado mandaba a dos de sus compañeros al oficial de guardia, asistente a la ejecución, para pedirle el indulto. En la mayoría de los casos era una simple formalidad, después de la cual el suboficial contaba en alta voz, una, dos, tres..., con intervalos y los golpes caían coincidiendo con cada número pronunciado. Era un castigo muy doloroso, pues pude ver a las personas desmayarse ya después del décimo golpe. Luego de administrado el castigo, cada uno se levantaba por turno e iba al oficial pronunciando la siguiente fórmula: Mis humildes gracias por el justo castigo. Luego, por lo general, ingresaba en el hospital. El castigo no se consideraba afrentoso y en este conglomerado de elementos tan diversos era una cosa necesaria para mantener la disciplina.

Unos días después de la llegada recibimos la orden de emprender la marcha. Dejé todos mis bultos en Veracruz guardando conmigo solamente un saco de lienzo con tres camisas, unos pares de calcetines, una docena de pañuelos, etc., en una palabra, sólo lo

más necesario. Al envolver el saco con mi capa, lo amarré en la espalda. Además, portaba un sable pesado, una pistola y una canana con 16 cartuchos. Cargado de tantas cosas, subí al vagón que nos iba a llevar a Soledad²⁸, la siguiente estación después de Veracruz, situada en la única línea de ferrocarril existente entonces en el país. No todo nuestro regimiento salió a la vez. El primer escuadrón en que estaba Lempicki, se quedó y nos iba a alcanzar más tarde en Puebla. Al llegar a Soledad, acampamos y en seguida, el primer día, me mandaron al primer puesto de guardia. Ya en Veracruz nuestros soldados fueron atemorizados por los rumores acerca del asalto que íbamos a sufrir en seguida durante nuestra marcha. Su imaginación estaba, por tanto, fuertemente excitada. Al anochecer, cuando colocaba a los guardias en sus lugares de acecho, apenas le señalé a un tal Dembicki su puesto de guardia, después de explicarle cómo tenía que proceder, oí de pronto un disparo. Reúno entonces a mis gentes y voy corriendo para ver qué ocurrió. Dembicki me contesta que abrió fuego sobre un jinete que en la oscuridad quería atacarlo sin haberle contestado a su llamado. Empezamos a buscar a este caballero y al fin lo encontramos en la forma de una vaca muerta. Sin embargo, lo curioso es que este disparo no perturbó la paz en el campamento, donde todos dormían profundamente. Al día siguiente, durante el acto de llamamiento, es decir, al pasar la lista de nombres, resultó que el criado del conde Gueltern y un soldado raso del cuarto escuadrón, se habían fugado junto con los caballos de sus amos. Durante nuestra marcha a Puebla hubo varios desertores, entre otros, el mencionado Dembicki quien desertó en Orizaba. Tenía que provenir de una buena familia, puesto que más tarde llegó para él una carta de sus padres con 40 ducados²⁹. Se perdió sin dar señal alguna.

El camino de Soledad a Paso del Macho³⁰ fue muy duro para mí. Llevaba mi saco en la espalda y aunque estaba habituado a caminar, el calor me molestaba mucho. Al ver cómo estaba agotado, el capitán mandó colocar mi saco sobre su mula que llevaba equipajes y en Córdoba el teniente Brinckmann compró un caballo y me dejó cabalgar sobre

28 Actualmente el municipio de Soledad de Doblado. Este antiguo pueblo, perteneciente en aquel entonces al municipio de Veracruz, constituía el paso entre este puerto y las ciudades de Córdoba y Orizaba. Fue ahí en donde, el 19 de febrero de 1862 se celebraron los "Preliminares de la Soledad", firmados por el general Prim, en representación de las fuerzas militares que ocupaban el territorio nacional (España, Francia y Gran Bretaña) y los representantes del gobierno mexicano. En tales "Preliminares" se normaban las reglas a seguir por las fuerzas ocupantes en lo que se buscaba una solución al conflicto favorable para los bandos contendientes.

29 Moneda de oro que circulaba en Austria.

30 En aquella época, pequeña ranchería. Situada a 479 m. snm. actualmente es cabecera municipal.

él por turno, cada mitad del camino. Les estaba muy agradecido. Una vez libre de las incomodidades de la marcha, pude dedicarme a plenitud a contemplar los contornos. Había tantas cosas dignas de admiración. Sobre todo el camino de Soledad a Córdoba fue una larga cadena de decorados teatrales. Unas hermosas colinas elevándose una sobre otra, en todas partes cubiertas de bosques, pero qué bosques. Mis ojos nunca antes los habían visto parecidos. Unos penachos y unas flores magníficas y multicolores, hojas de varios metros de largo y todo ello entretejido de bejucos tan tupidos que parecía imposible avanzar siquiera un paso desde el camino hacia el fondo. En medio de estos bosques hay una multitud de numerosas especies de pájaros ruidosos de colores flamantes, de pronto pasan volando unas preciosas moscas fulgurantes, en otro momento, los pajaritos llamados colibríes, como grandes avispones, centellean en los rayos del sol cual cintas de piedras preciosas. Por el contrario reina allí el desorden y la desidia. Aquí yace tendida una mula muerta rodeada de una jauría de perros que la desgarran. Los atrevidos zopilotes se acercan expulsando a los perros. Esta ave repugnante del tamaño de un pavo, de color negro con la cabeza calva, se alimenta solamente de carroña y es la que tiene la misión de limpiar los caminos y las calles en todo el país. Por lo mismo, esas aves, respetadas por todo el mundo, son tan atrevidas que, muchas veces, cuando uno camina por la acera debe hacerlas retroceder, para poder pasar, interrumpiendo así su digestión asquerosa. Sienten la carroña a distancias extraordinarias y acuden en seguida desde las comarcas más lejanas para el banquete preparado. Siguen siempre al ejército esperando conseguir su bastimento.

El camino de Orizaba a Puebla es completamente distinto. Al abandonar Orizaba, por delante uno tiene montañas elevadas que cierran todo el horizonte. Domina sobre ellas el volcán Orizaba de 18 mil pies de altura³¹. A la salida de la ciudad empieza de inmediato un camino serpenteante hacia los picos de estas montañas. Después de llegar allí, se extiende la famosa meseta de Anáhuac, de trescientos kilómetros cuadrados de extensión³². En esta planicie fueron construidas la mayor parte de las ciudades junto con la capital. No es posible imaginarse algo más triste que esta llanura arenosa cubierta acá y allá de monstruosos cactus de formas muy extrañas, de enormes pitas y pimenteros miserables que bordean los caminos. Es justo el proverbio que manda a los inoportunos a los sitios donde crece la pimienta.

31 Obviamente se refiere al Pico de Orizaba (o *Cittaltepetl*) la mayor altura de México (5 747 m.).

32 Más bien la Altiplanicie Mexicana.

A causa de los frecuentes temblores de tierra, las casas se construyen allí mayormente de madera, en lugar de techo lo que hay son vigas unidas en armadura. Debido a ello, en esas armaduras anidan una multitud de diferentes especies de bichos, entre ellos, tarántulas, alacranes, enormes ciempiés y otros muchos, difíciles de alcanzar en sus escondites.

Son muy molestos los cambios bruscos de temperatura, el calor se transforma súbitamente en un frío muy molesto acompañado del rocío abundante que sustituye aquí la lluvia cuya falta se siente durante ocho meses al año. Solíamos dormir al aire libre y acostándonos a una temperatura relativamente alta, ya a las dos de la madrugada era imposible dormir. Estaba helado hasta tal punto que temblaba como si tuviera fiebre y sin embargo hacía 12 grados sobre cero. En cambio, apenas se asomaba el sol y emprendíamos la marcha, nuestras frentes chorreaban de sudor. Creo que este hermoso país, este paraíso como lo llaman algunos, puede serlo para quienes lo recorren con todo tipo de comodidades, mas a mí me parecía entonces un infierno y sólo rogaba a Dios que no me quedara ahí mucho tiempo. En el segundo descanso después de dejar Orizaba, en Canadá³³, llegó el teniente d'Equelley con un transporte de caballos para los oficiales. Fue para mí un gran alivio, puesto que así ya toda la marcha y no solamente la mitad, la realizaba cabalgando sobre el caballo del teniente Brinckmann. Por otra parte, todo el camino hasta la misma Puebla no presentaba nada interesante. En Palmar había un restaurante perteneciente a un francés donde comí muy bien al fin, porque desde el propio Veracruz comía lo mismo que los soldados y ese menú de excelente no tenía nada, como es fácil imaginarse. Dado que la guarnición de Puebla se componía solamente de franceses, salió a nuestro encuentro el general en jefe, francés, ante quien desfilamos. El gentío nos miraba en las calles con la boca abierta, mientras íbamos marchando a través de toda la ciudad³⁴ al cuartel destinado para nosotros que resultó ser una vieja casa carcomida, medio destruida por el sitio reciente que había sufrido la ciudad. No había ni puertas ni ventanas, ni siquiera paja en las losas de piedra, en una pala-

33 Así aparece en el original de la edición polaca. Por el carácter montañoso de la región, podemos suponer que el autor se refiere a algún lugar conocido como "La Canada". Tal suposición está confirmada en la relación de la Condesa Paula Kolonitz, quien en 1862 formó parte del séquito de la Emperatriz Carlota. (cf. *Op. cit.* 1984).

34 El 10 de marzo de 1863, ante el avance del ejército francés, el general González Ortega, declaró el sitio de Puebla. Agotados el parque y los víveres, aquél rindió la plaza "a discreción" el 17 de mayo de ese año al invasor general Forey.

bra, en seguida al principio, todos los sueños respecto al mejoramiento de la existencia se perdían frente a la realidad brutal.

Al día siguiente después de una noche sin dormir, salí a la ciudad. Puebla es una ciudad grande y bonita, tiene alrededor de 70 mil habitantes. No sé por qué la llaman de los Ángeles, lo que quiere decir angelical. ¿Será por su hermosa situación, o bien, por el carácter suave de sus habitantes? No lo sé, pero tengo muchas dudas en cuanto a la segunda versión y supongo que este nombre le haya quedado más bien aún de los tiempos de la conquista de México por Cortés. La mayor parte de las casas están muy adornadas. Unas construidas de madera labrada en cuadros, otras, de ladrillos y estas últimas barnizadas y a menudo doradas parecen extrañas a los ojos de un europeo. En cambio, en todas partes las construcciones tienen pocos pisos, se nota el temor ante los temblores de tierra, plaga que invade a menudo este infeliz país.

En medio de la gran plaza central, adoquinada con lozas de piedra, se eleva la catedral, una construcción pesada a base de material labrado en cuadros, en la que el arte fue sacrificado en favor de una firmeza durable. Sin embargo el arte está representado aquí por los hermosos bajorrelieves de artistas desconocidos. Los interiores de las iglesias no presentan ningunas diferencias frente a las nuestras. Unos días después nuestro alojamiento fue cambiado y nos destinaron al convento de San Francisco, antiguo hospital francés y almacenes militares. Es una construcción enorme e imponente de lo que en Europa nadie podía tener idea en aquella época. Como primeramente era un convento de monjas, su construcción, de acuerdo con esa finalidad, se componía, por tanto, de enormes corredores con celdas a ambos costados. En estas celdas pudieron haber solamente cinco o seis soldados. Para dar la idea de lo grandioso que era el edificio, basta decir que cabían allí todos nuestros oficiales, cada uno teniendo su cuarto separado, luego los oficiales de infantería y de artillería, además todo nuestro regimiento de lanceros, dos compañías de infantería y dos baterías de artillería. Todo el edificio contenía siete patios interiores rodeados de arcadas. Esos patios nos sirvieron luego para practicar la equitación.

Para mí y un amigo mío, el joven inglés, Stuart, cadete igual que yo, fue destinado un cuarto, donde tan pronto llegaron nuestros bultos, tratamos de instalarnos lo más cómodo posible. Con este propósito, alquilamos, por dos piastras al mes, una mesa, dos sillas y dos butacas. En cuanto a las camas, el precio nos pareció tan elevado que nos contentamos con las que nos ofrecía el gobierno, en forma de tablas. En cambio, la vista

que se extendía delante de nuestras ventanas compensaba de sobra las molestias pequeñas y grandes.

El convento, construido en una colina, dominaba la ciudad desplegada a sus pies. En el fondo del horizonte, en cambio, dos gigantescos volcanes, Popocatepetl e Iztaccihuatl³⁵ cubiertos de nieves eternas. Por la madrugada, a la salida del sol, cuando los rayos purpúreos coloreaban de rosado las grandes porciones de nieve plateada, la vista era tan encantadora y solemne que penetraba hasta el fondo del alma y aunque se repetía diariamente, despertaba siempre la misma admiración.

Unos días después de nuestra llegada, un escuadrón recibió la orden de salir a Napalucan. Lo menciono aquí sólo por un incidente muy penoso trágicamente terminado. Hasta el momento no he mencionado que nuestro regimiento se componía principalmente de jóvenes polacos internados después del año de 1863 en diferentes fortalezas austríacas, después de haber atravesado forzosamente la frontera³⁶. Todos ellos eran insurrectos del año de 1863, que habían recibido el permiso del gobierno para incorporarse en las divisiones de voluntarios que iban a salir a México. De modo que estos jóvenes infelices, sin tener la menor idea del rigor militar, desconocido en la insurrección, difícilmente soportaban la disciplina militar. Unos días después de llegar a Napalucan, tres jóvenes polacos, entre ellos dos de mi escuadrón, un tal Maczynski y Boginski decidieron desertar. Después de robarle unas mulas a una vieja, abandonaron secretamente el pueblo. Una vez descubierta su huida, fue enviado a seguirlos el pelotón del conde Wolff Metternich que los alcanzó y llamó a que se rindiesen y volviesen al regimiento. Los infelices, lejos de rendirse, incluso resistieron, empeorando su situación hasta tal punto que el tribunal de guerra les condenó a muerte por fusilamiento. Al día siguiente la sentencia fue ejecutada, sin embargo, debido a la falta de una cantidad necesaria de armas, habiendo sólo cuatro fusiles en el escuadrón, hubo que pasarlos por las armas por turno. Eran unos muchachos valientes y es una lástima que hayan muerto de manera tan miserable, porque antes de morir pidieron perdón a sus compañeros y llamaron su atención a la afrenta de no haber cumplido el juramento.

Inmediatamente después de nuestra llegada, una comisión fue encargada de la compra de caballos. Se las arregló tan rápido que ya al cabo de una semana el primero y el segundo escuadrón, al que yo pertenecía, recibieron caballos. Desde entonces co-

35 "Iscachhuatl" en el original.

36 Ver nota 2 del capítulo I. La frontera a la que alude el autor es la de los imperios ruso y austríaco.

menzó el verdadero trabajo. Sin embargo, en los momentos libres de servicio, tenía mi propio rincón donde podía tranquilamente descansar, leer, escribir y pensar en los míos.

Hasta aquel momento teníamos relativamente poco que hacer. Ejercicios, prácticas de equitación y curso de reglamento. Además, teníamos que salir con bastante frecuencia, acompañados de un séquito, a las ejecuciones de los aborígenes por los franceses. El lugar de ejecuciones lo era la plaza de San José, llamada por los mexicanos el matadero francés debido al uso a que se había destinado. Las sentencias se ejecutaban dos veces a la semana. Naturalmente se fusilaban a tres o más condenados, una vez incluso a siete. La rapidez con que se procedía en estos casos, era terrible. Los condenados llegaban en carros, cada uno acompañado de un sacerdote. Después de haber leído la sentencia resumida en unas pocas líneas, además en francés que los pobres ni siquiera entendían, se les daba la orden de arrodillarse, se les tapaba los ojos y al instante caían los tiros de una distancia de cinco pasos. En seguida, se oían las trompetas y el ejército desfilaba delante de los cadáveres.

Es admirable el coraje y la resignación con que morían esos hombres cuya conciencia estaba cargada, en la mayoría de los casos, de los crímenes más repugnantes. Presencí una gran cantidad de ejecuciones de la pena de muerte y sólo una vez tuve la ocasión de ver a un condenado arrastrado por fuerza al lugar del fusilamiento. Opinando en general sobre toda la población de ese país, tanto los aborígenes, como los mestizos y los criollos, hay que decir que las agitaciones centenarias, desde el momento de librarse del dominio español, la falta del sentido moral, del sentido del honor, la corrupción y la depravación de las costumbres, han degradado el sentido de la dignidad personal hasta tal punto que llegaron a convertir a esta población mixta en hombres privados de honor y de fe.

Según los relatos que me contaron, lo que contribuyó notablemente a la depravación general fue la falta de sacerdotes. Voy a citar aquí la opinión de un alemán residente en Puebla desde hace 30 años, quien, conociendo aquella sociedad, me la pintó así: no hay casi ninguna familia donde no existan unas relaciones vergonzosas y en lugar de escandalizarse y avergonzarse por ellas, todos siguen viviendo en comunidad y se sienten de lo más satisfechos.

Lo que llamó mi atención y que ya antes quería destacar fue la gran solicitud y el desmedido cuidado que me ofrecían en cada momento todos mis compatriotas, hasta tal punto que cada uno quería hacerme favores de todo tipo tan pronto veían que podía

necesitarlos. Esa preocupación por mi persona me emocionaba mucho y tanto más que no sabía cómo agradecerles las atenciones que me brindaron. ¿Acaso se daban cuenta de que yo era más débil y no habituado a una vida tan dura? No lo sé, sin embargo les estaba agradecido.

Volviendo a los asuntos del trabajo cotidiano, éste empezaba a ser mucho más duro. Y así, ya desde las 5 de la madrugada había que estar en la pista de equitación permaneciendo allí hasta las 9; de 12 a 3 de la tarde había que vigilar la limpieza y la nutrición de los caballos lo cual era un trabajo igualmente pesado, ya que en el caso de no controlar concienzudamente a los soldados, uno tenía que responder ante los oficiales. Sólo alrededor de las 7 de la noche estábamos libres e íbamos al hotel Universal donde solían comer nuestros oficiales. Allí fue donde me sucedió la siguiente aventura que no implicó, sin embargo, consecuencias desagradables. En el hotel Universal comía también con nosotros el comandante Bertrand, jefe de nuestro regimiento, el cual a todos nuestros oficiales les parecía antipático. Para no comer con él, empezaron a trasladarse poco a poco, uno tras otro, a otro hotel, de modo que me quedé solo con el comandante. Esa situación fue sumamente desagradable, pues me interesaba más gozar de la benevolencia de todos los oficiales que de uno solo, aunque fuese el mismo jefe del regimiento. De manera que yo también me trasladé y desde entonces empecé a comer en el hotel Dili-gences. Un día me encuentro en la escalera con el comandante que va hacia el hotel y me pregunta:

— *Wo geben Sie?*

— *Speisen.* — Le contesto flemáticamente.

— *Warum speisen Sie nicht mehr im Hotel Universal?*

— *Weil man besser speist hier.*

A lo que el mayor me contesta:

— *Hören Sie mahl, speisen Sie im Universal oder essen Sie menage, sonst spere ich Sie ein!*³⁷

37 En alemán en el original. La traducción es la siguiente:

— ¿Adónde va ud?

— A comer. — Le contesto flemáticamente.

— ¿Por qué ya no come ud. en el Hotel Universal?

— Porque aquí me gusta más.

A lo que el comandante me contesta con mal genio:

Así, volviéndome la espalda siguió su camino. Naturalmente no tenía otra cosa más urgente que la de contar toda la historia a los oficiales reunidos. Todos estaban indignados por semejante actitud y mi capitán me aconsejó que siguiera comiendo con él por lo que el comandante no podría enfadarse.

Sin embargo, lo que no pudo conseguir el enojo del comandante, lo alcanzó la pobreza. El dinero que había traído conmigo empezó a agotarse tan rápidamente que en breve ni Stuart ni yo teníamos posibilidades de comer en el hotel. Incluso se llegó a tal extremo que, para ahorrar, comíamos un solo plato entre los dos. Todo concluyó, por tanto, de acuerdo con los deseos del comandante, a saber, estábamos obligados a comer *menage*, es decir, platos de soldados. Visitábamos también con mucha frecuencia a los banqueros locales preguntando si nos habían enviado dinero alguno. Mientras tanto, nuestros fondos disminuían día a día, de modo que ya no nos bastaban siquiera para una comida entre dos, lo cual no nos impidió que en cuanto llegaron los fondos, a pesar del hábito ya muy bien asimilado, cada uno en seguida pidió para sí una comida completa.

Alrededor del 14 de marzo de 1865 el comandante Bertrand organizó una expedición al norte de Puebla, según decían, para comprar caballos, pero en realidad, para indagar por dónde andaba la pandilla de salteadores llamados los Plateros que merodeaban y saqueaban en esa zona. El nombre de Plateros³⁸ dado a esa pandilla procede de los grandes botines que ganaban a costa de los habitantes de la zona. Plateros significa en español gente de dinero, y más bien, de plata.

Como esta expedición ofrecía muchas emociones y era justamente lo que me había impulsado a venir aquí, pedí encarecidamente que me dejaran participar en ella lo cual conseguí sin dificultades. Fue el capitán conde Kurzrock quien dirigió esta expedición. Además, tomaron parte en ella: el comandante Bertrand, el teniente Doleszal, los subtenientes Brinckmann y Suchodolski, los cadetes de d'Hoop, treinta lanceros y yo. De modo que una mañana emprendimos la marcha dirigiéndonos al norte, hacia Tlaxcala y dejando a la derecha el pico de la Malinche. Ésta es una enorme montaña cuya forma recuerda hasta lo increíble a una mujer acostada y cubierta de paños cayendo en pliegues. La vista es magnífica y naturalmente, la figura de mujer originó diversas leyendas³⁹.

— Pues escúcheme bien. ¡Va ud. a comer en el Universal o lo haré arrestar y va a comer del rancho de la soldada!

38 En español en el original.

Según la más antigua, que buscó sus fuentes en la conquista de México por Cortés, la mujer del jefe de una tribu indígena, por no poder soportar el yugo y viendo su país condenado a ser el botín de los extranjeros, subió a esta montaña y en el pico mismo se quitó la vida. La nieve que ha ido cubriendo este hermoso cuerpo durante varios siglos, no ha llegado a cambiar sus formas, solamente a aumentar sus contornos, contribuyendo a crear una ilusión perfecta que choca a cada viajero que por vez primera ve esta montaña.

Nuestros jefes querían sobre todo sorprender a la pandilla de saqueadores y les interesaba que éstos no fuesen avisados con anticipación sobre nuestra expedición, de modo que tuvimos que adelantar nuestro paso. Más o menos al mediodía llegamos a Tlaxcala donde permanecemos sólo hasta las tres de la tarde siguiendo luego la marcha a Atlanguatepec. Allí nos tocó pasar la noche. Es un pueblito muy pobre con unas cuantas chozas miserables, peores aún que las más pobres entre las nuestras, situadas en las regiones más aisladas de los Cárpatos⁴⁰. Aparte de maíz no pudimos conseguir nada en esas chozas. Finalmente, después de comer unas cuantas míseras tortillas⁴¹, que es una especie de torta hecha de harina de maíz, con un poco de pan traído de Puebla, me acosté al lado del caballo tratando de dormir. Al despertarme temprano por la madrugada, estaba helado y en seguida emprendí la marcha. Debo explicar también el fenómeno de sentirse uno helado en un país subtropical. El cambio del día caluroso en las noches frías que traen además, un rocío abundante, provoca en el organismo ya habituado a un calor equivalente a la temperatura de nuestros días más calientes de julio, una sensación de frío muy molesta, lo cual, a su vez, con la primera aparición del sol naciente

Wodzicki comete una imprecisión. El volcán que tiene la forma de una "mujer dormida" es el Iztaccihuatl (mujer blanca), con una altura máxima de 5 386 m. snm. y situado entre los valles de México y Puebla. La Malinche (o Matlacueyatl, falda azul), es otro volcán de 4 461 m. snm. Situado en el valle de Tlaxcala-Puebla. Ambos volcanes son visibles desde la ciudad de Puebla, de ahí la confusión del autor. La versión del mito que éste recoge en el siguiente párrafo no es conocida en la actualidad, siendo más popular otra que nos remite a épocas prehispánicas, sobre los amores infelices entre una princesa (Iztaccihuatl) con el guerrero Popocatepetl (cerro que humea), que vela a su amante convertido también en volcán. Éste está situado al norte del Iztaccihuatl con una altura máxima de 5 400 m. snm.

40 Cordillera montañosa que rodea parcialmente la cuenca del Danubio. Su extremo norte, cuyas aguas vierten en la cuenca del Vístula, corresponde al actual sur de Polonia.

41 En español en el original.

pasa en seguida al calor insoportable. Y hay que señalar que aquí durante ocho meses del año el sol nunca falla.

Alrededor de las diez llegamos a Tlaxco⁴² y después del descanso del mediodía, hacia el anochecer entramos a Chihuahupán donde íbamos a pasar la noche. A partir de Tlaxco el país ya no es tan uniforme. Ya no se ven esas enormes plantaciones de pitas, ni los matorrales intrincables de diferentes especies de cactus. Desde aquí comienza la zona montañosa poblada, igual que en nuestro país, de árboles coníferos. En medio del camino nos sorprendió la tormenta, pero fue una tormenta tropical de la que nadie puede tener idea si no la vio en persona. Fue igualmente violenta que breve. En sólo un cerrar y abrir de ojos, por encima del horizonte resplandeciente del azul más puro, aparecieron nubes negras y cubrieron todo el cielo. Empezó a caer granizo del tamaño de pequeñas nueces y en breves minutos cubrió la tierra con una manta blanca. Los caballos azotados como si fuera por unas varas de hierro se encabritaban o echaban a galopar como locos. El ruido de los truenos que repercutían contra las rocas alrededor de nosotros era tan aterrador que toda la tierra temblaba bajo los pies. Igual que había venido, con la misma rapidez se fue la tormenta, dejándonos estupefactos y empapados hasta el último hilo. Si no fuera por las huellas en forma de árboles quebrados y una gruesa capa de hielo, podría uno pensar, al ver nuevamente este cielo azul y el sol brillante que aquello había sido sólo una pesadilla.

Al día siguiente, después de haber dejado nuestros bultos en un escondite seguro, nos dirigimos en partida armada hacia Zacatlán, el objetivo de nuestro viaje. Desgraciadamente fue demasiado tarde. Encontramos la ciudad abandonada y saqueada. Los Plateros, después del pillaje, advertidos probablemente sobre nuestra llegada, se fueron a la montaña. Volvimos pues por la tarde a Chihuahupán⁴³ donde pasamos el día siguiente. Fue aquí en donde por primera vez probé el aguardiente del país, hecho de piña y así llamado. Muy bueno pero demasiado dulce. Después de un día de descanso, al día siguiente emprendimos la marcha muy temprano por la madrugada. Teníamos por delante una larga etapa de casi 50 kilómetros hasta Tulancingo⁴⁴, un pueblo bastante importante, provisto de una guarnición francesa. La marcha, aunque larga, fue sin embargo excepcionalmente hermosa. Cabalgamos siempre entre altas montañas pobla-

42 "Tlasco" en el original.

43 Así aparece en el original. Quizás se trate de Chignahuapan (Puebla), localidad situada entre Tlaxco y Zacatlán.

44 En esa época perteneciente al estado de México y actualmente al de Hidalgo.

das de árboles que nos protegían del ardor del sol. Cuando al anochecer llegamos a Tullancingo, los oficiales franceses dieron a nuestros oficiales una acogida magnífica mostrándonos su hospitalidad incomparable. En cambio, los suboficiales, desconociendo la diferencia entre el grado de cadete, que no existe en el ejército francés, y el de suboficial ordinario, insistieron en invitarnos a pasar la noche con ellos. Aunque esa proposición no nos convenía, porque el nivel de cultura y de costumbres era totalmente diferente, aceptamos la invitación, para no pagarles con una grosería sus buenas intenciones.

De modo que pasamos la noche en su compañía sin que ello nos agradara en especial. Sin embargo, nos pusimos muy contentos, cuando al día siguiente emprendimos la marcha continuando nuestro camino al pequeño pueblo de Apan.

Aquí el paisaje cambia totalmente. Hasta donde llega la vista, se extiende una llanura cubierta de hierba verde. De allí que el camino es bueno y pronto llegamos a Apan. Es un pueblo miserable, sin lugar adecuado para pasar la noche y además, sin agua, aunque junto a Apan hay un enorme lago, pero, desgraciadamente, con agua salada.

Ese mismo día me tocó el servicio de guardia, de modo que todo el orden del día dependía de mí. Llevé a unos hombres conmigo y fuimos a explorar la situación del agua. A pesar de largas búsquedas y preguntas que hicimos a los habitantes desconfiados, no encontré agua. Hubo que presentar el informe acerca de esta cuestión al jefe del destacamento, el conde Kurzrock. Naturalmente, fui recibido muy mal. El capitán me regañó mucho, agregando además: Hubiera podido usted ser más ingenioso y al entrar en casa del primer habitante que fuese, por ejemplo del párroco, hubiera podido quitarle sus reservas de agua. Le contesté en breves palabras que por no sentirme autorizado a violar las casas de los ciudadanos tranquilos, no lo hice, pero que ahora, respondiendo a su orden, inmediatamente lo haría.

Fui directamente a la casa del párroco quien, en contestación a mi pedido mesurado sobre la posibilidad de ofrecernos un poco de agua, dijo que todos los tanques estaban secos. Como esta negativa no me satisfizo, hice una revisión detallada en casa y encontré una cantidad suficiente de agua para calmar la sed de hombres y caballos.

A causa de las frecuentes sequías y por falta de agua, los habitantes de esta zona construyen tanques profundos donde se acumula el agua procedente de las lluvias. Por supuesto, la vigilancia de estos depósitos es muy grande, puesto que deben servir durante el año entero y el acceso a ellos se da de muy mala gana.

De Apan a la siguiente estación, punto final de la etapa, tuvimos que pasar por la hacienda de San Nicolás, donde teníamos la intención de descansar un rato. Sin embargo, la hospitalidad del hacendado o, mejor dicho, de su sustituto, el mayordomo era una hospitalidad verdaderamente española, ya que de ninguna manera quiso permitirnos solamente una breve estancia. Nos declaró que no nos dejaría seguir el camino si no pasábamos en su casa por lo menos una noche, si es que no queríamos ofenderle gravemente. No hubo forma de oponerse a la tentación de conocer la vida de un verdadero hacendado, por lo que decidimos quedarnos.

La hacienda en el sentido propio de esta palabra es una finca con la residencia campestre y las dependencias. Sin embargo, la extensión de esta finca es tan grande que nosotros no tenemos la menor idea de ello. Es, a la vez, una especie de pequeña fortaleza que debe resistir a los frecuentes ataques, tanto de las pandillas de vagabundos armados, como de los generales, igualmente peligrosos, inconformes con las relaciones legales en el país, es decir, de los que pertenecen a los pronunciamientos. Por consiguiente, una hacienda de este tipo, poseyendo varios miles de fanegas de tierra sin que fuesen exactamente delimitadas, contiene dentro de sus muros una población de varios miles de personas gobernadas patriarcalmente por el hacendado, o bien, bajo su ausencia, por su sustituto, el mayordomo. En una hacienda así se puede encontrar todo lo que esa población necesita para su vida sencilla. En cuanto a la agricultura, la hacienda está reducida al mínimo de las necesidades locales. Mayormente a la producción de maíz y de cebada que sirve aquí para el pienso de los caballos. Además, todo el giro económico se apoya en la producción de la bebida nacional llamada pulque, de caña de azúcar y en la cría de caballos y de ganado en grandes rebaños. El dueño puede orientarse sólo por medio de registros del ganado marcado, cuál es la cantidad que tiene.

El pulque es una bebida popular entre toda la población de la meseta del Anáhuac, puesto que el maguey, del cual se produce esta bebida, se encuentra solamente en estos terrenos situados a una altura considerable. El maguey, llamado en nuestro país a menudo indebidamente con el nombre de cacto, crece también en nuestros jardines. Tiene la forma parecida a una alcachofa con enormes hojas gruesas terminadas en una púa aguda. En México, las plantaciones de maguey abarcan extensiones de miles de hectáreas. Cuando la planta llega a su madurez, empieza la cosecha realizada en una forma muy original. El indio provisto del machete, es decir, una especie de cuchillo ancho, y de un instrumento muy primitivo para absorber el jugo⁴⁵, empieza la cosecha. Primero corta con el machete las hojas interiores del maguey dejando limpio el centro de la plan-

ta. Descubre así un hueco que contiene varios litros de jugo de esta planta. Luego lo vierte por medio del instrumento chupador en unos sacos ya preparados y cosidos de piel de cabra. De allí el líquido pasa seguidamente a unos grandes cubos descubiertos. El zumo fermenta en estos cubos con una fuerza tan grande que no hay botella que pueda resistir a la presión, por eso, tanto en la recogida, como en el transporte de esta bebida, se utilizan pieles de cabra. La misma bebida, blanca como la leche, es tan espumosa como el champán y si no fuera por el olor repugnante de cabra, sería una bebida de lo más agradable y sobre todo muy refrescante. En todas partes, tanto en las ciudades, como en los caminos, se ven las fondas con el letrero: Pulquería. Dicen que el beber una copa de vodka después del pulque, puede embriagar hasta la locura.

La hacienda de San Nicolás tiene entre 2 y 3 mil habitantes y más o menos 200 mil ejemplares de ganado y de caballos que pastan libremente en las extensas llanuras. Alrededor de los muros de defensa que se cierran de noche, están pegadas las miserables cabañas de los indios, llamados peones, es decir, lo mismo que nuestros campesinos⁴⁶. Entre las cabañas, hay unas tiendecitas que ofrecen mercancías adaptadas a las necesidades locales. Dentro de los muros se encuentran mansiones con oficinas, ingenios azucareros, destilerías y enormes graneros.

La mansión de San Nicolás es enorme y en ella fuimos excelentemente agasajados. Al día siguiente, el dueño⁴⁷ quería mostrarnos sus caballos, de modo que ya por la madrugada fueron enviados una multitud de jinetes cuya tarea era reunir cierta cantidad de caballos y de ganado con el fin de presentarnos un espectáculo y enseñarnos cómo esta gente se defiende con estos rebaños salvajes. Para este objeto están destinados unos amplios patios, llamados corrales, de una extensión de varias fanegas⁴⁸ rodeados de un muro alto. Para estar más cómodos y a la vez, más seguros, nos sentamos sobre el muro y apenas tuvimos tiempo de colocarnos, cuando a lo lejos ya se dejó oír el trote del rebaño salvaje arreado entre una nube de polvo por una docena de jinetes. Todo aquello irrumpió con ímpetu como un huracán en los muros del amplio corral. Cerraron el por-

45 Se refiere a la jícara, instrumento para obtener el aguamiel.

46 Sugestiva observación del autor al establecer una situación social análoga entre los peones-campesinos "indios" y los campesinos polacos.

47 El autor utiliza la palabra propietario (*właściciel* en polaco), lo que contradice lo afirmado arriba con respecto al mayordomo y lo que señala líneas abajo sobre el propietario español ausentista quien nunca había estado personalmente en esa hacienda.

48 El autor utiliza el término *morga*, medida de superficie que equivale aproximadamente a 1.8 ha.

tón y en un instante todo el rebaño quedó petrificado mirando hacia todos lados. Sin embargo, ese silencio relativo no duró mucho tiempo y en seguida empezaron las evoluciones de los hábiles gauchos⁴⁹, o de los llamados vaqueros. Teniendo atado a la silla un extremo de una cuerda larga hecha de las fibras muy fuertes de áloe y llamada lazo⁵⁰, sale cabalgando el gaucho y va arreando por delante un rebaño de caballos, agitando el lazo sobre su cabeza. Agitando así el lazo forma en el aire un gran nudo corredizo. En un momento adecuado, al escoger la presa conveniente, el gaucho echa el lazo sea sobre la cabeza, sea bajo las patas del caballo que quiera agarrar y él mismo se para quedando inmóvil. El caballo atrapado siente sólo el golpe de la cuerda y sigue corriendo con una velocidad dos veces más grande, la cual, detenida bruscamente provoca la caída del caballo. La habilidad de esta gente es verdaderamente fabulosa. Agarraban una vez por el cuello, otras veces por las patas delanteras o traseras, sin haber parado ni un momento, en pleno galope. La misma forma de agarrar se aplica también al ganado, sólo que a los toros hay que tratarlos con una mayor precaución. Un jinete agarra al toro por los cuernos, otro por las patas traseras y una vez inmovilizado así, lo llevan con la mayor seguridad al lugar de su destino. Cuentan que el caballo agarrado una vez con el lazo no lo olvidará nunca. El susto provocado por la caída repentina queda para toda la vida. Así se explica por qué el caballo de cada mexicano lleva un cordón que le cuelga al cuello. Al tirar este cordón, se recuerda al caballo su primera inmovilización y eso es suficiente hasta tal punto que así se puede parar al caballo en la mayor velocidad. Los siguientes juegos nos presentaron el deporte preferido de los mexicanos, deporte que requiere una fuerza y una agilidad increíbles. Al corral dejaron pasar a un toro seguido por cuatro jinetes que iban galopando sobre unos caballos maravillosos. En un galope vertiginoso cada uno de los jinetes trata de agarrar al toro por el rabo. Cabalgando a la izquierda del toro, sueltan el estribo y colocan la pierna derecha bajo el rabo. Al incitar al caballo con la espuela izquierda, arrancan adelante con tanta fuerza que la bestia se cae de cabeza dando una voltereta. Apenas levantado el toro, ya otro jinete lo sujeta y lo tumba y así sigue sin interrupción hasta que el animal agotado ya no puede levantarse de la tierra. Es un juego salvaje, sin embargo requiere de una gran fuerza y agilidad y además, una equitación perfecta. La hacienda que visitamos, pertenecía al general español Primo

49 En español en el original y en forma sucesiva. Indudablemente el autor se refiere a los "charros", tipos eminentemente mexicanos.

50 En español en el original y en forma sucesiva.

quien personalmente nunca había estado aquí. La recibió como dote de su esposa mexicana.

Después de una despedida muy cordial, abandonamos San Nicolás, dirigiéndonos hacia San Martín⁵¹ con la intención de pasar allí la noche. Sin embargo, recibimos unas noticias tan alarmantes que seguimos la marcha hasta Puebla a donde llegamos aún el mismo día a las seis de la tarde. La distancia recorrida ese día fue de 78 kilómetros que se grabaron en mi memoria por la rozadura muy molesta contra la silla.

En Puebla nos enteramos de una agitación destacada entre la población y dirigida contra nosotros, llamados los austríacos. Asaltaban a nuestros soldados apedreándolos, incluso disparaban contra ellos. Estos disturbios y la actitud desfavorable de la población no nos impedían, sin embargo, salir, como antes solíamos hacerlo, a almorzar al hotel. Un día, cuando regresaba al cuartel con el teniente Doleszal, en la esquina dispararon contra nosotros. La bala pasó entre ambos incrustándose en el muro situado enfrente sin hacer ningún daño a nadie. Justo en el mismo momento apareció una patrulla que a nuestra orden revisó la casa y llevó a sus habitantes a la cárcel.

Sucedían también algunos episodios cómicos: una vez, hacia el anochecer, el general Thun acompañado por los comandantes Pollak y Bertrand se dirigía al cuartel Concepción justo en el momento en que el cuartel estaba invadido; por consiguiente, el general junto con su séquito se encontró entre dos fuegos, porque los nuestros, respondiendo con disparos a los asaltantes, ignoraban su presencia en aquel sitio. Por suerte, se salvó de esta aventura. Sin embargo, estas inquietudes cesaron, cuando estuvimos obligados a fusilar a unos cuantos bandidos para dar un ejemplo oportuno.

No había telégrafo y la necesidad exigía que se enviara a México un correo al emperador con la descripción de todos esos acontecimientos. Me eligieron a mí y recibí la orden de presentarme en la cancillería principal, donde me fue entregado un paquete de telegramas y donde me mandaron salir a las 3 de la madrugada.

El viaje mismo no presentaba nada de extraordinario. Antes de llegar de noche ya a México, cambié ocho veces de caballo. El camino después de Puebla sube lentamente y llega al lugar llamado Río Frío, el más alto desfiladero de esta sierra, el cual separa Puebla de México. Desde este punto la vista del valle en que está situada la capital es verdaderamente encantadora. Como es sabido, México está rodeado de lagos que circundan la ciudad por todas partes. El más grande se llama Texcoco y otro lago grande lleva el

51 San Martín Texmelucan, estado de Puebla.

nombre de San Cristóbal. De lejos parece que toda la ciudad se encuentra en una isla, en cambio, las montañas que se reflejan en el fondo del cielo con tonalidades en azules oscuros, cierran el horizonte. La entrada misma a la ciudad es original, puesto que se halla en un dique de 40 metros de ancho. Este dique está rodeado de una especie de lagunas, donde pululan millones de aves palmípedas y zancudas, desde patos y pelícanos hasta las más menudas becadas y pollas de agua de diversas especies. Todo aquello nada, bucea, y grita con voces estridentes, alzándose en enormes bandadas, hacia el cielo. ¡Qué escenas tan encantadoras para un cazador! Si no fuera por el deber, ¡con qué gusto tomaría la escopeta para probar si tengo suerte!

La ciudad misma es muy bella, fuera de los suburbios habitados por los aborígenes. Hay muchas construcciones muy vistosas y el centro tiene un aspecto totalmente europeo.

La catedral es magnífica y guarda, según dicen, un tesoro fabuloso en plata, oro y piedras preciosas. Sin embargo, su adorno más interesante son dos calendarios astronómicos grabados en lozas de piedra colocadas en las paredes de la catedral y procedentes de la época de Moctezuma⁵².

El palacio del emperador, situado en la misma plaza que la catedral, no tiene nada de particular. Su aspecto es el de un gran edificio de dos plantas, que recuerda más bien un cuartel que un palacio. Dije al cochero que me llevara al hotel Iturbide, antiguo palacio del emperador del mismo nombre, situado en el centro. Después de cambiarme, empecé a preguntar por el comandante Hotze a quien llevaba los telegramas. Al enterarme de que el comandante Hotze estaba almorzando en el hotel junto al estado mayor general francés, mandé que anunciara mi llegada. El comandante me recibió en seguida presentándome a sus acompañantes los que me convidaban a que me quedara con ellos. Sin embargo, como los telegramas eran urgentes, les expliqué que volvería una vez entregados los telegramas, uno de ellos al emperador y el otro, al mariscal Bazaine. En cuanto al telegrama destinado al emperador, el comandante Hotze se encargó de entregarlo personalmente. Yo, en cambio, tomé el simón⁵³ y fui adonde el mariscal Bezaine. Luego de entregarle el telegrama, volví al hotel. Al encontrar todavía a la comitiva completa a la mesa, almorcé con ellos y después fuimos al café. Sin embargo, no estuve allí mucho tiempo. Regresé cansado a casa para descansar finalmente después del viaje.

52 Montezuma en el original y en forma sucesiva.

53 Carruaje de plaza.

El comandante Hotze fue muy amable conmigo. Todos los días me invitaba a almorzar, naturalmente conforme con mis conveniencias. Además, puso a su criado y su coche a mi servicio. Al día siguiente, después de dormir bastante, alrededor de las 10 de la mañana fui a la casa del comandante Kodolicz, aún enfermo por la herida recibida en la escaramuza de Teotitlán. Vivía en el palacio del emperador en los apartamentos del conde de Bombelles, gran mayordomo de la corte. Lo encontré acostado en el sofá, pero con un estado de ánimo muy bueno. Un momento después entró el conde de Bombelles a quien Kodolicz me presentó y para mi gran satisfacción toda la conversación desde entonces iba desarrollándose en francés. De otra manera, en alemán difícilmente la hubiera mantenido. Me di cuenta que el conde de Bombelles, aunque era alemán, con tanta perfección dominaba el idioma francés, que uno podía tomarlo por francés legítimo. Después de una breve conversación, Kodolicz me invitó a almorzar y el conde de Bombelles declaró a su vez que él también se reservaba el mismo placer.

México se distingue notablemente de otras ciudades de este país las cuales conservaron, en su mayoría, el aspecto de las ciudades españolas del siglo XVIII. En cambio, México tiene el carácter de una ciudad moderna, en una palabra, de la capital de un país civilizado cualquiera. Mientras que en otras ciudades, aparte de las corridas de toros, es difícil encontrar otro tipo de diversiones, en México hay una ópera italiana, un teatro francés, otro teatro Iturbide y además, cuatro pequeños teatros. Existe también en la capital el hermoso circo Chiarini en el que pasé una tarde y que podría igualarse con el circo Renza, de renombre europeo.

En total, pasé cinco días en México. Conocí también a una personalidad sumamente importante que se ocultaba bajo la figura modesta de secretario particular del emperador, pero que de hecho tenía la mayor influencia en la corte. Era el señor Eloin a quien llevaba una carta de recomendación de parte de la princesa de Ligne, cuyo nombre de soltera era Lubomirska. Fue muy benévolo para conmigo y prometió apoyarme en mi promoción de avance.

En vísperas de mi partida, el conde de Bombelles y Kodolicz me ofrecieron un almuerzo de despedida en el restaurante francés cuyo dueño se llamaba Cinet. Como cuarta persona fue invitado el comandante Boleslawski, ayudante del emperador. Su compañía fue, sin embargo, menos divertida, pues era difícil entenderse con él a causa de su sordera. El ambiente durante el almuerzo resultó agradable y alegre y cuando nos íbamos, el dueño, apretándome la mano, dijo: querido señor conde, no se olvide que

aquí deja usted a sus verdaderos amigos y si un día tiene que volver aquí, haga el favor de dirigirse directamente a mi casa.

En México, antes de marcharme, visité a los distintos banqueros preguntando si había dinero enviado para mí de mi casa. Uno de ellos, el banquero Davidson me informó que había una carta de crédito para un joven polaco de Cracovia, procedente del banquero de esa ciudad llamado Wolff. Probablemente era para mí. En efecto así fue.

Abandoné México, igual como había entrado en la ciudad y sin detenerme regresé a Puebla. Aquí el asombro fue general al verme sin el grado de oficial y, sólo entonces, supe que seguramente habían contado con mi nombramiento aún en la misma ciudad de México y que principalmente me habían enviado allí para que me presentara ante las autoridades superiores.

Algún tiempo después de mi regreso, el estado mayor principal, por falta de caballería, no pudiendo utilizarla en grandes contingentes al mismo tiempo en contra de la guerrilla, se decidió a dispersar nuestro regimiento por escuadrones en todo el país. Y así, mandaron el quinto escuadrón a Perote, el tercero a Tulancingo, el primero a San Juan de los Llanos. Debido a la falta de dinero en billetes, había que enviar la soldada en dinero en efectivo, es decir, en plata o en oro a las distintas guarniciones. Esto siempre entrañaba grandes dificultades, puesto que no había manera de movilizar todo el escuadrón para que escoltara el transporte al lugar de destino cada vez que se enviaban unos cuantos miles de pesos. Este deber tan duro y a la vez peligroso correspondía a los oficiales a quienes se avisaba apenas unas horas antes de la salida del transporte. El viaje se realizaba en diligencias. Estas diligencias en estos caminos primitivos eran igualmente primitivas. Tenían el aspecto más bien de instrumentos de tortura, y lo eran efectivamente, que de medios de transporte.

Puebla tenía la comunicación más o menos regular por medio de diligencias con las principales ciudades del país, pero a causa de frecuentes asaltos por el camino y de saqueos que sufrían a menudo los viajeros, había que ocultar la fecha de la salida con el fin de evitar los asaltos. Las diligencias utilizadas en México son unas enormes carrozas de 6 asientos, tiradas por 16 mulas. El cochero que conducía este extraño atelaje, sentado en el alto pescante, tenía a su lado a un ayudante quien bajándose de un salto recogía piedras y las tiraba acertadamente contra las testarudas mulas, para apresurar de esta manera el atelaje que iba siempre corriendo a galope. Un día me llamaron al estado mayor donde me enteré que al día siguiente por la madrugada, en compañía del teniente Brinckmann, tenía que llevar 50 mil francos en oro a Perote. Aparte de lo desagradable

que era ir encerrado en un cajón sin posibilidad de defenderse en caso de un asalto, nos molestaba además la polvareda de la que nadie puede tener la menor idea si no la experimentó personalmente. Como a nadie se le ha ocurrido siquiera pensar en la reparación o en la construcción de caminos, éstos se presentan tal como estaban probablemente en la época de Cortés e incluso peor, deteriorados por el tiempo y por el tráfico. Luego, tomando en cuenta que las mulas atraviesan corriendo a galope toda la distancia entre los distintos puestos de correos, pasando por encima de elevaciones, hoyos y baches, aparte que las diligencias se construyen en América de una madera muy dura y sin muelles, uno puede imaginarse lo delicioso que es semejante viaje con una temperatura de 30 Rm. a la sombra⁵⁴. Ya no vuelvo sobre el tema del paisaje, porque al doblar cerca de la Malinche, la montaña ya descrita, el camino se dirige hacia el norte atravesando la famosa meseta llamada Anáhuac. En esta meseta, además de las más variadas especies de álces y magueyes, crece solamente la pimienta. Basta decir que medio asfixiados y muy magullados llegamos a Perote alrededor de las seis de la tarde.

La ciudad está situada al pie de una montaña llamada el Cofre de Perote, debido a sus formas que representan un enorme cofre. Es un poblacho mísero, como todos los pueblos mexicanos de segunda categoría, pobre y ante todo, sucio. Toda la vida se concentra ahí en la plaza mayor, siempre adornada con una o varias fuentes de agua limpia. Es una reliquia de la época de los españoles. En seguida después de nuestra llegada, al entregar el dinero a su destinatario, saludamos a nuestros compañeros y por estar muy fatigados, sin tardar, fuimos a descansar. Sólo al día siguiente visitamos lo que había de interés, a saber, un fuerte, único, me parece, en todo México que merece este nombre, porque realmente fue construido según las últimas exigencias del arte militar. Sin embargo, hay que señalar que actualmente tenía un aspecto muy abandonado. En este fuerte se sitúan las cárceles y es el asiento de nuestras compañías disciplinarias. Despidiéndonos de nuestros compañeros al día siguiente los abandonamos, volviendo a Puebla por el mismo camino por el cual habíamos venido.

54 Ver nota 3 del capítulo II.

Capítulo IV

Marcha al sur de México.

Nombramiento de oficial.

En Oaxaca.

El desafortunado episodio del comandante Klein.

En Puebla ya quedaban solamente dos escuadrones de nuestro regimiento, el cuarto y el segundo, es decir, el mío. Uno de ellos iba a ser destinado a Oaxaca. Contaban maravillas de esta ciudad situada al sur de México, ya en la zona cálida. Tuvimos suerte, puesto que nuestro escuadrón fue allí destinado y llegó la orden de nuestra salida para el día 9 de mayo de 1865. Oaxaca está a 108 leguas, es decir, a 432 kilómetros de Puebla. En perspectiva teníamos pues de 17 a 18 días de marcha. Como entonces no había ninguna carretera que llevase a Oaxaca, sólo unos senderos estrechos accesibles exclusivamente a las mulas, atravesaban la cordillera de los Andes⁵⁵ nos declararon que no se podía llevar consigo ningún tipo de equipajes. Solamente los oficiales tenían el derecho de llevar una mula de carga. Debido a ello, Stuart y yo empaquetamos todos nuestros trastos en un gran cofre y lo dejamos en Puebla. En cambio, nuestras cosas más necesarias las metimos en pequeñas maletas, confiando en poder sacarlas de alguna forma. De modo que a las siete de la mañana del día 9 de mayo emprendimos el camino junto con dos compañías de infantería y una batería de artillería montañesa, bajo la dirección del comandante Klein. Nuestra primera etapa ya nos era conocida siendo, además, muy corta. Durante el primer reposo de cinco minutos veo con asombro que aunque todos nosotros hemos bajado de los caballos, nuestro médico sigue sentado en la silla, pero su caballo, en lugar de estarse quieto como los demás, da vueltas sin cesar. Pensé que el médico probablemente nunca había montado a caballo y que pronto tendríamos un es-

55 Así aparece en el original. En realidad se trata de las montañas que conforman la región Mixteca, que se prolongan hacia el oriente en la llamada Sierra de Juárez. La confusión en el nombre obedece al hecho de que hasta la tercera década del siglo XX se pensaba que las Sierras mexicanas eran continuación de la cordillera de los Andes. Según ciertas opiniones, ésta se prolongaría desde el Cabo de Hornos hasta la Sierra Central de Chiapas, por lo que el resto de los complejos orográficos de México constituirían sistemas independientes (Tamayo, Jorge. Geografía General de México, 1949, p. 347-348). Los geólogos en cambio sostienen que, independientemente de la toponimia, todas las cadenas montañosas americanas desde la Tierra de Fuego hasta Alaska formarían parte de un mismo sistema originado en la era Terciaria. Así pues, el error del autor no deriva de la ignorancia sino más bien de una creencia generalizada en la época en que vivió.

pectáculo. Efectivamente, no lo esperamos mucho tiempo, pues el caballo, del paso, entró al trote, luego arrancó a galope y el médico ya estaba tendido en el suelo, por suerte, sin sufrir daño alguno.

La parte militar de la marcha no presentaba aquí ningún interés especial, por tanto no la voy a describir. En Tecamachalco⁵⁶ el calor ya era mucho más grande y sentía que nos dirigíamos al sur. La vegetación era más rica y aunque se veían todavía áloes y cactus, sus formas eran, sin embargo, mucho más vistosas. Ya no había magueyes. En el edificio destinado para nosotros, en el llamado patio, por otra parte como en cada casa, había una alberca llena de agua limpia. Por la noche la utilizamos para tomar un baño refrescante, tanto más agradable, por cuanto el agua procedente del manantial nos pareció helada.

Por el camino nos encontramos con un destacamento francés que regresaba de Oaxaca. Nos contaron maravillas sobre esta localidad. Queríamos, en consecuencia, llegar lo más pronto a este paraíso. Mientras tanto, empecé a sentir un dolor muy fuerte de muelas. Nuestro médico no tenía instrumentos necesarios para sacarlas, de modo que durante el encuentro con la columna francesa, abordé a un oficial preguntándole: *Avez-vous un major dans votre colonne?*⁵⁷ Al recibir la respuesta afirmativa, me dirigí al médico y le pregunté si podía sacarme la muela. Consistió en ello gustosamente y al bajarnos de los caballos, me senté sobre una piedra al borde del camino y un momento después el médico me libró del dolor y de la muela. Nos apretamos las manos y no volví a verlo más en mi vida.

Apenas llegamos a Tepango, una estación antes de llegar a Tehuacán, nos llamaron urgentemente al socorro, señalando que el enemigo, en cantidad de mil hombres, amenazaba a la ciudad. En esta situación, sin reposo, recibimos la orden de ensillar caballos y de arrancar ya a un ritmo acelerado hacia Tehuacán. Allí sólo pasamos la noche y al dejar nuestro equipaje, fuimos más lejos con el fin de realizar el reconocimiento. Alrededor de las cuatro de la tarde llegamos a Teotitlán⁵⁸, y sólo allí nos enteramos de que la alarma había sido falsa, puesto que en toda la región no había ni una huella del enemigo. Después de una marcha tan forzada nos otorgaron dos días de reposo para que la infantería tuviera tiempo de llegar.

56 "Tecomachalco" en el original.

57 En francés en el original.

58 Teotitlán del Camino, en la Mixteca Alta, estado de Oaxaca.

El camino de Puebla a Tehuacán es relativamente bueno y en algunos trechos circulan incluso diligencias. En cambio ya de Tehuacán a Teotitlán y más allá, comienzan las montañas y todo el tráfico se realiza a caballos o con mulas. En Teotitlán conocimos a un vienés, dueño de una fonda, es decir, restaurante. Allí era donde comíamos.

Por no tener nada que hacer, el teniente Brinckmann, Stuart y yo fuimos a cazar enormes lagartos, llamados aquí iguanas. Pronto vimos una sobre un árbol. Sin embargo, presintiendo nuestras malas intenciones se escondió en un hueco. Stuart se encaramó al árbol y a pesar de los esfuerzos y las maniobras con la ayuda de un palo, no pudo ahuyentarla del hueco. Como no teníamos otro remedio decidimos hacerle salir por medio del humo. Al recoger un haz de hierbas y ramas secas, lo metimos todo en el hueco encendiéndolo. Este recurso resultó perfecto, ya que un momento después saltó pesadamente al suelo un enorme lagarto que luego matamos con los palos. El lagarto tenía tres pies de largo y era de color gris verdoso. Desde la cabeza hasta el final de la cola, a lo largo del lomo se extendía una cresta de pinchos agudos. Bajo el ancho hocico pendía un enorme buche y las patas estaban provistas de garras agudas que le sirven para trepar los árboles. En una palabra es un animal asqueroso. Los indios opinan que es venenoso, lo cual no les impide, sin embargo, comer su carne con mucho apetito una vez que logran cazarlo. En Santo Dominguillo el teniente Brinckmann mató un lagarto más grande todavía, pues medía cuatro pies de largo y parecía un joven caimán.

Desde Santo Dominguillo el camino aún empeoró. Hasta el mismo Huitzo⁵⁹, una etapa antes de llegar a Oaxaca, no nos ocurrió nada extraordinario, sólo entre Tecumbaje y Quiotepec⁶⁰ tuvimos que pasar un río. Sin embargo, debido a la crecida súbita del agua, estuvimos obligados a llevar nuestra infantería a caballo. Con este motivo la mitad del escuadrón bajó de los caballos y la otra mitad conduciéndolos varias veces ida y vuelta a través del río ayudó de este modo a nuestros infantes a pasarlo. Sólo un infante se cayó del caballo y perdió el fusil. Un mes más tarde, un destacamento de infantería que nos seguía, lo encontró y nos lo devolvió.

Desde Santo Dominguillo hasta Salomé el camino, mejor dicho, el sendero sube tortuosamente por una pendiente abrupta. Es un camino sumamente fatigoso, por lo que teníamos la esperanza de poder descansar de noche, olvidándonos, sin embargo, de que estábamos cruzando los Andes⁶¹ y que justamente en Salomé se encontraba su punto

59 San Pablo Huitzo, estado de Oaxaca.

60 "Tecumbaja" y "Cioteppec" en el original.

61 Ver nota 1 de este capítulo.

más elevado. De ahí que pasáramos la noche entera sin dormir calentándonos junto a las fogatas. Ya que el frío, y el rocío abundante nos molestaban terriblemente. De Salomé a Huitzo el camino va bajando todo el tiempo hacia el amplio valle de Oaxaca. En Huitzo, como cuartel nos fue destinado un gran caserío perteneciente a la hacienda, donde nos sentimos muy cómodos en comparación con la noche anterior. Llamado a presentarme ante el comandante Klein, recibí la orden de salir al día siguiente con 6 lanceros a Oaxaca con el fin de preparar allí anticipadamente el alojamiento para nuestra tropa.

Así que el 20 de mayo a las cinco de la madrugada emprendí el camino y ya a las doce entré en Oaxaca. Fui el primero de los voluntarios austríacos que aquí entraba. Como llevaba conmigo al corneta, le mandé en seguida que al principio tocara la marcha de los generales y todo el mundo en Oaxaca salió a nuestro encuentro. Todas las ventanas y balcones, sin contar el gentío aglomerado en las calles, estaban repletos de gentes que miraban con asombro a los extranjeros con uniformes desconocidos. Mandé que me indicaran el camino al coronel Carteret, Jefe de la ciudad a quien le di parte de la llegada de nuestra tropa pidiendo que le proporcionara un alojamiento. El coronel me recibió muy atentamente, le ordenó a su ayudante que me llevara a donde fuese necesario, invitándome finalmente a almorzar. Supongo que me tomó por oficial y a pesar de mis disculpas, tuve que aceptar la invitación.

Por la noche, según la costumbre, una banda de música francesa tocaba en la Alameda, donde tuve la ocasión de admirar a las famosas beldades locales. Debo confesar que no estaba deslumbrado, pero tal vez fuese culpa de mi mal gusto.

Al día siguiente llegó nuestro ejército y el mismo día las tropas francesas abandonaron la ciudad. Nos alojamos de la siguiente manera: la caballería en el antiguo convento de Santo Domingo y la infantería en el convento de la Concepción. A Stuart y a mí nos tocó como alojamiento un agujero sin ventanas donde las hormigas nos comían literalmente y para el colmo, del techo caían alacranes del grueso de un dedo. Nuestro bondadoso capitán viendo los inconvenientes de nuestro local, nos ofreció uno de sus cuartos lo cual aceptamos con gratitud y en seguida nos mudamos.

En esta ocasión debo señalar que los alacranes y otros diferentes insectos son allí muy comunes. A causa de los frecuentes terremotos, en ninguna parte hay techos interiores, solamente tejados. Es allí donde anidan y se esconden en las grietas de las vigas las más diversas especies de bichos. Precisamente en la habitación que nos había ofrecido mi capitán me sucedió que cuando me levantaba por la mañana, me picó un alacrán

escondido en la esponja donde el agua fría le hizo salir. Por suerte, no hubo consecuencias desagradables de este accidente, puesto que en seguida después de sentir la picadura, apliqué el amoniaco que siempre llevaba conmigo para poder usarlo en cualquier momento. En cambio, para convencerme hasta qué punto era veraz la leyenda sobre el suicidio del alacrán que se perforaba con su propio aguijón en caso de sentirse atrapado y sin posibilidad de salvarse, lo llevé a la cocina. Allí, después de poner en círculo las ascuas, lo coloqué en el medio. Tan pronto se vio libre, rompió a correr adelante y desalentado por el ardor del fuego, retrocedió inmediatamente, tratando por todas partes de salir del círculo chispeante. Al ver que era imposible escapar, saltó directamente sobre las ascuas donde pereció al instante. Me parece que la leyenda se debe a que corriendo rápido el alacrán levante la cola y la pone sobre el lomo. Como es sabido, el aguijón ponzoñoso se encuentra en el extremo mismo de la cola, de ahí la suposición que arrojándose audazmente en el fuego, el alacrán primero se mata solo. Oaxaca, la provincia del mismo nombre, es una de las más grandes y probablemente más ricas del país. Sin embargo, la falta absoluta de todo tipo de caminos impide tanto el desarrollo de la industria minera, como de los cultivos agrícolas.

La misma ciudad está situada en medio de tres amplios valles rodeados de altas montañas. Una de ellas se levanta en pendientes abruptas sobre la ciudad y tiene en su pico una fortificación maciza. Los valles que se extienden en tres direcciones, son muy fértiles. En la época de la conquista fueron otorgados a Cortés por sus méritos. De ahí que los herederos de Cortés se llamaron Condes de los Tres Valles⁶².

En cuanto a la fauna, para el cazador no hay aquí ningún tipo de animales de caza accesible. No hay ni perdices, ni liebres. Respecto a la caza mayor, en la montaña se encuentran ciervos y el llamado león americano, puma, además del tapir y el leopardo, pero para cazar este tipo de animales habría que abandonar la ciudad por un periodo de varias semanas. Además, el estado actual del país no permite a los forasteros alejarse siquiera unos cuantos kilómetros de las ciudades principales sin llevar escolta. En esta situación quedaban solamente las diversiones de la ciudad. Entre ellas estaba también el teatro. No había otra cosa más divertida que el final del acto, porque en el momento de bajar el telón, se oía en todo el teatro el ruido de las cerillas que el público encendía. La

62 El Marquesado del Valle de Oaxaca que H. Cortés recibió incluía los valles de la región oaxaquena del mismo nombre, la Mixteca, más considerables extensiones de los actuales estados de Guerrero, Morelos y Veracruz. Hasta el definitivo triunfo de los liberales, el antiguo marquesado fue reclamado y litigado por los condes de Terranova y Monteleone, descendientes del conquistador de México.

costumbre de fumar cigarrillos está tan difundida que no es posible prohibirla siquiera en un teatro. Las mujeres igual que los hombres, se dejan llevar por este vicio. Es un hábito tan profundamente arraigado que durante una visita, el primer deber del amo de la casa es brindar cigarrillos a todos sin excepción alguna.

Nuestra vida era pues monótona y si no fuera por las diferencias del clima, de costumbres y del idioma, uno podría pensar que estábamos en un pequeño pueblo austríaco. Tampoco se podían evitar diferentes disgustos relacionados con el servicio. Tenía que realizar entonces un servicio bastante duro, porque el sargento se enfermó y yo ejercía sus deberes.

Como es sabido, todo el escuadrón queda bajo la responsabilidad del sargento y si pasa algo malo, sea por su culpa o no lo sea, el responsable siempre es él. Así un día, era el 26 de junio, mi caballo se enredó por la noche entre las bridas cortándose la cuartilla⁶³. Desde luego, el culpable fue el soldado que aquella noche tenía el deber de cuidar de los caballos haciendo la llamada guardia de caballeriza. Exasperado por esta negligencia, regañé al soldado y como tenía que ir a caballo a la pista de equitación tomé, sin escoger, el primer caballo y me fui. Por desgracia, el mismo día llegó también el capitán mientras me presentaba, su primera pregunta era por qué no montaba mi caballo. Le expliqué lo ocurrido y aunque, por lo general solía ser muy comprensivo y, además sabía perfectamente que yo no vivía en el cuartel, siendo él mismo quien me había ofrecido el cuarto, por lo visto estaba entonces de muy mal humor, ya que me reprendió diciéndome que todo iba mal y en descuido total, porque yo no me preocupaba nada. Agregó además que de repetirse semejantes casos, me mandaría a la cárcel.

Tenía unos deseos inmensos de preguntarle por qué se metía conmigo, sabiendo de sobra que no había sido mi culpa, pero la prudencia hizo frenar el temperamento impulsivo y me ordenó guardar la lengua en su sitio. Furioso, sin embargo, vuelvo muy irritado al cuartel y en contestación a la pregunta del suboficial respecto a lo ocurrido, le cuento toda mi aventura, añadiendo que tan pronto me nombren oficial, lo que debería de suceder pronto, me importará poco el mal genio del capitán. En este momento encuentro a Stuart y a él le cuento también sobre el incidente, sin poder calmarme aún, maldiciendo a todos los jefes de los escuadrones. De pronto, se acerca a mí el ordenanza del comandante Klein y dirigiéndose a mí dice: "Señor teniente". Aquí le interrumpo —

63 Parte que media entre los menudillos (articulación de la canilla de la pierna) y la corona del casco del caballo.

¿no ves, burro, con quién estás hablando? — aún no soy teniente, vete al diablo. Aquél, sin embargo, no me deja y dice: “Yo no me equivoco en absoluto y les traigo a ustedes — a mí y a Stuart — el nombramiento de tenientes. Como es fácil imaginarse mi alegría fue grande. Este nombramiento acaeció justamente en un momento tan desagradable. Mi estado de ánimo mejoró en seguida y fui corriendo al capitán para informarle de mi nombramiento. El bondadoso capitán, siempre tan indulgente y benévolo conmigo, se alegró tan cordialmente y me felicitó tanto por el ascenso que le perdoné su mal humor pasajero. Luego anduvimos buscando aquí y allá diferentes trajes y objetos necesarios para el uniforme, los que una vez conseguidos, a la noche Stuart y yo paseábamos ya por las calles vestidos de oficiales. Desde luego, con el asenso cambió totalmente nuestro modo de vida. Alquilé una habitación y mandé amueblarla, haciendo correr los gastos a cuenta de la administración de la ciudad. Además admití a un criado y a un ordenanza para los caballos. Ya tenía un caballo y ahora me compré otro. El orden del día lo dispuse de la siguiente forma. Me levantaba alrededor de las seis de la mañana, me traían el caballo y me iba a la pista de equitación. Allí entrenaba el primer pelotón que se encontraba bajo mi dirección. A las ocho volvía y después de bañarme y cambiarme de ropa, junto con el capitán tomaba el desayuno compuesto de platos de carne y de un té extraordinario que recibíamos directamente de China a través de Tehuantepec. Por lo general, un desayuno así se prolongaba bastante. Luego, después de contestar la correspondencia, nos acostábamos, según la costumbre nacional, durmiendo durante el calor más intenso hasta las 3 de la tarde. A las tres iba al cuartel para impartir a los soldados clases de reglamento militar, después, acompañado de otro oficial, iba a dar un largo paseo a caballo que duraba hasta las siete de la noche. Seguidamente íbamos a comer al restaurante francés, pero como con el tiempo empeoró mucho, empleamos a un cocinero y comíamos los tres en la casa. Sólo por la noche íbamos a pasear por la Alameda donde tocaba una banda militar. A veces íbamos al teatro y en el último caso, al café. Allí leíamos periódicos y jugábamos a los naipes. Las apuestas en el juego eran, por lo general, muy altas. Aparte de nuestros oficiales, tomaban parte aquí sobre todo los comerciantes franceses alentados al derroche por las enormes ganancias que les proporcionaban sus negocios.

En lo que se refiere a la vida social, particularmente en lo tocante a las mujeres, no teníamos ninguna, puesto que todas las casas particulares para nosotros estaban herméticamente cerradas. Si alguna vez nos invitaban al baile, era más por temor ante el gobierno que por una actitud favorable hacia nosotros. Tales eran los sentimientos de

toda la población⁶⁴. En cambio, en cuanto a la aristocracia, ésta no existe. Lo que aquí se llama aristocracia, se compone mayormente de ricos comerciantes. La falta de la compañía de mujeres tenía una influencia deprimente en nuestras relaciones de camaradería, puesto que las expresiones y sentimientos desenfrenados al no encontrar circunstancias atenuantes de ningún tipo desembocaban en la grosería y la aspereza, por lo que nuestras relaciones personales también se alteraron.

No se puede afirmar que el clima en Oaxaca sea sano, quizás por falta de buena agua. Más o menos todos padecían diferentes enfermedades, a veces, bastante graves. Entre otros, el comandante Klein tuvo disentería. Yo, que no bebo agua, varias veces me sentí mal, pero fue una cosa pasajera. En cuanto a nuestros soldados, muchos de ellos enfermaron y en un gran porcentaje, murieron.

A causa de la antipatía existente entre nuestros dos capitanes, se crearon dos partidos. En uno estábamos el capitán Bythel, Stuart y yo, el otro estaba formado por el capitán Lange, Brinckmann y el doctor. Aunque esta división entre dos partidos no ocasionaba conflictos, no había armonía y, a causa de ello, las relaciones en el servicio llegaron a ser desagradables. Sólo Stuart y yo manteníamos siempre buenas relaciones con todos. Un día el capitán Lange, en el restaurante propuso a un teniente de infantería que fuera de excursión con él al Tule para ver el famoso árbol y tomar fotografías debajo de él. Este árbol, descrito por Humboldt⁶⁵, es único en su género, pues veinte jinetes pueden descansar cómodamente a la sombra de su amplio ramaje. A Stuart le gustó mucho la idea de esta excursión por lo que me incitaba a que yo también tomara parte en ella. Yo me oponía afirmando que en vista de no haber recibido la invitación, nuestra compañía era indeseable. Sin embargo, todos mis razonamientos fueron en balde frente a la persistencia de Stuart a quien finalmente, para desembarazarme de ese problema, le prometí que iría, subrayando que lo hacía exclusivamente por él. Al día siguiente salimos en efecto, una docena de oficiales con una escolta de 20 lanceros, hacia el Tule, localidad situada a unos 19 kilómetros al sur de Oaxaca. Aquel famoso árbol, de la familia

64 Significativa observación del autor quien al parecer no se hacía muchas ilusiones en cuanto al futuro de la aventura militar europea. A la resistencia, en este caso pasiva, de la población civil se añade la inexistencia del aliado natural de los invasores, o sea, la "aristocracia", cuyo lugar aquí lo ocupan los comerciantes, o sea, la burguesía provinciana, en muchos casos compuesta por nuevos ricos de diversas procedencias y orígenes sociales.

65 Ver. Alejandro de Humboldt, *Ensayo Político sobre el reyno de la Nueva España*. México, ed. Porrúa, 1978, cap. VIII, libro tercero, pag. 171.

de los cedros, se encuentra en el atrio de la iglesia y tiene a su alrededor a sus nietos y bisnietos que no llegan, sin embargo, a alcanzar las dimensiones del abuelo. Debo decir que ese árbol no causa una impresión tan extraordinaria, puesto que la altura no corresponde a las enormes extensiones del tronco. No obstante, la fotografía tomada junto a ese tronco como fondo y a la sombra de su amplio ramaje, nos abarcó a todos montados sobre los caballos, es decir, más o menos a 35 hombres, y además, una multitud de indios que habían acudido de los alrededores para vernos.

Unos días después, en ocasión de una gran fiesta en cuyo programa estaba incluido también el tiro al blanco, Stuart, un tanto embriagado, por no tener otra cosa que hacer, le contó al capitán Lange que yo había participado en la excursión del Tule sólo por satisfacerle a él. Naturalmente el capitán ofendido me dijo con voz áspera que si su compañía no me complacía hubiera podido quedarme en casa. Le expliqué todo al capitán de la mejor forma posible, pero, en cambio, estaba furioso contra Stuart y no tardé en expresarle muy claramente mi opinión sobre su chismorreó. Él, estando bajo los efectos de la libación excesiva, me respondió de forma grosera. Al ver aquello me alejé para evitar la discusión y pedí a dos oficiales que lo retasen inmediatamente. Por suerte, como nuestros oficiales sabían cuál era nuestra amistad, lo obligaron al día siguiente a que me pidiera perdón y volvió a reinar entre nosotros la misma armonía que antes. En esa época, entre los habitantes de Oaxaca empezaron a circular diferentes rumores. Los liberales ya iban a ocupar Tehuacán y luego, en breve tiempo, iban a llegar aquí para expulsarnos. Eso nos importaba poco y no creíamos en esos rumores. Sin embargo, cuando un día nuestro correo no vino, empezamos a indagar en serio y a revisar la zona. Al fin, llegó el correo de Teotitlán trayendo la noticia de que Tehuacán estaba realmente ocupado por los liberales. Al conocer esa noticia, nuestro buen comandante Klein se asustó porque, según sus cálculos, su esposa después de haber llegado de Europa a Veracruz, tenía que encontrarse justamente entonces en Tehuacán. Por consiguiente, el 15 de agosto el comandante Klein decidió salir al frente de un destacamento compuesto de 30 tiradores bajo la dirección de teniente Goncza y 20 lanceros de nuestro escuadrón dirigidos por el teniente Brinckmann.

Al mismo tiempo cuando nuestro comandante marchaba a salvar a su esposa, la columna francesa que estaba en marcha hacia Orizaba, al enterarse de lo sucedido se desvió de su camino dirigiéndose a Tehuacán. Expulsó de allí al general de los liberales, Figueroa, junto con su banda. Nuestro comandante, después de atravesar una cañada peligrosa, arrancó adelante con los lanceros para llegar más rápido a Tehuacán. Entre

tanto, se encontró con toda la banda de liberales rechazados por los franceses, una cantidad de 1 200 personas. Sólo la desesperación pudo llevarlo a seguir adelante y resistir tres ataques seguidos de los liberales, en lugar de retroceder lo más rápido posible hacia en donde estaba la infantería. Sin embargo, cuando la mitad de los lanceros cayeron, tuvo que retroceder sin poder ya salvar en aquel momento su infantería que fue hecha cautiva en su totalidad. Entre los prisioneros estaba un ex-oficial austríaco de nacionalidad polaca, apellidado Kaczkowski, pariente del conocido novelista⁶⁶. Figueroa mandó fusilarlo, no se sabe por qué motivos. En cambio la esposa de nuestro comandante que fue la causa de toda esta expedición tan catastrófica llegó a ser prisionera de Figueroa quien la trató con mucha atención y la envió pronto a Oaxaca. El comandante mismo regresó aniquilado con sus 10 lanceros a Oaxaca.

Sólo entonces empezamos a estar alertas. Dos compañías de infantería fueron trasladadas a los cuarteles de Carmen y Santo Domingo, antiguos conventos situados en las afueras de la ciudad. Al mismo tiempo se emitió la orden a los oficiales exigiendo que se hospedasen en lo posible, cerca de los cuarteles y que no se alejasen de la ciudad. Afortunadamente, todas las precauciones resultaron ser superfluas, porque la tranquilidad no fue perturbada de ninguna forma gracias a que encarcelamos a muchos vagabundos en la ciudad, lo cual suscitó una gran satisfacción por parte de los habitantes tranquilos y de los comerciantes a los que los malhechores hostigaban merced a sus ganancias.

Unos días después, es decir el 15, 16 y 17 de septiembre comenzaron los festejos de la liberación de México del dominio español. Estos festejos se celebran cada año con gran entusiasmo en todo el país. Presentaban poco interés, por tener principalmente un carácter popular, de allí que nosotros no hayamos tomado parte alguna en ellos. Había simplemente música, casetas de ferias, tómbolas, espectáculos populares, etc.

El 18 de septiembre de 1865 por la noche llegó la columna del comandante Bertrand compuesta de dos escuadrones de lanceros, dos compañías de infantería y media batería de artillería.

Comenzaba entonces la temporada de lluvias por lo que era más razonable esperar todo ese tiempo en Oaxaca. Sin embargo, la opinión del comandante no fue así. Se em-

66 Se refiere a Zygmunt Kaczkowski (1895–1896), novelista y activista político polaco. Participó en la rebelión de Galitzia (contra Austria) de 1846, siendo prisionero entre 1846 y 1848. Después de 1863 vivió en Viena y en París cumpliendo funciones de confidente del gobierno austríaco entre la población polaca. Entre sus obras se encuentra "El último de los Nieczuj" (T. 1–6, 1953–1855), en la cual se muestra un cuadro de la vida de la nobleza polaca de provincia en la segunda mitad del s. XVIII.

peñó en salir sin tomar en cuenta las probables dificultades con la temporada de lluvias en un país tropical y ordenó que todos estuviesen listos para la marcha. El 24 de septiembre de 1865 abandonamos Oaxaca después de una estancia de cuatro meses.

Capítulo V

El regreso a la región de Puebla en medio de la época de lluvias.

La batalla de Tehuacán.

Muerte del teniente Kaweckí.

Año Nuevo de 1866.

Un terremoto.

El ascenso.

Inmediatamente al comenzar esta desafortunada marcha pude probar su amargo sabor, por varios contratiempos que me pasaron. Como estaba al frente de la vanguardia, mis lanceros arrancaron al galope, se me perdieron y sólo al cabo de largas búsquedas logré alcanzarlos. Después de llegar finalmente al campamento, resultó que mi criado había dejado mi maleta en Oaxaca, de manera que, aparte de la ropa que llevaba sobre mi cuerpo, me quedaban solamente tres camisas en las bolsas. Además, nos aseguraron que pagando diariamente una piastra, o sea 5 francos, un proveedor se encargaría de traernos desayunos y almuerzos. Ajustándonos a esa proposición y sin querer incomodar esa marcha tan difícil con el exceso de equipajes, dejamos en Oaxaca nuestras vajillas. En seguida, en la primera parada nos convencimos que nos habían engañado, pues no había ningún proveedor y con el mayor esfuerzo apenas logramos conseguir un mísero pedazo de pan sazonado con manteca rancia.

Al día siguiente continuamos el camino hacia el pueblo de Salomé que encontramos totalmente quemado por los liberales. Por consiguiente, no se podía acampar de ninguna manera en una localidad que no tenía nada que ofrecernos. Todo nuestro alimento de ese día fue carne de mula, secada al sol. Para el colmo, de acuerdo con nuestros pronósticos, empezó a llover y la lluvia nos acompañó hasta Santo Dominguillo adonde llegamos sólo al día siguiente. Tratamos de protegernos contra esa lluvia torrencial bajo los árboles, pero en vano, y así pasamos la noche entera acostados en medio del fango, durmiendo a intervalos con pesadillas igualmente desagradables que la realidad.

En Santo Dominguillo logramos capturar a un bandido perteneciente a la pandilla de Figueroa. Según la ley, el prisionero capturado con armas en la mano, debería ser fu-

silado en seguida, pero el comandante Bertrand, esperando sacar de él algunas noticias, ordenó encadenarlo y llevarlo con nosotros.

El segundo día la lluvia se intensificó todavía de tal modo que no pudimos dejar Santo Dominguito. Debido a los ríos crecidos ya no era posible en absoluto escoger el camino de Cuicatlán, sino que había que desviarse en la sierra rumbo a Quendolein. Sólo después de llegar allí, pudimos descansar después de recorrer aquel camino que, aunque corto, resultó muy fatigoso. Para recordar solamente lo que pasaba entonces con los hombres y con los caballos, quiero decir que en nuestro escuadrón había más de 40 caballos escaldados por lo que sus jinetes tenían que caminar por el fango con sus botas pesadas al lado de ellos para evitar que se escaldasen aún más. Monturas, mantas, abrigos, todo estaba empapado por la humedad y se hubiera necesitado varios días y un albergue adecuado para poder secarse. Quendolein es una de esas enormes haciendas o fincas extensas, dispersas por este país y que tiene un gran ingenio de azúcar.

No obstante el cansancio, después de un día de descanso seguimos nuestra marcha escogiendo el camino de Tecumbaje. De esa manera, teníamos solamente un río que atravesar, a saber, el río Salado.

La primera parte de nuestra marcha pasó en tranquilidad. Bien es verdad que el camino fue muy pesado, si así se pueden llamar unos senderos sinuosos en las pendientes escarpadas de las montañas, senderos especialmente duros de transitar en esta temporada de lluvias. Al abandonar Quendolein, ya después de pasar varios kilómetros, me pareció haber oído un disparo al frente de nuestra columna. De momento no le hice caso, pues el eco de disparos aislados se repetía a menudo durante las marchas, pero en breve la cantidad de disparos aumentó convirtiéndose pronto en un buen fuego intenso de fusiles. Como siempre en circunstancias semejantes, todo contribuye a aumentar la confusión. Lo mismo aquí, la mula que cargaba con la caja del regimiento, se cayó deteniendo todo el movimiento de la columna, pues en esos senderos entre la vegetación tropical muy tupida no era posible pasar de lado. De todas partes empezó a caer una lluvia de balas lo cual hacía aún más difícil la tarea de levantar a la mula. Al fin logramos avanzar y alcanzar la columna que nos adelantaba. Nuestros tiradores ya habían recibido la orden de desplegarse a nuestra derecha para dar una réplica adecuada a los liberales que nos molestaban. Y así, después de unos cuantos disparos acertados, pronto se calmaron. Sin embargo, no podíamos seguir al enemigo, puesto que estaba al otro lado del río que acababa de subir y desde la otra orilla nos insultaba. Había que castigar ese atrevimiento. Más allá del río se encontraba un pequeño pueblito, Quiotepec. En la pla-

za vimos una multitud de gente que nos desafiaban con palabras afrentosas, seguros que desde aquella distancia nada podía amenazarles. Después de pensarlo, buscamos un lugar conveniente que dominara sobre el pueblo y no sin esfuerzo trasladamos allí remolcando nuestros pequeños cañones. Eran obuses portadores a gran distancia, desconocidos aún en México, con ruedas y con proyectiles que explotaban, llamados *Spitzbohlgeschoss*. Nuestro primer proyectil cayó en seguida en el centro mismo de la plaza ocasionando una gran desolación. Todo el mundo se puso a correr huyendo, la mayoría a esconderse en la iglesia. El segundo proyectil chocó contra la pared lateral de la iglesia reventando un poco más allá, pero el tercero entró por la ventana y un ruido sordo junto con la multitud de gente que huía de la iglesia, nos anunciaron que logramos el efecto deseado. Precipitamos más aún la huida de los liberales enviándoles para el camino y para decirles adiós un par de proyectiles más. Esa lección fue eficaz en el sentido de quitarles las ganas de molestarnos en nuestra marcha posterior. A consecuencia de esa pequeña escaramuza, perdimos mucho tiempo, de modo que sólo a las 8 de la noche llegamos a las orillas del río Salado y aquí decidimos pasar la noche, dejando para el día siguiente el cruce del río. La lluvia que había cesado por un tiempo muy corto, volvió a caer torrencialmente. Por la mañana, nos dimos cuenta que el río había subido durante la noche y que no era posible en absoluto atravesarlo en esa situación. Nos quedamos pues en el mismo lugar todo el día, la noche y el día siguiente, caminando en el fango que nos llegaba hasta las rodillas, bajo una lluvia incesante, sin tener ningún alimento ni para nosotros ni para nuestros pobres caballos.

Es difícil imaginarse qué impresión paralizadora produce una lluvia tan torrencial a hombres atormentados además por el hambre y por la falta de sueño. Acostumbrados en esas regiones al gran calor, ahora, como estábamos literalmente empapados hasta los huesos por la humedad, nos parecía sentir frío a pesar de los 15 grados que hacía. Al fin, el primero de octubre dejó de llover. El río estaba, sin embargo, tan crecido que, en vez de ir rumbo a Tecumabaje, tomamos el lateral hacia Ixcatlán. Los indígenas nos aseguraban que había sólo 20 kilómetros hasta esa localidad. No obstante, tenía que haber muchos más, puesto que a pesar de haber salido temprano, a las 5 de la madrugada, llegamos a nuestro destino sólo hasta las 8 de la noche. Los hombres estaban completamente agotados, uno incluso se mató de un tiro, desesperado por no poder seguir más a los suyos. El comandante Bertrand estaba muy afligido, pero no había ningún remedio para ello.

Ixcatlán tiene una sola casa en la que pudimos alojarnos. En cuanto a mí, estaba tan agotado que me envolví en una manta, me acosté en un banco y en seguida me dormí profundamente. En medio de la noche, un ruido en el patio nos interrumpió el sueño profundo. El comandante Bertrand me pidió que indagara la causa de este ruido. Fui corriendo a hacer el reconocimiento. Resultó que el bandido capturado en Santo Domingillo había huido. Esa huida es una de las más interesantes y atrevidas que jamás conociera y nunca se pudo averiguar de qué manera había podido producirse. Después de nuestra llegada a Ixcatlán, a la infantería le fue destinado como cuartel una vieja iglesia. Detrás de la balastrada que separa el coro, en medio del mismo, estaba colocada la caja del regimiento, sobre ella estaba sentado el criminal encadenado con los brazos atados detrás y, delante de él, un guardia parado vigilándolo. Había una gran oscuridad, por tanto, es de suponer que el preso logró colarse silenciosamente entre los soldados y salió inadvertido de la iglesia. Una vez afuera, conociendo bien los alrededores, ya le fue fácil fugarse. El guardia, tan pronto se dio cuenta de la ausencia del preso, levantó una alarma despertando a toda la gente que empezó a buscar al fugitivo, pero en vano. Presenté un informe sobre toda esa historia al comandante Bertrand quien se puso furioso e inmediatamente quería mandar fusilar al guardia. Dificilmente logramos calmarlo, explicándole lo cansado que estaba el pobre hombre.

Pasamos el día entero en Ixcatlán. La gente agotada y hambrienta necesitaba descansar. Al día siguiente llegamos a Coixtlahuaca, un pequeño pueblo, donde en la subprefectura encontramos, por lo menos, las cosas más indispensables para satisfacer nuestras modestas necesidades. Al otro día, la caballería recibió la orden de salir antes, al frente, a Tehuacán y de llegar en tres días en lugar de seis. Salimos y el primer día llegamos ya de noche a Naranjos, a las orillas del río Salado, bajo el claro de la luna que se reflejaba en las olas del ancho río creando un espectáculo maravilloso. Nuestra prisa fue tan grande que en seguida al segundo día, a pesar de que varios caballos se habían deslomado, llegamos a Sapotitlán y al día siguiente ya estábamos en Tehuacán con la esperanza de poder descansar unos días. Teníamos la confianza de que luego nos trasladarían a Puebla. Sin embargo, llegaron otras órdenes destinando al tercer escuadrón a Puebla, en cambio, nosotros, junto con el quinto escuadrón de húsares íbamos a quedarnos en Tehuacán. La vida en ese lugar provinciano era sumamente monótona. No se podían conseguir ni libros, ni periódicos, de modo que para tener, aunque fuera, una diversión, jugábamos como niños. Comprábamos los llamados aquí cohetes⁶⁷ que producían más ruido que daño, y al dividirnos en dos bandos, nos perseguíamos corre-

teando obstinadamente unos a otros, espantándonos mutuamente con los disparos de los cohetes.

En la mañana del 17 de octubre llegó un telegrama del jefe de la fortaleza de Teotitlán comunicándonos que estaba sitiado por Figueroa y pidiendo nuestra ayuda. En el mismo momento, el capitán Bythel dio la orden de ensillar y a las 11 salimos, pernociando en San Sebastián. Al otro día, a las 9 de la mañana ya estábamos en Teotitlán. Los rebeldes habían huido de sus alrededores al conocer la noticia sobre nuestra llegada.

Al día siguiente ya íbamos a tomar el camino de regreso a Tehuacán, cuando el correo nos trajo la orden del general Thun de derribar el fuerte y de llevar la guarnición a Tehuacán con nosotros. La destrucción del fuerte se efectuó el día 20 y en seguida emprendimos la marcha de regreso. Los siguientes días después de nuestro regreso ya eran menos monótonos, puesto que siempre nos inquietaban con alarmas, aunque sin efecto. Al fin, en la noche del 24 al 25, los espías le informaron al capitán que Figueroa se encontraba personalmente con su grupo de 900 hombres a unos kilómetros de la ciudad. A las seis de la mañana nos levantamos apresurados con el toque de trompetas que anunciaban la alarma. Apenas vestido, recibí la orden de quedarme con mi pelotón en la ciudad, para poder defender, con nuevas fuerzas, una eventual retirada. Esa orden fue para mí muy penosa, pues me quitaba la posibilidad de gozar un poco y de darle una buena paliza a esa pandilla de bandoleros. Pero contra una orden ni siquiera se puede refunfuñar, de modo que miraba a mis compañeros que partían, con el corazón afligido y con envidia.

Nuestra caballería alcanzó al enemigo a cuatro kilómetros de la ciudad dispersándolo por todas partes. Mató en el lugar mismo a 100 hombres que fueron enterrados en el campo de batalla, hiriendo a mucho más de doscientos que huyeron a curar sus heridas en los pueblos cercanos.

Desgraciadamente, incluso en la victoria, la guerra devora a sus víctimas. Y así, en esa escaramuza perdí a mi buen amigo y compatriota, el teniente Kaweckí, muerto en el acto por una bala que le tocó en el mismo corazón, cuando, encontrándose a 15 pasos del frente, conducía a su pelotón al ataque. Era un oficial de gran talento, además, un compañero excepcionalmente amable, destacado ya varias veces por su extraordinario valor en las batallas anteriores. Lo enterramos en el cementerio de Tehuacán con el acompañamiento de los cañonazos rindiéndole los últimos honores militares. El pobre

muchacho yacerá aquí mucho tiempo en esta tierra extraña, tan lejos de todo lo que amaba y de todo lo que le amaba a él.

Dos días después de la batalla, el 26 de octubre, nos trajeron a tres liberales heridos, dos desertores franceses y un indio. Según la ley vigente, cada insurrecto capturado con armas en la mano, debería ser fusilado a las veinticuatro horas después de su captura. Al día siguiente se efectuó pues en una gran plaza esa triste ejecución. Los dos franceses, aunque cubiertos de heridas, con valor iban al encuentro de la muerte, en cambio, el indio estaba tan abatido que no podía mantenerse en pie. Tuvieron que llevarlo a la plaza de ejecuciones y fusilarlo medio acostado, medio arrodillado. Desde aquel momento llegó ya la tranquilidad y no oímos nada más de Figueroa, ni de su banda. Parece que la lección alcanzó su objetivo. Volvimos, por lo tanto, a nuestro modo acostumbrado de vida y al aburrimiento. El 18 de noviembre, para nuestro gran asombro, llegó el general Thun acompañado del comandante Zilich escoltados por 12 lanceros.

Al día siguiente, en la Plaza Mayor, pasó revista a nuestros dos escuadrones destacando sus méritos por haber derrotado recientemente a la banda de liberales. Saliendo, le prometió al capitán que pronto nos trasladaría a Puebla para darnos finalmente la ocasión de descansar lo que, sin duda, merecíamos. En efecto, unos días después llegó el aviso de que nos preparásemos para emprender la marcha. El 4 de diciembre llegó la orden y el 6 abandonamos a Tehuacán avanzando en cortas etapas a Puebla a donde llegamos el 10 de diciembre. Según la costumbre, todos los oficiales fuera de servicio salieron a nuestro encuentro con la música del regimiento al frente hasta los límites de la ciudad, acompañándonos al cuartel destinado para nosotros.

La vida en Puebla no era mucho más diferente de la de otras plazas militares, sólo que había más variedad, más diversiones y una vida social más animada, sobre todo a causa de la guarnición más numerosa. Desgraciadamente, el tiempo en que pude disfrutar de ese descanso no fue muy largo, ya que el 18 de diciembre por la noche recibí la orden de presentarme en la intendencia. Allí me ordenaron que tenía que llevar a Tulancingo el dinero destinado a la soldada. Así pues el 19 de diciembre, junto con una escolta de 7 lanceros que me asignaron, me puse en camino muy descorazonado por estar condenado a pasar las fiestas⁶⁸ merodeando por los caminos públicos.

De noche llegué a San Martín y por la madrugada del día siguiente, a la hacienda de San Nicolás la que ya he descrito anteriormente y donde me recibieron muy cordial-

68 Se refiere, por supuesto, a las navideñas.

mente dándome una vez más la ocasión de conocer su gran hospitalidad. De aquí, recorriendo 80 kilómetros al día de un tirón, alcancé Tulancingo. Entregué el dinero a quien debía hacerlo y después de descansar un día, emprendí el camino de vuelta a Puebla.

Al llegar a Apan, en vano traté de encontrar una fonda cualquiera en que pudiera comer algo. Tenía un hambre de lobo, ya que dos días antes de Navidad mantienen un ayuno muy estricto y no se puede comprar nada. Por suerte, me encontré con un médico francés, conocido mío y él me llevó a un restaurante francés donde pude comer. Al día siguiente, llegué nuevamente a San Martín a las 8 de la noche y allí fue donde pasé solitario la Nochebuena, esta noche tan solemne para nosotros.

Me acosté temprano y quería dormirme lo antes posible para no tener que trasladar mi imaginación a esa mesa en la que la familia reunida seguramente recordaba al pobre vagabundo.

El día mismo de la Navidad de 1865, al salir bien temprano por la madrugada, llegué al mediodía a Puebla. Con el transporte ya relativamente cómodo en aquella época en Europa, es difícil imaginarse el enorme cansancio que representa un viaje a marchas forzadas de siete días a caballo en el clima cálido. Por lo tanto, no es de extrañar que tan pronto llegara a mi habitación, lo primero que me vi obligado a hacer fue tomar un baño para quitarme la suciedad y el polvo y reconfortar mi cuerpo cansado. La noche del 28 de diciembre llegó la emperatriz recibida con entusiasmo por la población local. Pasó en Puebla el día 29 y el 30 se marchó continuando su camino rumbo a Europa. Todos los oficiales libres de servicio la acompañamos a caballo unos kilómetros fuera de la ciudad⁶⁹.

Nos pusimos de acuerdo para juntos saludar alegremente el Año Nuevo. Con este fin organicé en el hotel Universal una cena con música para 25 personas. Nos divertimos mucho y la pasamos muy bien tomando hasta la medianoche. En un momento a alguien se le ocurrió que fuéramos a la casa del general para cantarle una serenata bajo

69 Aquí el autor comete un pequeño aunque significativo error. A principios de noviembre de 1865 la emperatriz salió rumbo a Yucatán en misión oficial. Regresó a la capital, vía Puebla, el 20 de diciembre de ese año, por lo cual, la estancia a la que alude Wodzicki se efectuó, al menos una semana antes. Lo que llama la atención es que, para muchos, la salida de Carlota a Yucatán escondía, en realidad, su regreso a Europa ante la difícil situación política que el país y el régimen imperial pasaban; de hecho así se creía y, tal vez así lo creyeron las tropas imperiales acantonadas en Puebla, tal y como Wodzicki lo asienta. El viaje de retorno de Carlota Amalia a Europa se realizó el día 9 de julio de 1866.

las ventanas. Arrancamos en seguida en numeroso grupo, precedidos por la banda musical. El pobre general que acababa de regresar de un viaje de inspección, bajó para agradecerlos, seguramente maldiciéndonos en el alma.

El primero de enero de 1866 pasó con tranquilidad. En cambio, el día dos por la tarde, justo cuando antes de la cena estaba en el café tomando vodka, oí de pronto un ruido bastante fuerte como si un carro muy cargado de cosas pasara por la calle. No le hice caso a pesar del ruido de cristales y vidrios rompiéndose. De repente la tierra cede bajo mis pies, los huéspedes se caen de las sillas y yo, que nunca he padecido de mareo, siento de pronto unas náuseas violentas. Toda la gente que pudo mantenerse en pie, salió corriendo a la calle. Allí se oyen lamentos y gritos de "*el temblor*"⁷⁰, lo cual quiere decir en español movimiento sísmico de tierra. Junto con los demás, salí yo también corriendo sin parar hasta la plaza mayor donde esperaba el tercer golpe. Si éste hubiese ocurrido, seguramente habría provocado la ruina completa de la mayor parte de la ciudad. Todos los sucesos aterradores como éste tienen también sus lados cómicos y así, al sentirse el temblor, nuestro compañero Maraviglia estaba en la cama durmiendo. Sin entender lo que pasaba, muy asustado al instante salió corriendo a la calle, sin darse cuenta de que estaba en paños menores, pues llevaba solamente una camisa y sólo cuando la gente se calmó, volvió a su habitación. La mejor prueba del terror que invadió a la población fue que a nadie le llamó la atención el vestuario anormal de nuestro teniente. Nos reímos mucho de él, siendo él mismo quien primero hizo eco de nuestra risa. Por suerte, ese temblor causó relativamente pocos daños en Puebla. En cambio, en Orizaba y en Oaxaca todos los edificios más altos y algunas iglesias fueron totalmente destruidas. En Maltrata ni una casa se salvó. Debido a los temblores tan frecuentes, muy rara vez se pueden encontrar casas de más de un piso y ninguna casa tiene techos interiores, hay solamente construcciones de vigas en su lugar, incluso en las casas más vistosas y más adornadas.

Precisamente al principio del año 1866 me trasladaron por ascenso del segundo al quinto escuadrón. Al mismo tiempo recibí la orden de escoltar el transporte de dos millones de piastras a Veracruz. Es interesante el aspecto que posee un convoy así. Todos los comerciantes y gentes de negocios que tienen sus negocios en Veracruz o en el extranjero, se unen a un convoy de este tipo para asegurarse contra las bandas de saqueadores que merodean por este país. Treinta enormes carros, tirados cada uno de ellos por

70 En español en el original.

dieciséis mulas, se extendían en una larga fila, precedidos y rodeados por nuestros lanceros. Por otra parte, fue una marcha insoportable. Un viento furioso, "*norte*", levantando nubes de polvo, golpeaba en los ojos, cegando y penetrando a la vez hasta los huesos, igual que en los días más fríos en nuestro país. Afortunadamente, en Orizaba pudimos descansar cuatro días.

En Orizaba el jefe del distrito era el comandante Klein quien nos invitó por la noche a tomar té en su casa. A la fecha vivía aquí junto con su esposa cuyo aprisionamiento por Figueroa he descrito antes. Fue la primera vez hacía casi año y medio que me encontré de nuevo en compañía de una mujer europea. Nuestro regreso de Veracruz fue más pesado todavía, porque escoltábamos un transporte de armas a Puebla. Tan pronto volvimos a esta ciudad, nos dieron la orden de volver a Tehuacán, destinado para nosotros como la siguiente plaza. Así pues hacía apenas un mes que había dejado este poblacho tan aburrido y ahora ya de nuevo me encontré allí. Al día siguiente después de nuestra llegada a Tehuacán, los espías nos trajeron noticias de que una banda de insurrectos tenía en sus planes invadir Teotitlán, lo cual nos confirmó un momento después el telegrama del comandante local pidiéndonos ayuda. Sin comunicarle a nadie las noticias recibidas, nuestro capitán dio la orden de anunciar la alarma a la una de la madrugada y ya a las dos estábamos en camino. Al llegar a las 7 de la mañana a San Sebastián, nos enteramos de que todas las noticias eran falsas, calculadas probablemente con el fin de cansarnos a fuerza del traslado constante de un lugar a otro sin motivo alguno. Nos quedamos allí, sin embargo, el día entero y volvimos tranquilamente a Tehuacán sólo hasta el día siguiente. Unos días después el escuadrón de húsares que estaba en la misma guarnición con nosotros, recibió la orden de regresar a Puebla y nos abandonó, por lo que nos sentimos muy apenados. Nos quedamos solos, porque compartiendo poco con los oficiales de infantería, nunca teníamos posibilidad de confraternizar con ellos. Como estaba muy aburrido, se me ocurrió que, a pesar de todo, viviendo ya casi dos años en este país, debería aprender su idioma. Aunque tenía conmigo la gramática de Olendorf, ésta podría servirme sólo cuando necesitaba entenderme en el restaurante, o cuando preguntaba por el camino a los transeúntes. El idioma podría aprenderlo sólo con una persona que no dominara ningún otro. ¿Estudiarlo con un profesor? No sabía dónde encontrarlo y además, seguramente pronto me aburriría, de modo que había que buscar a una profesora que fuese bonita para hacer las clases más atractivas. Abordé a la esposa de mi barbero y ésta estuvo de acuerdo para darme clases de conversación, *en tout bien et tout bonheur*⁷¹, una hora al día. Así pues pasaba una hora diaria en casa del barbero y

como resultado, en veinte días ya sabía hablar español tanto que podía pronunciar las frases, si bien no muy fluidamente, por lo menos en forma correcta. Desgraciadamente, mi profesora abandonó Tehuacán para irse a México, dejándome nuevamente sin ocupación. Como ya sabía entenderme, en los últimos tres días del carnaval, recorrí varios bailes públicos en busca de diversiones, pero, a pesar de mis deseos, no pude encontrarlas por lo poco animadas que son todas las fiestas por aquí. Parece que son unos fantasmas y no personas humanas las que bailan. Sin embargo, hay un baile que cautiva más los sentidos y puede ser muy indecente cuando lo bailan los amantes del arte de la danza, aunque aquí lo ejecutan sin el menor entusiasmo. Se llama la Habanera y es oriundo de la isla de Cuba. Está tan aclimatado en todas partes que lo bailan en cualquier madriguera. Trataba de aprenderlo para introducirlo luego en una ocasión oportuna en nuestros salones tradicionales de Cracovia. Sentía curiosidad sobre cuál sería el efecto que pudiera causar ante los ojos de las respetables matronas. Ese baile está reconocido como nacional y se baila incluso en las fiestas de la corte en México.

El primer jueves de Cuaresma, el prefecto local ofreció un baile, invitando a todos nuestros oficiales. El baile fue muy bonito, había muchas damas muy bellas, pero, a pesar de eso, me marché alrededor de las cuatro de la madrugada. Las consecuencias inevitables de la falta de ocupación habían provocado entre nuestra guarnición la afición a los juegos de cartas, con sus fatales consecuencias. Ahora pasábamos las noches enteras jugando a los naipes. A mi me iba más o menos bien, hasta que un día tropecé y, sin poderme contener, perdí, aparte de todo el dinero en efectivo que tenía conmigo, también mis caballos de silla. En una palabra, me quedé sin un centavo. Cuando me di cuenta de la situación, ya era tarde, estaba desesperado. A tantos miles de leguas del país natal y sin ninguna posibilidad de encontrar medios para mi futura existencia. Desde aquel día fatal perdí toda mi alegría y sólo buscaba la ocasión de morir en la primera batalla que tuviera lugar.

71 En francés en el original. Se entiende el sentido que el autor le da a esta frase, en relación al trato cordial y respetuoso con la mencionada dama.

Capítulo VI

A través de las montañas hacia el Océano Pacífico.

Campaña fracasada de Soyaltepec.

Retirada a Tehuacán.

Los días siguientes nos trajeron las noticias sobre el abandono de Orizaba, pero, como siempre, eran noticias falsas, ya que unos días después nuestra compañía de infantería regresó de Orizaba. Al mismo tiempo llegó el teniente Mikel anunciándonos que estaba en proyecto una gran expedición hacia Tuxtepec y que con este propósito se iban a reunir aquí cuatro compañías de infantería y media batería de artillería que luego saldrían de aquí junto con nosotros, bajo la dirección del comandante Zilich.

El sábado siguiente llegó el comandante Zilich para tomar el mando, lo cual nos alegró mucho a todos. Al fin se presentaba la indubitable ocasión de acometer al enemigo, porque íbamos a donde estaba él, sin esperar, que se dignase acercarse a nosotros.

A las siete de la mañana del 22 de marzo nos encaminamos hacia Teotitlán, llegando cerca del anochecer a San Sebastián. Después de haber pasado la noche, alcanzamos Teotitlán sólo a eso de las dos de la tarde. Desde aquí iban a empezar nuestras operaciones militares. El capitán Sebastiani arrancó en seguida a la mañana siguiente con una compañía de infantería, un cañón y un centenar de indios, a través de Tecumbaje y Quiotepec. Allí iba a cruzar Río Grande⁷², luego, caminado siempre por la orilla derecha, iba a unirse con nosotros en Santo Domingo. Nosotros, en cambio, salimos hasta el 25 rumbo a San Bernardino, y al atravesar ese pueblito sin detenernos, sólo unos kilómetros más allá hicimos un descanso de cuatro horas. Luego, seguimos nuestro camino. En San Bernardino fuimos recibidos como salvadores aunque, supongo, que no haya sido una manifestación muy sincera, más bien provocada por el temor. Por otra parte, los liberales hubieron de fastidiar terriblemente a los habitantes de ese pueblo con los impuestos de guerra.

Al principio, el camino, aunque iba subiendo, era soportable, pero inmediatamente después de San Bernardino perdió el carácter de camino público convirtiéndose en un sendero pedregoso. Ese sendero torcido, que subía por una cuesta abrupta, se hizo tan estrecho que apenas había espacio para un sólo caballo. Para el colmo, trepando a una altura cada vez más grande, entramos en una zona de neblina tan espesa que la marcha

72 Río Grande de Ixtlán, al norte del estado de Oaxaca, uno de los afluentes que alimentan el Papaloapan, que fluye al Golfo de México.

se hacía a cada paso más peligrosa. Y así, no tuvimos que esperar mucho, cuando un caballo, al resbalar, se precipitó rompiéndose los huesos en el fondo de un barranco. Lo que aún empeoró la situación fue la caída repentina de la noche, según suele ocurrir en las regiones tropicales, de modo que no era posible continuar nuestra marcha. El camino no era nada fácil, tomando en cuenta que había que avanzar por unos senderos de montaña, semejantes a los trillos, accesibles sólo a las cabras salvajes.

Al frente del cortejo iban tres compañías de infantería, luego una batería de artillería montañesa, montados sobre mulas los seguía un convoy compuesto por 200 mulas y nuestro escuadrón en la retaguardia. Debido a la niebla había que acampar, de grado o por fuerza, en un prado próximo. No se podía ni pensar en alguna comida caliente porque, sin tener carne, no había qué cocinar. De modo que, después de comer un trozo de pan acompañado de café, nos acostamos sobre el duro suelo, envueltos en nuestros ponchos y mantas de caballos, con la silla bajo la cabeza, buscando en el sueño un descanso bien merecido. A las cuatro de la madrugada luego de haber mal dormido, salimos siguiendo nuestro camino. Al llegar a la cima de la montaña donde estaba el pueblo llamado San Jerónimo, encontré allí solamente el convoy y a la artillería, porque la comandancia, al enterarse de que Huahuatla⁷³ estaba ocupada por los enemigos, había mandado adelante a toda nuestra infantería. Huahuatla está situada sobre una montaña alta, de 2000 pies, frente a San Jerónimo, estando separada de este pueblo por una profunda cañada. Aquí se extendió ante nosotros una vista magnífica. Dos compañías nuestras, dispuestas en formación suelta, teniendo la tercera en reserva, iban subiendo poco a poco la montaña. De cuando en cuando, entre las montañas, se levantaba una nube de humo blanco indicando los puestos altos defendidos por los liberales. Los nuestros les contestaban sin prisa alguna, siempre avanzando con las bayonetas una posición tras otra. Ante estas armas no resiste ningún mexicano. Pronto llegó corriendo el ayudante del comandante con la orden de enviar allí en seguida medio escuadrón de lanceros. Siendo yo el mayor oficial del escuadrón, el capitán me mandó a mí al frente del primero y segundo pelotón. A galope veloz atravesamos esas colinas rocosas, aunque sin necesidad alguna, puesto que el enemigo pronto desapareció dándose a la fuga y ya no hubo necesidad de perseguirlo.

73 Sin duda se trata de la actual Huautla de Jiménez, tomando en cuenta el camino seguido por la tropa después del pueblo de San Jerónimo Tecuatl.

Una vez que nos alcanzaron los demás de nuestra columna, empezamos una caza de puercos, puesto que, como no había reses, sólo la carne de cerdo nos quedaba para el uso de la cocina. Llegada la noche, preferimos dormir afuera estando infestadas las chozas de bichos de toda índole, además el aire dentro de ellas estaba muy cargado. Al día siguiente, por la madrugada salimos y alrededor de las cinco de la tarde llegamos a San Juanito, completamente agotados. Encontramos el pueblo abandonado por los habitantes que habían huido de nosotros, sin saber por qué motivo. Menos mal que no se habían llevado todo. Y así encontramos una provisión bastante grande de maíz que dimos a comer a nuestros caballos. Las pobres bestias, desde hacía tres días, se alimentaban sólo con la hierba que habíamos podido recoger en las sucesivas paradas. Al cabo de unos días, el 28 por la mañana, cuando nuestros caballos cobraron fuerzas, de nuevo nos pusimos en camino. Los parajes que atravesamos entre San Juanito y Ayautla⁷⁴, son para mí los más hermosos que jamás haya tenido la ocasión de contemplar.

Desde San Juanito, un pueblo situado en la misma cresta de la sierra que separa las aguas del Océano Pacífico de las del Atlántico, el camino va siempre bajando hasta Ayautla, situada ya en la zona tórrida. De modo que en la sierra hay tres climas totalmente diferentes. En los picos está la “tierra fría”, luego más abajo, “la tierra templada” y, por fin, la “tierra caliente”⁷⁵, es decir, que en el transcurso de unas horas se pasa por tres climas distintos teniendo cada uno sus características y su vegetación propia. Es difícil describir la exuberancia y la fabulosa variedad de la flora de la zona tórrida⁷⁶. Todo aquello se presenta ante nuestros ojos como un enorme e incomparable invernáculo. Por todos lados abundan flores maravillosas y multicolores de las que nosotros no tenemos ni idea, de una fragancia embriagadora y agradable a la vez. Sobre estas fantásticas flores, igual que si fuesen flores ellos mismos, se posan unos pajaritos encantadores, más pequeños que las mariposas, centelleando bajo los rayos del sol cual piedras preciosas. Junto a ellos, por todas partes vuelan en grandes enjambres unas mariposas,

74 San Juan Coatzacoapan y San Bartolomé Ayautla (Edo. de Oaxaca).

75 “Terra fría”, “terra templada” y “terra caliente” en el original.

76 Como el lector habrá podido percatarse, Wodzicki pone frecuentemente el énfasis en la descripción y exuberancia del paisaje mexicano. Nada raro si se trata de una persona procedente de un país tan diferente de la Europa Centro-Oriental como lo es Polonia. Además de la fascinación, propia de un extranjero que “descubre” el “Nuevo Mundo”, se añade el espíritu del invasor que, en cierta forma desea hacer “suyo” dicho paisaje. El contraste se hace evidente en el retorno de Wodzicki a Europa, tal y como él mismo lo señala en las últimas páginas del libro, cuyos ojos se sienten “ofendidos” ante las “pequeñeces de Europa tanto en sus edificios, como en la vegetación”. (infra, cap. X).

más grandes que los pajaritos, pintadas en tonos muy vivos. De pronto aparece un árbol, todo como si estuviera cubierto de unas frutas verdes, mas no, no son frutas, sino cotorras verdes que en centenas se alzan súbitamente al sentir nuestro paso, alejándose con gritos estridentes cual una nube esmeralda que se pierde en la lejanía. Acá y allá pasan volando guacamayas rojas, verdes, azules y amarillas, muy serias, con sus enormes colas de un metro de largo, como si fueran cometas deslizándose sobre nuestras cabezas. Entre los gigantescos árboles se extienden unos bejucos, tan gruesos como las sogas de los barcos, amarrando esta magnífica vegetación en una sola masa. En los bejucos se columpian monos de diversas especies, haciendo mil piruetas con mucha agilidad.

Crecen aquí como plantas silvestres todos los árboles que dan frutas tropicales. En una palabra, la magnificencia de esta naturaleza exuberante es tan grande que el que una vez tuvo la suerte de admirar las maravillas de esta tierra, aún no estropeada por la mano del hombre, sólo entonces puede darse cuenta de la riqueza y de la fertilidad de este exquisito país. Sólo el terrible calor es aquí para el hombre un lado negro. Así pues, a pesar de nuestra admiración, después de una marcha de cuatro horas, a través de este paraíso, llegamos a Ayautla totalmente agotados. Aunque el pueblecito estaba fortificado, lo encontramos en abandono. Acampamos para dejar pasar el gran calor del mediodía y luego, emprender el camino por la tarde, con una temperatura más soportable. Allí nos alcanzó el mensajero del capitán Sebastiani, notificándonos que éste, al expulsar al enemigo de Teotitlán, avanzó más allá, llegando hasta Santo Domingo, donde nos iba a esperar. Aunque íbamos a continuar nuestra ruta sólo por la tarde, nuestra infantería estaba tan cansada que estuvimos obligados a quedarnos y a pasar la noche en la orilla del río, que era un afluente del Río Grande, en un campamento que, por lo visto, ya le había servido a alguien antes que a nosotros, pues estaba bien amurallado. Aprovechamos la cercanía del agua tomando, a las siete de la noche, un baño no tanto refrescante, sino más bien por limpieza, puesto que desde la salida de Teotitlán no sólo no tuvimos tiempo de cambiar nuestra ropa interior, sino que ni siquiera pudimos quitarnos los zapatos.

Sabiendo que nuestra expedición se iba a realizar en la zona tórrida, llevé conmigo una hamaca a fin de evitar en lo posible tener que dormir directamente en el suelo, ya que siento generalmente repugnancia hacia las serpientes y los batracios. Precisamente se presentó el momento oportuno de usar mi hamaca. Mandé que me la extendieran en lo alto, entre dos árboles y después de bañarme y de comer, me acosté. Dormí muy bien y sin temor a los reptiles, pasé toda la noche al aire libre.

Al día siguiente, por desgracia, precisamente me tocó el turno de tomar la comandancia de la retaguardia. Lo llamaba desgracia, porque con un convoy de 200 mulas que se detienen a cada momento, todo él camina a paso de tortuga, lo cual incomoda bastante, hasta el grado máximo, tanto a los hombres como a los caballos. Justamente ese día, llevando apenas tres horas de marcha, toda la columna se detuvo. Viendo aquello, mando a la gente que baje de los caballos, pues presiento una parada obligatoria que puede prolongarse bastante. Al fin, aburrido ya de esperar una media hora, serpenteando entre las mulas por lo estrecho del sendero, llego al lugar donde el grupo completo de arrieros están todos acostados en medio del camino y no piensan en absoluto seguir la marcha. Empecé a regañarlos enérgica y demostrativamente, pero en vano, porque, al llevarme a un lugar más adelante, me enseñaron el obstáculo que paralizaba el tráfico. En efecto, era un desfiladero tan estrecho que sólo un hombre podía colarse entre ambas rocas. En cambio, no había manera de que una mula cargada pasara por aquel hueco. Por lo tanto, habría que bajar todos los bultos, cargarlos en los hombros, luego ponerlos de nuevo sobre las mulas, con lo que todo ese trabajo hubiera exigido varias horas. Por suerte, todo el desfiladero no tenía más que dos metros de profundidad. De un lado, desembocaba directamente en un río, del otro, se unía a una montaña alta y escarpada, en una palabra, no había manera de rodearlo. En tal situación, decidí llenar con piedras al alcance de la mano, todo aquel espacio de dos metros y así, al formar una especie de escalera, pasar al otro lado. En seguida, ordené a toda la retaguardia que se pusiera a trabajar y en tres horas logramos pasar al otro lado con todo el transporte.

Aunque apresuramos la marcha, hasta las cuatro de la tarde llegamos a Jalapa⁷⁷ donde por la mañana ya nos había esperado el capitán Sebastiani con su tropa. Allí nos enteramos que el enemigo estaba en Ixcatlán⁷⁸ o en Soyaltepec, estando separadas estas localidades apenas por unos quince kilómetros una de otra. Esta proximidad nos causó una gran alegría.

A las seis de la tarde, cuando todos estábamos comiendo, nuestros hombres de vanguardia trajeron ante nosotros un indio que llevaba un telegrama de Figueroa a uno de sus colaboradores. El telegrama notificaba que Figueroa se encontraba en Ojitlán⁷⁹, de

77 Se trata del actual San Felipe Jalapa de Díaz, en la Chinantla, Oaxaca.

78 San Pedro Ixcatlán, pueblo ahora ribereño de la Presa Miguel Alemán en el estado de Oaxaca. El antiguo asentamiento del pueblo que se menciona en seguida, Soyaltepec, se ha convertido, a la fecha, en un islote en medio de la mencionada presa.

79 San Lucas Ojitlán, Oaxaca.

donde saldría al día siguiente por la tarde, dirigiéndose a Soyaltepec para reunirse con el cuerpo principal de sus fuerzas. El comandante Zilich tuvo la desafortunada idea de capturar a Figueroa antes de que se uniese con los suyos. Con este objetivo dio la orden de estar preparados a emprender la marcha a medianoche. La orden fue dirigida a la séptima compañía de infantería, a los 100 indios que formaban la compañía auxiliar, y a nuestro escuadrón.

Ese fue el comienzo de todas nuestras desgracias. Sólo más tarde nos enteramos que Figueroa, queriendo dividir nuestras fuerzas mandó aquel mensajero para que se dejara capturar. Salimos pues esa noche hermosa del Jueves Santo del 29 de marzo de 1866. Pronto el cielo se cubrió de nubes y una lluvia torrencial nos molestó mucho. Al fin, después de recorrer ese camino tan increíblemente difícil, el que aunque hubiera sido bueno, bien habría podido convertirse en algo totalmente intransitable después de una lluvia así, llegamos al amanecer a Ojitlán. Me acuerdo que tenía tanto sueño que me dormía en la silla, y por temor de caer del caballo, sin cesar fumaba tabacos para no dejarme invadir por el sueño.

Sin esperar a nuestra infantería, animados por el afán de capturar a Figueroa, nos lanzamos al galope hacia el pie de cerro sobre el cual está situado Ojitlán, y en carrera irrumpimos en el pueblo. Aquí encontramos a no más de una veintena de soldados que, al disparar contra nosotros, probablemente con las armas sostenidas bajo el brazo, al no obtener efecto alguno, huyeron al monte, donde era imposible perseguirlos.

Después de un descanso bien merecido para los hombres y los caballos, nuestro capitán, el conde Tacco, jefe de toda la división, inquieto por la falta de noticias de la división principal, mandó una patrulla de reconocimiento a Ixcatlán, situado a sólo siete kilómetros de allí, ordenándoles que llegaran sin falta ante el comandante Zilich y que trajera noticias de él. En Ojitlán encontramos grandes provisiones de víveres, de modo que después de haber comido con mucho apetito, nos acostamos hacia las nueve de la noche, pero vestidos, a fin de estar listos para cualquier caso. Aún no estábamos dormidos cuando volvió la patrulla de reconocimiento trayéndonos noticias a cual más penosas. A saber, el comandante Zilich había avanzado hasta el mismo Soyaltepec, una plaza muy bien amurallada, queriendo tomar el fuerte defendido por 1600 hombres bien armados, con una sola compañía de infantería. Esta acción pudo llamarse sólo acto de atrevimiento imprudente y no de coraje, por lo que, después de nuestro regreso y una vez terminada la expedición, el comandante Zilich fue sometido al tribunal de guerra.

Por no poder justificar de ninguna manera su actitud que ocasionó tantas víctimas entre los hombres, exponiendo además nuestra buena reputación, quedó expulsado del servicio.

A final de cuentas, nuestra compañía había sido rechazada con enormes pérdidas. Dos tenientes heridos, uno levemente y otro, con una herida grave al recibir un balazo en el vientre. Después de haber sufrido tres meses en el hospital de Tehuacán, el pobre, murió. Lo que también empeoró considerablemente nuestra situación fue la circunstancia de que, en la retirada, el comandante no tuvo caballería para asegurar la vuelta de la infantería. Por consiguiente, utilizó la artillería, pero ésta, al no tener tampoco ningún apoyo de seguridad, se encontró en una situación muy difícil. Los rebeldes, viendo la debilidad de nuestras fuerzas y la falta de caballería, se lanzaron en masa adelante. El teniente de la batería, al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, sin tener tiempo ya de retirarse, mandó detener el fuego. Volvió las bocas de sus cañones hacia el camino y al dejar acercarse al enemigo a veinticinco pasos, de pronto les escupió en lo ojos con una lluvia de metralla tumbándolos y volviéndolos patas arriba. Sin embargo, por tres veces intentaron tomar nuestros cañones que se salvaron sólo gracias a la sangre fría del teniente y a la destreza de los hombres. Por fin, un pelotón de nuestro escuadrón, que había quedado junto al cuerpo principal, llegó corriendo y los liberó. Junto a esas tristes noticias, llegó la orden de regresar lo más pronto posible hacia Ixcatlán para no quedar aislados. Así pues, a pesar de haber caminado toda la noche pasada, inmediatamente nos pusimos en marcha. Eso fue el 30 de marzo, el Viernes Santo. El cansancio resultó ser más fuerte que nuestra buena voluntad, porque cuando a las tres de la madrugada nos detuvimos un momento para descansar, todo el mundo, sin excepción, se acostó sobre la tierra y se puso a dormir profundamente. Sólo gracias a un oficial que se sacrificó vigilándonos para luego despertarnos en un momento oportuno, pudimos seguir la marcha. Si no fuera por él, sabe Dios hasta cuando estaríamos durmiendo. Reconfortándonos por este corto descanso, a eso de las siete de la mañana llegamos a Ixcatlán encontrando allí a nuestros compañeros sumidos en una gran vergüenza y muy apenados. Era lógico, pues no estaban habituados a ese tipo de adversidades.

Tan pronto volvimos, fue convocado un consejo de guerra con el fin de tomar medidas acerca de nuestras acciones posteriores. Para salir de esa situación tan molesta, se presentaban dos soluciones. O atacar Soyaltepec al amanecer del día siguiente con todas nuestras fuerzas, menos la artillería que se había quedado sin municiones, y luego tomarlo por asalto, o bien, atrincherarnos en Ixcatlán y esperar la llegada de municiones y

refuerzos de Puebla. La segunda opinión, como la más sensata, tuvo más partidarios. Sin tardar, nos apresuramos a fortificar nuestra posición.

La iglesia de Ixcatlán estaba construida en una colina que dominaba toda la zona. A la izquierda de la Iglesia estaba la casa del párroco, bastante grande, y a la derecha, una pequeña casita. En esa loma nos concentramos, rodeando todo el terreno con una fuerte muralla para protegernos de los ataques nocturnos. Al habernos asegurado de esta forma contra los ataques inesperados, pensamos también en una distribución general de nuestros soldados.

Un cuarto en la casa del párroco fue destinado a los heridos y nosotros, los oficiales, que éramos más de veinte, ocupamos el otro. Los caballos fueron atados a los muros laterales de la iglesia, la artillería se instaló delante de la iglesia, en una plataforma dominando los alrededores, en cambio, un parte de la infantería en tiendas de campaña y, la otra, en la iglesia. Nos olvidamos sin embargo, de una cosa sumamente importante y era que tanto la iglesia, como la casa del párroco, tenían tejados cubiertos de paja. Para evitar el incendio, necesariamente había que desmontar todas las chozas que nos rodeaban en un radio de cien metros. Secas en extremo, a la menor ocasión que se presenta prenden, en esta zona cálida, como si fuesen fósforos. Así pues, no tuvimos que esperar mucho para convencernos de nuestra falta de precaución. Al día siguiente después de habernos instalado, tan pronto tocaron la trompeta anunciando la velada de armas, todas las chozas alrededor de nosotros de repente comenzaron a arder como antorchas. En el primer momento se formó un gran alboroto, porque si la iglesia o la casa del párroco se hubieran encendido, no habríamos podido soportar el fuego en un espacio tan estrecho. El tumulto se hizo más intenso, cuando nuestros hombres salieron para salvar las chozas en llamas o, por lo menos, para destruirlas, pues en seguida fueron alcanzados por una lluvia copiosa de fuego de fusiles, procedente de los arbustos que rodeaban aquel terreno. Menos mal que el viento había cambiado de dirección, pues así en nuestro recinto no se incendió nada. En vista de eso, sin esperar la segunda prueba, de inmediato al día siguiente quitamos la paja del tejado de la iglesia y de la casa del párroco. Con razón, porque desde ese día diariamente había incendios, hasta que todo el pueblo se hubo quemado por completo⁸⁰.

80 Este es un párrafo muy curioso. El mismo temor a los incendios haría que los techos de las chozas no se construyeran de paja, y sin embargo, este es el tipo predominante de techo en las regiones cálidas y subcálidas de las zonas tropicales de México. Todo parece indicar que el fuego era provocado por la población local; por lo demás no queda claro quién o quiénes provocaban aquella "lluvia copiosa de

Sin embargo, poco tiempo después, nos afectó otra desgracia muy molesta, la falta de provisiones. Sólo los puercos que habían quedado, nos servían de proveedores de carne, pero pronto éstos también faltaron, de modo que tuvimos que pensar en asegurarnos nuestra futura existencia. Luego de haberse agotado la harina, la sustituimos por la harina de maíz y más tarde, por la de chícharo. Algunas excursiones de reconocimiento, llegando hasta muy lejos, constituían la oportunidad para traer, de vez en cuando, carne procedente de reses que se encontraban por el camino. Se les mataba y descuartizaba en el acto, trayendo la carne en grandes trozos. Mas esa carne, debido al calor excesivo, ya al día siguiente no servía para comer. Había que conseguir necesariamente, reservas vivas.

Y así, un día, a las cuatro de la madrugada, recibí la orden de salir, al frente de mi pelotón, a cualquier parte, con tal de que consiguiera traer reses vivas. La tarea no era fácil. ¿Dónde las iba a encontrar en ese laberinto de senderos que se cruzan en medio de esas grandes extensiones de selva virgen tropical? En vista de eso, me dirigí adelante y al azar, sin meditar cuál de las direcciones sería la más conveniente. Tan pronto clareó, por suerte, divisé un rebaño de reses que pastaban en un prado, al lado del Río Grande. Como esos animales, desde jóvenes, pastan sin vigilancia alguna en esas extensiones salvajes, viendo rara vez al hombre, son muy espantadizos. Todo el problema consistía en capturarlos vivos. Como ya lo he mencionado, la selva es tan tupida que es difícil, incluso casi imposible, desviarse del sendero una vez escogido. Entonces dejé a tres lanceros escondidos a los costados del sendero y con el resto de mi gente atravesé el prado. Cuando ya estábamos al lado opuesto, les mandé que se dispersasen para comenzar la batida. Las reses, viendo nuestras intenciones, rompieron a correr hacia el sendero, pero allí mis tres lanceros detenían su carrera, picándolos con las lanzas. Nosotros, en cambio, los reuníamos y así, al cabo de tres horas de marcha, logré llevar todo el ganado, compuesto de 17 cabezas, a Ixcatlán, donde fui recibido como un salvador.

Aquí debo señalar todavía que nos perseguía un calor terrible. Sólo en esa marcha varias veces tuve que hacer sangrar a los caballos, pues caían por el camino, afectados por la insolación. Lo mismo ocurría con la gente, aunque llevaban una ropa muy ligera. Los que tenían el aspecto más divertido éramos nosotros, los oficiales, puesto que, a

fuego de fusiles...” [proveniente de los] “...arbustos que rodeaban aquel terreno...” Esto también indica la permanente y, a veces invisible, resistencia a los invasores.

causa del calor, llevábamos sólo paños menores. El que estuviese de guardia, se ponía en la cintura el sable y la canana, como símbolos de servicio.

Por fin, el 23 de abril, llegaron las municiones y el asalto de Soyaltepec fue designado para el día 25. La séptima compañía de infantería con la compañía auxiliar de indios y un cañón, tenían la orden de rodear el fuerte y atacarlo por el lado derecho. En cambio, la octava y la contraguerrilla, junto con el resto de la artillería, iban a avanzar por el frente y asaltar. En cuanto a nuestro escuadrón, teníamos la disposición de dirigirnos, junto con cincuenta indios, a Ojitlán⁸¹ y esperando allí la retirada del enemigo, íbamos a cortar el camino a Tuxtepec obligándole de esta manera a salir a las extensas llanuras sin bosques ni árboles, ya que al atravesar el río Tonto, sería el único camino a seguir. En esas llanuras, al otro lado del río, fácilmente podríamos barrerlo. Alrededor de las cuatro de la madrugada salimos todos. Nosotros por Jalapa, rumbo a Ojitlán. Acercándonos a Jalapa ya oímos el ruido de los cañones lo que nos dio más ánimo. Seguíamos más rápido nuestra marcha para lograr cortar al enemigo el camino a Tuxtepec, llegando a tiempo a Ojitlán. Más o menos a las once de la mañana el fuego cesó y, al entrar a las doce a Ojitán, en cada momento esperábamos encontrar al enemigo. Sin embargo, pasaban las horas y no teníamos noticias de ningún lado.

Al pasar el día entero sin noticias, nuestra preocupación creció y ya empezamos a calcular las circunstancias posibles e imposibles que hubieran podido acontecer. Finalmente, al tercer día a las cinco de la madrugada, se oyó el ruido de los cañones y un fuerte fuego de fusiles. Con binoculares observamos, desde nuestra colina, el campo de batalla. Sin embargo, por la distancia, no pudimos distinguir nada. A las ocho de la mañana el fuego cesa de repente y estamos convencidos de que los nuestros tomaron Soyaltepec, pero, pasa otro día entero y no hay noticia alguna. En vísperas de ese día, nuestro capitán Tacco, impaciente por haber esperado tanto, mandó a un suboficial al frente de una patrulla de reconocimiento para que tratara de enterarse de algo por todos los medios posibles. El suboficial volvió sólo a las siete de la noche trayéndonos noticias desoladoras.

El 25 no había sido realizado el asalto, puesto que la séptima compañía no fue capaz de darle la vuelta a la fortaleza, encontrando, por el camino, dificultades y obstáculos invencibles. Dispararon sólo los cañones contra la fortaleza. Como no había posibilidad de rodear el fuerte, el 26 se tomó la decisión de atacarlo por la parte frontal con todas las

81 San Lucas Ojitlán, en la Chinantla, Oaxaca.

fuerzas a la vez. Así que las cuatro compañías fueron reunidas para el asalto, pero la 17, que muy al principio había perdido a su capitán, se retiró a pesar de las persuasiones de los oficiales. Aquellas tres compañías fueron adelante llegando a la misma muralla sin poder treparse en ella. Estaban esperando a la 17 que iba a traer escaleras de madera. Abandonadas, debido a la retirada de la compañía 17, después de haber perdido a 115 hombres, tuvieron que retroceder. Para el colmo de la desgracia, nuestro campamento en Ixcatlán, donde se encontraban todos nuestros equipajes, municiones y provisiones de víveres, todo eso sólo bajo el cuidado de la servidumbre, había sido, mientras tanto, invadido por una banda de trescientos hombres que, al irrumpir por la parte de atrás lo habrían seguramente tomado, si no hubiera sido por nuestra patrulla de reconocimiento, enviada a buscar noticias, que justamente en ese momento estaba llegando, por casualidad, a Ixcatlán. Nuestro valiente suboficial, sin vacilar ni un momento, se lanzó entre los ladrones gritando muy fuerte: ¡Hurra! Esos, convencidos de que todo nuestro escuadrón acudía al socorro, huyeron cobardemente.

La carta del comandante Zilich nos comunicaba la noticia sobre la muerte del capitán Sebastiani y del teniente Emil, notificándonos al mismo tiempo que el capitán Kriká estaba gravemente herido. Además, traía la orden de permanecer el mayor tiempo posible en Ojitlán, ya que toda la columna iba a pasar por allí retirándose hacia Tuxtepec. Esa orden era un absurdo en todos los sentidos, al igual que la idea de retirarse hacia Tuxtepec. Esa fue nuestra opinión común y unánime, puesto que Ojitlán, situado entre los bosques, era un lugar muy difícil de defender para la caballería en caso de un ataque. Realizar esa orden equivaldría a sacrificar todo el escuadrón para poder salvarse, lo cual, además, era muy problemático, puesto que por el camino a Tuxtepec se encontraba un estrecho desfiladero llamado Paso de Canova. El enemigo probablemente trataría de ocuparlo, antes que meterse aquí con nosotros, para cerrarnos el camino de regreso. En vista de ello, nuestro capitán, al darse cuenta de que el quedarse en un solo lugar podría solamente exponer al peligro a todo el escuadrón, sin ningún provecho para nadie, decidió que sería mucho más útil ocupar inmediatamente el Paso de Canova que seguir esperando sin moverse del lugar. Teniendo, además 80 hombres en la infantería, podíamos ocupar ese desfiladero, asegurarlo, y luego, ir a Tuxtepec para preparar el alojamiento y vituallas para todo el cuerpo de soldados. A consecuencia de esa decisión, al instante fue mandado un mensajero al comandante Zilich, llevándole el informe en el que se le explicaba el porqué su orden era irrealizable y se informaba sobre nuestras fu-

turas acciones y desplazamientos. Así pues, nosotros inmediatamente nos pusimos en camino.

En todo nos fue muy bien hasta el Paso de Canova, a donde llegamos más o menos a medianoche. Aquí sí, empezaron nuestras dificultades, tanto peor que habíamos salido contrariando una orden. El desfiladero no estaba ocupado, aunque obstruido por una barricada de troncos. Para limpiarlo, sería necesario tener varias centenas de hombres y trabajar unos cuantos días. En este país, donde toda la comunicación se desarrolla por medio de estrechos senderos dentro de la selva virgen, es muy sencillo obstruir un camino. A los lados del mismo y en una extensión de cien metros o más, se escogen los árboles más grandes, se cortan y derriban transversalmente a lo ancho del camino. Esos gigantes, envueltos, como mástiles de barcos, de un sinnúmero de bejucos, tumbándose, arrastran consigo a los árboles menores de manera más eficaz que, con un esfuerzo relativamente pequeño, destruirán el sendero hasta tal punto que ningún animal podrá penetrarlo. Por el momento, no había nada qué hacer, conque, aprovechando ese descanso obligatorio, Maraviglia y yo nos acostamos a dormir, cubiertos contra la humedad con una hoja de plátano, como en el paraíso. Nuestro descanso no duró mucho, pues nos despertaron unas voces. Era el mensajero de la tropa principal, quien nos traía la orden de juntarnos inmediatamente con ella. Era el mensajero de la tropa principal, quien nos traía la orden de juntarnos inmediatamente con ella, puesto que la tropa se retiraba no hacia Tuxtepec, sino en dirección de Teotitlán. Muy contentos por esa orden, tanto más que, de todas formas, el camino estaba cerrado delante de nosotros, nos retiramos a Ojitlán y sin detenernos en esa localidad, nos encaminamos directamente rumbo a Jalapa. Allí, hasta las 4 de la tarde, logramos alcanzar a la tropa principal. Mas, ¡qué aspecto tan desastroso presentaban aquellos soldados! Harapientos, extenuados, hambrientos, hacía tres días que no había comido nada, excepto frutas y las llamadas *tortillas*⁸², o sea, pasteles de maíz. Había más o menos, sesenta heridos. Unos, con heridas graves. A esos los cargaban sus compañeros. Otros, con heridas leves, iban muy lentamente montados sobre las mulas, suspirando profundamente y gritando de manera estridente a cada movimiento brusco. A cada momento moría algún herido, porque a consecuencia del calor terrible y de la falta del cuidado que requerían, una herida relativamente pequeña se convertía en una llaga hedionda y ardiente. Como no había tiempo de enterrar a esos muertos, se tiraban los cadáveres simplemente en los arbustos al lado

82 En español en el original.

del camino, a donde acudían con voracidad manadas de zopilotes, esos sepultureros del desierto, que nos acompañaban. Era un espectáculo horrible y contemplando esa miseria se nos partía el corazón, pues no teníamos ningún remedio para evitarlo. A las cinco nuevamente nos pusimos en camino y a las siete llegamos a Santo Domingo, donde, al atravesar el río, acampamos.

Todo el día 28 lo pasamos cabalgando sin parar, así que es fácil imaginarse cuál era nuestro cansancio, aumentado además por la inevitable depresión moral. A consecuencia de ello, apenas hubimos llegado, todo el mundo se acostó inmediatamente donde fuera y pronto nos dormimos profundamente, olvidándonos, aunque fuese por el momento, de las terribles escenas que habíamos presenciado. El 29 de abril, por la mañana, salimos hacia Teotitlán, al encuentro de un destacamento de indios, destinados cargar a los heridos. Las fuerzas principales, en cambio, iban a salir sólo hasta el día siguiente. De Teotitlán, seguimos nuestro camino a Chiustlán. Allí se decidió que las compañías 7, 8 y 17 de infantería se quedaran en la población. En cambio, nuestro escuadrón, junto con la contraguerrilla, iba a llevar a los heridos a Tehuacán.

Fue una de las marchas más desagradables, pues se repetían las mismas escenas que habíamos contemplado hacía unos días, con la única diferencia de que en vez de tirar los cadáveres de los heridos en los arbustos, los íbamos enterrando por el camino. De ahí las paradas continuas de nuestra marcha y una impresión abrumadora. Así caminando a paso de tortuga, llegamos a Santa Ana donde pasamos la noche. El dos de mayo, salimos en dirección a Coyutla, llegando a esta localidad muy entrada la noche. Al día siguiente, en Quiopepec, un mensajero nos trajo la noticia de que el día anterior habían atacado Teotitlán encarnizadamente, pero por fortuna, habían logrado defenderse. Nos encontramos en una situación muy difícil, convencidos de que a causa de este ataque, el camino a Tecumbaje estaría cortado. Sería difícil enfrentarse al enemigo en caso de una provocación, con el transporte de heridos y sin protección de la infantería extranjera. Fue duro solucionar este problema. En esa triste situación, nuestros correos de vanguardia nos avisan que una tropa se acerca a nosotros. Afortunadamente era el socorro compuesto de la 13 compañía de infantería y del cuarto escuadrón de lanceros, que nos mandaba de Oaxaca el comandante Hotze. Aún el mismo día seguimos nuestro camino llegando por la noche a Tecumbaje. Al día siguiente entramos en Teotitlán. Allí descansamos un día, lo cual necesitaban más los heridos que nosotros. Luego, siguiendo la marcha, el 7 de mayo de 1866 volvimos muy apenados a las puertas de Tehuacán. Así terminó la campaña del comandante Zilich.

Capítulo VII

Al Pie del Popocatepetl.

Pérdidas en el cuerpo de oficiales.

La batalla de Tlaxcala.

Los republicanos invaden Tlaxcala.

En espera de la abdicación del emperador.

La disolución del cuerpo.

El año 1867.

Regresando con el emperador a la capital.

Mi ascenso y condecoración.

Por el mismo Tehuacán rondaban los más diversos rumores. Uno de ellos era que nuestro cuerpo iba a pasar a la comandancia de los franceses y que nuestro general Thun volvía a Europa. Algunos, hasta cierto punto, creían en la veracidad de estas historias, porque llegaron órdenes para el cuerpo que se contradecían. Unos opinaban que el general estaba enfermo, otros decían que había ido a México para dimitir por no querer servir bajo las órdenes francesas. En una palabra, la confusión era general. Sólo una cosa era segura, a saber, que todos los oficiales estaban decididos a presentar su dimisión, antes de servir bajo el mando de los franceses. A este propósito le escribimos al general una solicitud implorándole que siguiera al frente de nosotros. Bien fuera a consecuencia de nuestros ruegos u otras solicitudes, el caso fue que el general Thun se quedó, en cambio el coronel Zach, jefe del estado mayor, a quien se le reprochaba el haber estado en complot con los franceses, recibió la dimisión, partiendo seguidamente a Europa.

Todo indicaba que nuestro destino era el de pasar por todas las conmociones posibles. El 10 de mayo por la mañana, Maraviglia y yo fuimos a la vieja iglesia del Carmen, que estaba a punto de desmoronarse y servía entonces de almacén militar para la guarnición. Buscando entre los más diversos objetos nuestros baúles — depositados allí anteriormente — llegamos incluso más allá de la barandilla que separa el altar mayor de la nave, cuando de pronto, un violento ondear de tierra, acompañado de un ruido, hizo mecer todo el edificio. En seguida me di cuenta de lo que esto significaba y al levantar los ojos, vi unos bloques enormes desprenderse de la bóveda que apenas se mantenía firme. Sin meditar ni un momento más, me puse a correr hasta perder el aliento, cual un ciervo perseguido por una jauría encarnizada, saltando por encima de todos los obstáculos.

culos y con Maraviglia pisándome los talones, hacia la puerta principal de la iglesia, oyendo, mientras tanto, el ruido de los escombros que caían alrededor de mí. Apenas alcanzamos el portal, se desplomaron detrás de nosotros las bóvedas del órgano. A pesar de todo, no perdí el conocimiento, pues, una vez afuera, me volví y viendo mantenerse aún en pie la torre de la iglesia que bien podría desplomarse sobre nosotros, seguí corriendo con Maraviglia siempre detrás de mí, hasta llegar a un sitio seguro, libre de edificaciones. Sólo allí, después de mirarnos y al notar la gran emoción reflejándose en nuestras caras pálidas, nos invadió una risa tan nerviosa y hueca que, durante un tiempo, no pudimos calmarnos. No puedo comparar la impresión que provoca el temblor de tierra con ninguna otra cosa mejor que con una breve agonía que, mientras más corta, más afecta el organismo. Es muy deprimente la impresión de sentirse inseguro sobre la tierra, cuando ni siquiera ésta parece ser una protección firme. Lo cierto fue que nos felicitamos mutuamente por el feliz desenlace de esa aventura.

En los primeros días de julio mi escuadrón recibió la orden de salir a Puebla. Yo, en aquel entonces me enfermé, tuve una fiebre bastante fuerte, de modo que me vi obligado a quedarme. Sólo hasta el 10 de julio, más o menos, los alcancé, pero estaba todavía tan débil que en Puebla tuve que ingresar al hospital por dos semanas a fin de curarme completamente.

Aquellas noticias desfavorables, que ya he mencionado, seguían rondando siempre entre nosotros. A los oficiales no se les pagó el salario del mes de julio, de modo que se suponía que nuestro cuerpo se disolvería totalmente. Hacia finales de julio ocupamos la plaza de Atlisco⁸³, lugar situado a unas cuantas leguas⁸⁴ de Puebla. Pasamos allí apenas unos días, pues noticias desfavorables provenientes del sur, provocaron nuestro traslado a Matamoros⁸⁵. Yo recibí la orden del capitán de volver a Puebla y luego recoger allí el dinero necesario para pagar la soldada a la gente, y el 1 de agosto, juntarme con el escuadrón de Matamoros.

Por la mañana del 29 de julio, acompañado sólo de mi ordenanza, salí rumbo a Puebla, a donde llegué ya a las 10 de la mañana. Tan pronto hube llegado, fui a presentarme

83 Evidentemente se refiere a Atlixco, al sur de Puebla.

84 El autor utiliza la palabra *mila* (milla). Una legua, la medida de longitud más usada en esa época, corresponde a cinco kilómetros aproximadamente. En polaco, la palabra *mila* puede significar también "milla marina" cuando se le añade el término *morska* (o sea *mila morska* = "milla marina") lo que no es el caso en el texto.

85 Izúcar de Matamoros al sur de Puebla.

ante nuestro coronel quien me recibió con mucha benevolencia, y para que no gastara tanto dinero, me ofreció una habitación en su casa. Lo acepté muy agradecido. El mismo día primero de agosto recibí el dinero, partiendo en seguida, a la una a Atlisco, donde me esperaba un convoy compuesto de siete lanceros. Sólo alrededor de la medianoche llegué a Matamoros.

Matamoros Jzmar⁸⁶, pues este es el nombre completo de ese pequeño pueblito, situado ya en la zona tórrida, al pie del volcán Popocatepetl, está rodeado por todas partes de ricas haciendas, es decir, unas enormes fincas. Cada una de ellas tiene un ingenio de azúcar. El gobierno saca de esta zona grandes provechos y trata de asegurar a los habitantes una protección adecuada contra los insurrectos; de ahí nuestra estancia en aquel lugar. Esas haciendas, parecidas a las que ya he descrito, tienen un aspecto de pequeñas fortalezas. De las del sur se diferencian sólo porque aquellas producen el pulque y además, tienen por objeto la cría de enormes rebaños de caballos y de ganado vacuno, mientras éstas, que están cerca de Matamoros, se ocupan solamente de la producción de caña de azúcar que llega aquí a la altura de 6 a 7 pies. Casi todas mantienen, a su vez, su propio ejército de alistamiento. Es fácil darse cuenta de la riqueza de estas haciendas, si por falta de agua, uno de los ingenios construyó por su propia cuenta, una acueducto de 6 kilómetros de largo, 30 pies de alto y 6 de ancho, todo hecho de piedra y de adobe. ¡Qué ingresos debe tener una hacienda así, para poder cubrir semejantes gastos!

Los alrededores de Matamoros son preciosos; todos los caminos adornados con una fina capa de arena menuda, puesta a propósito, son frondosos y, con esta vegetación exuberante, parecen un parque enorme. Si en este aspecto mi estancia en Matamoros fue agradable, me pareció, en cambio, insoportable debido a una multitud de diversos bichos de los que uno no puede librarse. Y así tuve que mantener la luz encendida durante toda la noche en mi dormitorio para no dejar que las chinches me comieran vivo. Además, por las paredes caminaban alacranes y cucarachas, las hormigas, en cambio, habían elegido a mi cama para convertirla en la ruta principal de sus misteriosas excursiones. En esa situación, cada noche era para mí un tormento. Tanto asco me daban esos bichos abominables que no podía pegar los ojos y sólo por la madrugada, agotado por el insomnio, me dormía profundamente, sin poder librarme de pesadillas. Afortunadamente, no fue largo el tiempo en que estaba condenado a disfrutar de mi “excelente” apartamento provisto de una cama sin colchón, y de tres sillas cojas. Unos días

86 Así aparece en el original. Jzmar en vez de Izúcar.

después de mi llegada, el capitán me declaró que me preparase para estar listo a las 2 de la tarde, pues el mismo día íbamos a salir a una localidad llamada Chiautla⁸⁷, situada a 11 leguas⁸⁸ de Matamoros. Según las noticias que llegaron a nosotros, allí se habían rebelado dos compañías de infantería que después de haber fusilado a sus oficiales, se declararon partidarias de la República.

Y así, había que salir a las tres de la tarde con el sol que, realmente, quemaba. Pero no pudimos llegar ese día a Chiutla, porque a eso e las 7 de la tarde nos sorprendió en el camino una tormenta terrible y en consecuencia perdimos nuestra ruta. Una tormenta furiosa, como suelen ser siempre en aquellas regiones. Estuvimos obligados a quedarnos en un pequeño rancho, llamado Buena Vista, mas no bajo techo, pues no había ningún techo allí, sino bajo el cielo desnudo y nublado. Al día siguiente por la madrugada entramos en Chiautla. Todo estaba en paz, porque los insurrectos ya se habían retirado, atravesando el río y escondiéndose en el territorio de Guerrero.

Pasamos allí unos cuantos días en tranquilidad absoluta hasta que llegó una noticia comunicándonos que Porfirio Díaz, al frente de todas sus fuerzas, con dos cañones, había cruzado el río y avanzaba hacia nosotros. A causa de estas noticias, nos reunimos en consejo de guerra en el que prevaleció la opinión de que con cien hombres de infantería y un escuadrón de lanceros sería imposible defender la ciudad. Sólo yo tenía otra opinión, sosteniendo que sería una vergüenza retirarnos frente a noticias sin confirmación y que en todo caso tendríamos bastante tiempo de calcular con nuestros propios ojos las fuerzas del enemigo. Mi opinión no tuvo el suficiente apoyo y esa misma tarde abandonamos la ciudad para acampar a unas leguas de ella.

De acuerdo con mis suposiciones, no apareció ningún enemigo, nadie entró en la ciudad, sólo nosotros volvimos allí merecidamente avergonzados. Unos días después, otras tropas ocuparon Chiautla, de modo que pudimos volver a Matamoros. Allí, por suerte, me alojé en otra habitación, bastante buena, compartiéndola con el comandante Turek. Era un alemán, comandante del ejército mexicano, así que no pertenecía a nuestro cuerpo.

Desde algún tiempo ya, tenía la impresión de que nuestro capitán Tacco, de carácter muy irresoluto, además, sin valor para tomar alguna responsabilidad en sus manos, se dejaba influenciar demasiado por el comandante Turek, a pesar de que era completa-

87 Chiautla de Tapia, estado de Puebla.

88 En español en el original.

mente independiente de éste. Eso no me dejaba tranquilo, pues conocía el carácter agitado del comandante. Y, en efecto, mis suposiciones se realizaron. Una mañana, durante el desayuno, el comandante Turek ordenó al capitán que éste saliera el mismo día a Malcayac al encuentro del comandante Bernhardt. Nuestro buen capitán, siempre dispuesto a subordinarse a todos, recibió la orden con asentimiento y cumplió el mandato, a pesar de mis protestas que expresé frente al comandante, señalándole que no tenía porqué meterse en los asuntos ajenos sin tener derecho alguno a darnos órdenes. Por no haber recibido ningún apoyo por parte del capitán, a pesar de todo tuve que partir.

El camino que habíamos comenzado a seguir con tan malas ganas, era espantoso en cada aspecto. Pero, al llegar al lugar llamado Puente de Dios, todos nuestros percances fueron recompensados por una vista maravillosa. Imagínese dos enormes montañas cubiertas de una vegetación exuberante en cuyo fondo verde oscuro destacan flores muy grandes de diversos colores. Al pie de estas montañas corre velozmente el río Atoyac. Por encima de éste, uniendo estas dos pirámides verdes, pasa un puente colgante, natural, de rocas, resaltando en el espejo azul del cielo.

Al ver esta maravilla, todos nosotros, desde los oficiales hasta los soldados rasos, nos quedamos encantados. Cuando llegamos a Malcayac⁸⁹, la tropa del comandante Bernhardt ya no se encontraba allí, pues habían salido antes. En cambio, nos esperaban dos órdenes contradictorias. Una exigía que regresáramos inmediatamente a Matamoros y la otra que fuéramos a Tehuacán. Frente a esa situación, nuestro capitán, conocido por su carácter débil, mandó a un mensajero a Puebla pidiendo que le dieran una orden definitiva. En el pueblo no había habitaciones, por lo que estuvimos obligados, mientras esperábamos la respuesta, a compartir todos una sola pieza. Como estaba dicho que íbamos a esperar la orden de Puebla, tranquilamente nos acostamos. De madrugada, el capitán, algo inquieto, llamó al suboficial de guardia para comunicarle de pronto a él, nada más, la orden de emprender la marcha. Nosotros, sin saber nada, seguíamos durmiendo. De repente, el capitán, vestido ya, empezó a gritarnos, diciendo que éramos unos holgazanes y que teniendo que partir en cualquier momento, todavía estábamos durmiendo. Ese carácter alborotado del capitán me irritaba desde hacía tiempo. De modo que me levanté, diciéndole que no había razón para gritar, pues no éramos sordos. Además, le dije que no tenía ningún derecho para ello y que, en último caso, hu-

89 Sin duda, el actual Malcayac.

biera podido anunciarnos en voz alta y claramente sus órdenes, aunque siempre eran extrañas. Oyéndolo, el capitán se puso furioso y de palabra en palabra resultó que ambos empuñamos los sables y si no hubiera sido por la intervención de nuestros compañeros, no habríamos evitado el derramamiento de sangre.

De noche llegamos a Tehuacán, pero poco tiempo pasamos allí, pues nos llamaron a Puebla, donde faltaba la caballería para los próximos festejos del día de la independencia, que siempre se celebra con gran esplendor los días 15 y 16 de septiembre. El 14 de septiembre, al llegar a Tepeaca, encontramos a un suboficial que nos había traído morriones y gorras, pues nos iba a salir al encuentro nuestro nuevo jefe divisional, el general Neigre.

Así pues, al día siguiente luciendo nuestros uniformes de gala, a un kilómetro de la ciudad encontramos al general Neigre, en compañía del estado mayor, quien había salido con una banda musical a recibirnos. Al pasar revista a nuestro escuadrón, nos acompañó al cuartel, donde nos agasajó con un pequeño discurso felicitándonos por la bonita presentación del escuadrón. Para terminar, nos invitó a comer a su casa. Lo que le sorprendió en particular fue que todos los oficiales hablaban bien el francés, sobre todo yo y otro teniente. No era nada extraño, pues yo me había educado en Francia y el otro teniente, Génio, era un francés nativo.

El general Neigre es un hombre de sesenta años y se mantiene aún muy bien. Lleva más o menos 40 años en el servicio con un gran número de diferentes compañías. Antes de ascender a su grado actual, había comenzado el servicio como un simple soldado, lo que todavía se nota en su modo de hablar un tanto ordinario y pícaro a la vez. Es, además, un compañero alegre a quien le gusta empinar el codo con frecuencia, cuando está en buena compañía. De modo que teníamos que seguirle el paso y tomar junto con él. Después de la comida, al despedirnos del general agradeciéndole sus amables atenciones, fuimos a ver la iluminación que realmente nos pareció muy hermosa. Luego, pasamos por el café de oficiales donde volvimos a ver al general y tuvimos que permanecer allí un rato tomando junto con él.

Pasamos unos días tranquilos en Puebla. El 21 de septiembre llegó una orden diciendo que el escuadrón saliera a ejecutar maniobras ante el general. Desde hacía ya ocho meses no habíamos realizado ningún tipo de ejercicio debido al continuo desplazamiento y a las marchas a que estábamos sometidos. Sin embargo, las maniobras, en contra de lo que esperaba, salieron muy bien. Pero los franceses tienen una idea muy rara sobre la caballería en general y sobre su uso. La mejor prueba de ello es que el ge-

neral nos mandó hacer maniobras al trote y al galope en la plaza del mercado de Puebla. Como es sabido, las ciudades allí no están pavimentadas, sino que las calles están cubiertas de grandes losas de piedra, como unas malas aceras. En efecto, milagro, que no se cayó ningún caballo. El mismo día aún, cuando estábamos almorzando tranquilamente, llegó el suboficial de guardia comunicándonos que ese mismo día, a las 10 de la noche, el escuadrón tenía que salir a Tlaxcala, donde temían que el enemigo les invadiera. La marcha de noche fue muy pesada, pues hizo muchísimo frío, lo cual, unido a la falta de sueño, resultó ser muy molesto. Naturalmente, cuando llegamos de madrugada a la ciudad, la encontramos totalmente tranquila. Los cuentos desparramados siempre de esta forma tenían, probablemente, como objeto perturbarnos y desperdiciar nuestras fuerzas con esas marchas nocturnas innecesarias.

Nos alojamos en la ciudad tal como pudimos. Tlaxcala, ciudad famosa ya en los tiempos de la conquista de México por los españoles, además de varias iglesias, tiene un convento fundado, según afirman algunos, por Fernando Cortés⁹⁰. Es un edificio enorme, situado en una colina, sobre la ciudad y a la salida de la Plaza Mayor que tiene aceras bajo los portales, como en todas las plazas más importantes de las ciudades españolas. El convento domina la ciudad entera y como tal está ocupado ahora por nuestra infantería y artillería.

Apenas tuvimos tiempo de alojarnos, cuando llegaron las más desoladoras noticias, una tras otra, en serie. Primero, sobre la muerte del teniente Zawadzki caído en la batalla de Tulancingo, luego nos enteramos de la muerte del teniente Suchodolski, caído en Nochistlán⁹¹ y por último, del aprisionamiento de Lempicki, por una traición, en Ojo de Agua. Lo que más me afligió fue la muerte de Suchodolski con quien me unían lazos de sincera amistad. Era un joven de talento excepcional, pintaba muy bien y no puedo perdonarme por no haber conseguido que se salvara ni uno de todos los croquis, ni dibujos que me había enseñado. Sin embargo, la noticia que me impresionó más, fue la que nos anunciaba la muerte de mi ex-capitán J.W. Bythell de quien había dependido durante catorce meses de mi servicio y a quien le debo mi ascenso y toda mi carrera, si es que podré hacer una carrera aquí. El pobre recibió sólo dos contusiones y a consecuencia de ellas, al producirse el tétanos, murió. Era un hombre querido por todos y apreciado por su noble carácter.

90 Así aparece en el original.

91 Nochistlán, estado de Oaxaca.

Poco tiempo después de nuestra llegada nos mandaron juntarnos, cerca de San Juan de los Llanos, con la contraguerrilla del famoso coronel francés Dupin.

Ese hombre de baja estatura, con una barba blanca y larga, era muy severo. Su tropa era un conglomerado de aventureros del mundo entero y hacía falta que una mano de hierro, como la suya, mantuviera en disciplina esa jauría humana. Él mismo andaba como los alcaldes locales, llevando un enorme garrote chapeado en plata, a modo de nuestros porteros de hoteles elegantes, como símbolo de su dignidad. Se consideraba alcalde de todo el país. Su alcaldía tenía, pues, un carácter muy especial. Se decía que era fácil seguir su huella, puesto que con la misma frecuencia que los postes telegráficos aparecían a su paso los patíbulos de ahorcados. Recuerdo su manera de proceder durante unos días que pasamos junto a su destacamento, pues, como le faltaba la caballería, nosotros le servíamos de exploradores. Estábamos llegando entonces al pueblo de Huamantla⁹², cuando me llamó a mí ordenándome que arrancara a galope al frente de mi pelotón adelante para irrumpir en la ciudad y hacer prisioneros inmediatamente al alcalde y a dos consejales de mayor autoridad. Tenía que declararles que el coronel Dupin llegaría a la ciudad al cabo de dos horas y que para ese tiempo tendrían que estar preparadas a su disposición determinadas cantidades de alimentos, tabaco, pan y carne. Si resultaba que todos esos artículos no están preparados, los concejales y el alcalde serán ahorcados al instante.

Durante el tiempo en que acompañamos a este destacamento, no encontramos en ningún lado al enemigo. En vista de ello, pronto regresamos a Tlaxcala.

Mientras tanto, en nuestra ausencia, los insurrectos intentaron atacar a los nuestros, creyendo que les sería fácil tomar la ciudad. Pero se equivocaron terriblemente, pues fueron rechazados con grandes pérdidas. Dejaron cuarenta y cinco muertos en el campo de batalla. Llevaron, en cambio, a sus heridos sabiendo que a cualquiera que tuviese armas en la mano, se le fusilaba en seguida.

Sin embargo, las noticias que recibíamos, presentaban la situación del país con un aspecto cada vez peor. Cada día íbamos perdiendo más extensión del país. Los territorios perdidos se unían inmediatamente con los republicanos. Uno de los generales franceses, en una conversación conmigo, se expresó así: *Mon cher, nous n'avons plus rien à faire ici, que voulez-vous entreprendre contre un pays entier, qui se soulève, il faut songer à une retraite honorable*⁹³. Así era la opinión general, tanto del ejército como de

92 Estado de Tlaxcala.

los habitantes que, queriendo vivir en paz, tenían que pagar impuestos a una y otra parte. Para colmo, a pesar de que nuestros contratos estaban garantizados en el sentido de que el cuerpo austríaco se gobernaría por sí solo y no estaría sometido a las autoridades extranjeras de ninguna clase, nos mandaron a un general mexicano en lugar del general Thun, que se había marchado. Debido a eso, todos protestamos de manera unánime y la protesta fue enviada con nuestras firmas. Señalamos en ella que de ningún modo aceptaríamos como jefe a ningún general mexicano, cualquiera que fuese. Al mismo tiempo enviamos al capitán Tacco a Puebla encomendándole que, en el caso de que nuestra protesta no se tomara en consideración, presentara en seguida nuestra dimisión en nombre de todos nosotros. La protesta, escrita por el coronel Bertrand y firmada por nosotros, fue enviada inmediatamente a México. Unos días después destituyeron al jefe que nos había sido impuesto.

Como siempre en tiempos tan inseguros, se difundían diversos rumores. Y así, los mensajeros nos comunicaban que Rodríguez, al frente de 2 500 hombres y con tres cañones, nos iba a invadir. En todo caso, aunque no nos atacaban en grupos más grandes, ya no era posible salir solo a pasear fuera de la ciudad, sin correr riesgo alguno. En mi pelotón estaba, entre otros, el cadete conde Carlos Dzieduszycki a quien le permití pasear en mis caballos desocupados, advirtiéndole, sin embargo, que no se alejara demasiado del recinto de la ciudad. En la mañana del 28 de octubre oímos unos disparos muy cerca de la ciudad. Al instante di la orden de salida a todo el escuadrón, mandando primero a mi pelotón y al del teniente Génioł para ver lo que pasaba. En el momento de salir, unos indios nos trajeron al pobre cadete Dzieduszycki herido, quien nos contó que cuando salía a dar un paseo a caballo con otro cadete, Alfeld, junto a la misma ciudad, fueron atacados por una banda de insurrectos. Como no llevaba armas consigo, Dzieduszycki se salvó sólo por haberse hecho el muerto al caer del caballo. Oyendo esas noticias, arrancamos a galope. Un poco más allá de la ciudad encontramos el cadáver desnudo de Alfeld, tendido en el suelo con la cabeza acribillada por las balas. Sin detenernos ni un momento, seguimos cabalgando adelante a galope tendido tras la banda de salteadores, guiándonos por las numerosas huellas de cascos de caballo que marcaban el camino arenoso. Después de esa persecución que duró media hora, saliendo de la localidad llamada Santa Ana, los vimos galopar a través del campo, visiblemente ya preo-

93 En francés en el original. "Mi querido, no tenemos nada más que hacer aquí, qué es lo que puedes emprender contra un país entero, que se subleva, es necesario soñar con una retirada honorable".

cupados por nuestro acoso. Entonces fue cuando empezó una carrera loca por encima de los hoyos y de las cercas, a toda prisa. Como nuestros caballos eran mucho mejores, la distancia que nos separaba de ellos cada vez disminuía. Géníol y yo teníamos los caballos más robustos y más veloces que los demás y por eso estábamos por lo menos a unos cien metros delante de nuestros hombres. Pero en el momento en que ya íbamos a alcanzar a los que estaban más cerca, éstos desaparecieron delante de nosotros, como si se hundieran en la tierra. Era un enorme barranco de los que se encuentran a menudo en esas regiones, cortando las llanuras. Uno se da cuenta de ellos sólo cuando se detiene de pronto en su borde. Para poder bajar al fondo del barranco, tuvimos que reducir, por un momento la velocidad. Sólo entonces tuvimos la posibilidad de caerles encima y de guadañarles sin piedad. En el barranco se escondía su infantería y por eso se dirigieron allí creyendo que nos atraparían. En efecto, nos atraparon pero se equivocaron en sus cálculos, pues les caíamos atrás con un ímpetu vertiginoso y como las paredes del barranco eran muy escarpadas, no tenían ninguna posibilidad de retirarse. Al disparar un cartucho, segados por nuestros mandobles, caían unos sobre otros hiriéndose mutuamente, sin tener fuerzas para poner resistencia alguna. Nosotros usamos sólo armas blancas, sin disparar en absoluto. Después de unos momentos que duró esa pelea, el teniente Géníol me aconsejó que sería más prudente retirarnos poco a poco, pues, desconociendo la zona, en caso de seguir la escaramuza, pudiera ser que diéramos, sin querer, con un destacamento más grande. Además, a consecuencia de los disparos, pudiera acudir un socorro a nuestros enemigos. Quizá de esta forma, sintiéndonos más fuertes y viendo que éramos un puñado muy reducido de gente, saldrían a la llanura para seguirnos. En vista de esta decisión, hacía falta enviar a un mensajero al otro sub-escuadrón para que éste, al salir inmediatamente por el otro lado de Tlaxcala, acometiera a la retaguardia del enemigo. Todo se desarrolló según había sido acordado. Sonaron las trompetas para el llamado y nos retiramos a paso lento a la llanura. Tal como habíamos supuesto, nos siguieron en seguida, mortificándonos con sus disparos, mas sin efecto alguno. En el momento en que queríamos volvernos frente a ellos, creyendo que el otro sub-escuadrón debía de haber alcanzado su retaguardia, nos dimos cuenta que estaban huyendo a toda prisa. El otro sub-escuadrón se presentó con demasiada anticipación y los insurrectos se percataron a tiempo de su presencia, abandonando apresuradamente la zona. Como trofeos trajimos caballos y diferentes tipos de armas, como fusiles, lanzas y sables.

Los días siguientes pasaron en tranquilidad. Los aprovechamos para trasladar nuestra caballería, dispersa en diferentes puntos de la ciudad y expuesta a un fácil ataque del enemigo, sobre todo de noche, al convento de San Francisco y para fortificar más aún el mismo convento. A la mañana siguiente después de la batalla, enterramos a nuestros caídos entre los que estaba también mi ordenanza polaco Dąbrowski, que gozó de mi gran simpatía. Pertenecía a la insurrección de 1863, internado luego en Berna, prefirió alistarse a México que estar encarcelado. Dios sabe hasta cuándo, para ser luego entregado a los rusos. Parece que procedía de una buena familia, pues se veía que había recibido una educación más esmerada que otros. Por esta razón, para liberarle de diversos contratiempos, como el tener que compartir una vivienda común en el cuartel, lo había empleado como ordenanza de mis caballos. Pobrecito, al reconocer mi caballo robado a Dzieduszycki, avanzó tanto corriendo para recuperarlo, que se quedó solo entre los bandidos y éstos le mataron con rabia.

El día de Todos los Santos pasó tranquilo, pero ya a la mañana siguiente me despertaron los ecos de unos disparos intensos. En el mismo instante entró mi criado anunciándome que los insurrectos habían ocupado la ciudad y se estaban preparando a atacar el convento.

Me vestí rápido y salí al terraplén para ver lo que ocurría. Efectivamente, la ciudad estaba ocupada por una banda de 1500 hombres más o menos, por cuanto era posible calcular. Pero nos se atrevían a salir a la distancia de un tiro, pues nuestros buenos tiradores sólo esperaban el momento en que apareciera cualquier silueta para meter en seguida una bala en ella. Ese tiroteo duró hasta las once y media. Teniendo en cuenta la necesidad de no gastar demasiadas municiones, el capitán Tacco dio la orden de suspender el fuego hasta que nuestro enemigo avanzara más.

Como la esquina de la plaza principal estaba a distancia de un buen tiro frente a nuestro convento, nadie podía pasar tranquilamente al lado de esa esquina. Viendo que nosotros dejamos de tirar, aprovecharon ese intermedio para fortificar la esquina con vigas, colchones y diferentes objetos de toda índole. Querían, por lo visto, disparar contra nosotros, desde esa barricada. Detrás de ella se sentían seguros e impunes. Nosotros tranquilamente observamos ese trabajo, pero el teniente Génioł que se había encargado de dirigir la artillería, dio la orden de cargar un cañón con una granada explosiva, él mismo apuntó esperando el momento en que la barricada del enemigo estuviera lista, y en que se reunieran detrás de ella un montón de gente. Llegado el momento, encajó acertando felizmente en la propia base de las vigas, de modo que la granada, al estallar, de-

rumbo toda la barricada, enterrando a los invasores bajo sus escombros. Viendo aquello, un grito de alegría se oyó en nuestros terraplenes, nosotros, en cambio, como ya teníamos ensillados los caballos, los montamos a toda prisa arrancando adelante para seguir al enemigo. En el mismo instante, por el otro lado de Tlaxcala, entraba una columna francesa a socorrernos. Ellos tuvieron aún tiempo de acabar con una parte de los insurrectos en fuga, los que les habían caído entre las manos. Cuando estábamos galopando hacia adelante, queriendo seguir siempre al enemigo, nos alcanzó el ayudante del comandante francés comunicándonos que ya no valía la pena continuar nuestro acoso, pues ya todos se habían dispersado.

Pero mi sombro fue grande al darme cuenta de que el ayudante era mi antiguo compañero de clases, de Morlaincourt. Los dos asistíamos a la misma escuela de Metz. Nos abrazamos y luego, él siguió su camino y yo, el mío — así de corto fue nuestro encuentro.

Los días siguientes pasaron en tranquilidad. Si bien es verdad que no se podían dar largos paseos a caballo fuera de la ciudad libremente y sin riesgo alguno. Sin embargo, más bien cesaron todas las incursiones enemigas.

Mientras tanto, cada día esperábamos la noticia de la abdicación del emperador, pues el gran descontento general provocado por su modo de gobernar era más que evidente. Todos los días, a la hora de llegada del correo ardientemente esperado, sentíamos la misma decepción. Nos llegaban tristes nuevas, como por ejemplo, la noticia sobre la derrota de la tropa austríaca enviada al socorro de Oaxaca.

Esas noticias desagradables no se podían ocultar ante los soldados, desmoralizándolos en grado máximo. Cada uno se ponía a pensar en su futuro, y no sin razón, se preguntaban qué sería de su vida, si, casualmente, al recibir una herida quedase inválido después de una de esas frecuentes batallas, mientras que el emperador partiría a Europa ¿Quién lo cuidaría y quién le aseguraría un porvenir a un inválido? Todas esas preguntas, que incluso los oficiales se hacían, desanimaron a todos hasta tal punto que ya esperábamos el momento de la disolución de nuestro cuerpo militar como si fuera una salvación.

El coronel Bertrand, llamado telegráficamente a México, iba a ocuparse, según se decía, del problema de la disolución del cuerpo y de su transporte a Europa. Pero para calmar las mentes demasiado agitadas, el 12 de noviembre fue declarado un gran asenso por el que yo también avancé hacia el grado de superteniente. Al día siguiente esperábamos la llegada del destacamento dirigido por el coronel Polak, que iba a abandonar Tulancingo. Para obtener más rápido las noticias sobre su llegada, se envia-

rían a intervalos correos de vanguardia que nos iban a avisar con tiempo. Sin embargo, tales correos volvieron apresuradamente comunicándonos que el destacamento del coronel, que se hallaba a unas dos leguas de nosotros, había sido probablemente atacado, pues se oyeron claramente unos cañonazos. En vista de ello, montamos al instante nuestros caballos arrancando a trote rápido. Un poco más allá del pueblito de San Pablo encontramos un destacamento mientras continuaban tranquilamente su marcha. En efecto, habían encontrado al enemigo que intentaba impedirles el paso por el puente sobre el riachuelo, pero unos cañonazos bastaron para ahuyentarlo eficazmente.

Dos días después de la llegada del destacamento, recibimos la orden de juntarnos con él y de emprender la marcha rumbo a Puebla. Poco tiempo pasamos allí, pues nuestro escuadrón pronto fue encargado de unirse con la columna francesa del coronel Lepage a quien le faltaba caballería. En un sólo día atravesamos una extensión de 17 leguas hasta Quechola a donde llegamos a las 5 de la tarde, cordialmente recibidos por los franceses y el propio coronel quien nos invitó a comer.

Es extraña la diferencia entre los grados de oficiales en el ejército francés. Mientras que en el nuestro un teniente convive como igual, fuera del servicio, con un coronel, entre los franceses no existen en absoluto esas relaciones de camaradería. Entre ellos, los oficiales de grados inferiores sólo en el servicio mantienen un trato con los superiores, en cambio, fuera de él forman círculos aparte. Probablemente el factor decisivo es la cuestión de la educación. La mejor prueba de ello es que nosotros, oficiales inferiores, teníamos el trato sólo con los oficiales superiores franceses, desconociendo completamente a los oficiales franceses del mismo grado que nosotros. Me agradó particularmente un hombre muy amable, jefe de un batallón del tercer regimiento de suavos. Lástima que no pueda recordar su nombre.

Con ese destacamento seguimos pues nuestra marcha hasta Palmar, luego a Tecamachalco y más tarde, a Tlacotepec donde pasamos cinco días. Llamados después a Puebla, en tres días recorrimos todo ese camino de regreso.

Me trasladaron entonces de nuevo al segundo escuadrón en que antes había realizado el servicio bajo las órdenes del bondadoso capitán Bythell. Con ese escuadrón, pero ya bajo la dirección del capitán conde Guldern hicimos varias correrías sin mayor importancia a causa de las continuas provocaciones por parte de los insurrectos. Finalmente llegó la orden de concentrar todo nuestro regimiento en Cholula, situada en las inmediaciones de Puebla. Es un pequeño pueblo, antes seguramente una ciudad importante, pero es interesante porque hasta hoy día se mantiene allí una especie de pirá-

mide muy bien conservada, que en la época de Moctezuma servía para el sacrificio de víctimas humanas. En la misma cima de esta pirámide se encuentra una gran piedra en que, según la leyenda, tenían lugar esos horribles ritos.

Una mañana recibimos la orden de salir a Acultzingo⁹⁴ al encuentro del emperador que iba a volver de Orizaba a Puebla. Teníamos que escoltarlo en su camino hasta Puebla. Lo encontramos en efecto, por el camino, acompañándole luego felizmente a Puebla, de donde iba a salir de vuelta a la capital. Según se decía, el emperador, muy desanimado, tenía la intención de regresar a Europa, pero eso no le convenía al partido conservador, pues ese partido lo había hecho venir a México y tenía miedo de tomar la responsabilidad en caso de que volviera a restaurarse el gobierno republicano. En vista de ello, los jefes del partido, con el obispo de México al frente, alcanzaron al emperador de Orizaba y lograron persuadirle de que volviera.

Como era de suponer, el 15 de diciembre salió el decreto que disolvía el cuerpo de voluntarios austríacos. En el decreto se mencionaba que aquellos oficiales que quisieran incorporarse al ejército mexicano recibirían un grado más alto. Las opiniones al respecto eran sumamente diferentes y se creó una confusión total. Había los que querían quedarse, pero otros afirmaban que todo sería en vano. Yo compartía la opinión de estos últimos, pero de acuerdo con lo que les había escrito a mis padres, habiendo visto el principio, no quería dejar de ver el final. Todo el problema consistía en cómo podría lograrlo.

El comandante duque Khevenhüller, gran amigo mío recibió justamente el permiso del emperador para formar un regimiento de húsares. Me ofrecía en este regimiento el grado de capitán, pero las condiciones no me convenían y lo rechacé. Esas condiciones eran las siguientes: primero había que renunciar al viaje a Europa pagado por el gobierno, segundo, permanecer cuatro años seguidos en el servicio. La última condición era ilusoria, pues, en mi opinión, el imperio estaría condenado a desaparecer en cuanto salieran los franceses. Eso era tan evidente que sólo me extrañaba el hecho de que los mayores y más sensatos no lo vieran, incitando al emperador a que se quedara en el país. En medio de esta vacilación continua por no saber qué hacer, fui al coronel Bertrand para preguntarle qué había decidido él. Me dijo que el emperador le había ofrecido un plaza en el ministerio de guerra y que no sabía aún si la iba a aceptar, pero en el caso de hacerlo, podría emplearme a mí como su ayudante.

94 "Acunzingo" en el original.

A decir verdad, todas esas propuestas poco me satisfacían pues tenía deseos de volver a Europa. Pero como no sabía qué haría allí y qué futuro me esperaba en Europa, decidí quedarme por el momento, luego de haber conseguido, por medio de largas discusiones, las mejores condiciones posibles.

Entretanto, el 3 de enero, una parte de los soldados de nuestro cuerpo salieron ya hacia Veracruz, de donde iban a ser transportados a Europa alrededor del 15. Nuestro regimiento de lanceros iba a partir hasta el segundo turno.

El emperador permaneció un tiempo en Puebla de donde salió rumbo a la capital tomando de escolta a todo nuestro regimiento. En cambio, el propio regimiento iba a volver el 11 de enero dirigiéndose hacia Orizaba y luego a Veracruz para tomar el barco y emprender el viaje de regreso. Todavía en vísperas de la salida discutí acerca de las condiciones y en una conversación con el coronel Bertrand ambos sopesamos todas las posibilidades. En la conversación se entremetió Khevenhüller quien, con sus palabras muy apasionadas, supo convencernos diciendo que sería una vergüenza abandonar al emperador, etc. De modo que, por el momento, nos resolvimos a quedarnos. Bertrand se quedó como coronel en el ministerio de guerra, yo — como su ayudante y capitán suplente en el regimiento de húsares. Además, unos días después fui nombrado ayudante — comandante en el regimiento de húsares, grado que no existe en el ejército austríaco, pero en el francés sí. A la vez me nombraron caballero de la orden de Guadalupe.

Al llegar el 2 de febrero a las inmediaciones de la misma ciudad de México, no pudimos entrar en ella, pues no había sitio para alojarnos y tuvimos que esperar hasta el 9 de febrero en un pueblito cercano llamado San Ángel, hasta que se fueran los franceses. De ese poblacho salía entonces el único ferrocarril que lo unía con México, a Tacubaya, o bien a Chapultepec, al palacio imperial situado en una zona muy próxima a la ciudad.

Teniendo entonces más tiempo libre, no pude resistir la tentación de probar mi suerte en una cacería. Mi pasión de cazador me dominó por completo y al alquilar a un pescador para que fuera conmigo en un bote, me metí en el lago de San Cristóbal con el deseo de cazar patos. Sus especies más diversas abundaban en ese lago. La tarea era difícil, pues en la superficie muy lisa del lago las aves no se dejaban sorprender. Había que acercarse más a la orilla, para hallarlas más fácilmente dentro del cañaveral y entre los juncos.

Pero la jugada no duró mucho, pues pronto me di cuenta que el objeto de caza era yo. Cada vez que nos acercábamos a la orilla, en seguida caían tiros y el silbido de las balas era prueba suficiente de que el blanco de los disparos no eran los patos. El mismo

pescador me aconsejó abandonar rápido el lago antes de que se reuniesen más agresores. Éste fue el epílogo de mis expediciones de cacería en ese país.

Tacubaya es una ciudad, o más bien, un suburbio de México, pero un suburbio habitado solamente por la gente rica que va allí por las tardes de la capital para respirar el aire puro. Toda Tacubaya es un gran jardín exótico en el que están sumergidas villas y palacios de diferentes estilos bañándose, literalmente, en el mar verde de la vegetación. No se ve allí ninguna choza, ninguna tiendecita. Las calles no están pavimentadas y a pesar de ello, se encuentran en un estado ideal. En todas partes se nota la limpieza y la opulencia y en eso justamente Tacubaya se distingue de otras ciudades mexicanas. Al lado de Tacubaya, en una superficie de varias leguas cuadradas, se levanta en una roca el enorme palacio imperial de Chapultepec. El aspecto que presenta este palacio es original, pues de lejos no se ve la roca, rodeada por todas parte de enormes cedros plantados todavía en la época de Moctezuma. Lo que realza aún su magnífica vista es una especie de cepas en forma de cabellos largos y plateados que penden de las copas de los árboles hasta el mismo suelo cubriendo como si fuera de canas esos imponentes árboles ancianos. El mismo palacio de estilo italiano, rodeado de terrazas cavadas en la roca, abonadas con una tierra fértil y cubiertas de flores maravillosas, produce una vista encantadora. Acá y allá las hermosas estatuas de dioses griegos y romanos de bronce fundido se ven muy bonitas en los reflejos multicolores del polvo de agua diseminado por una leve brisa y procedente de los numerosos surtidores que mantienen la frescura de las flores y de los bellos bosques de naranjos. Es una residencia verdaderamente fascinante. Desde sus galerías se extiende una vista magnífica. De un lado está Tacubaya que parece un enorme parque en estilo inglés, a lo lejos se divisa la capital, extensa, rodeada de lagos y al fondo del cuadro se levantan las gigantescas y monstruosas siluetas de dos volcanes cubiertos con nieves eternas, el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. En una palabra, la fantasía más exuberante de un pintor no sería capaz de crear un cuadro y un colorido así.

Capítulo VIII

Una expedición contra Porfirio Díaz.

Carga de húsares de Khevenhüller.

Demora fatal de la marcha.

En medio del fuego de la retaguardia.

Después de que los franceses hubieron abandonado la ciudad y el país, entramos nosotros y ocupamos su cuartel. Para nuestro regimiento fue destinada la parte trasera del palacio imperial que era una especie de cuartel. Khevenhüller, Bertrand y yo alquilamos una casa común en la calle San José Real, donde nos alojamos después de haberla amueblado. Trajimos también a un cocinero polaco del regimiento. Poco tiempo después recibimos la orden de prepararnos a la marcha siendo destinados a acompañar al emperador en su expedición hacia Querétaro. Sin embargo, el día de la salida, el emperador, bajando de la carroza, nos llamó declarándonos que su decisión había cambiado y que su deseo era que nosotros nos quedásemos en la capital para mantenerla fiel a su soberano. Por otra parte, quería convencer a los mexicanos que tenía confianza en ellos y que se les entregaba en sus manos. Efectivamente, aparte de su médico Basch⁹⁵ y del criado Gröller, no dejó a ningún extranjero a su lado. Bien es verdad que había en el ejército unos cuantos oficiales extranjeros, pero ellos estaban en el ejército nacional teniendo los mismos derechos que los demás y no como nosotros, que pertenecíamos a la legión extranjera⁹⁶.

Tan pronto se marchó el emperador acompañado de una tropa nacional muy numerosa, de unos 6000 hombres, fuimos rodeados por guerrilleros y la zona se hizo peligrosa. Sin cesar disparaban contra nosotros, casi a la entrada de la misma ciudad. Organizábamos correrías queriendo capturar a ese enemigo invisible que siempre lograba escapárse nos para volver en seguida en la primera oportunidad. Unas semanas después, sabiendo que el general Márquez⁹⁷ volvía de Querétaro en compañía de un

95 "Busch" en el original.

96 Traducción literal. En realidad, Wodzicki se refiere al ejército extranjero al que pertenecía, concretamente al de lanceros austríacos enviados en apoyo de Maximiliano y no a la "Legión Extranjera" propiamente dicha, creada en Francia por Luis Felipe de Orleans el 9 de marzo de 1831, en la cual servían soldados y oficiales de diversas nacionalidades. Un cuerpo de este último ejército en México, lo era el que comandaba el coronel Dupin, al cual hace alusión el autor en el capítulo anterior.

97 Leonardo Márquez (1820–1913). Militar conservador afamado por su crueldad. Se le conoció como el "Tigre de Tacubaya", por la matanza que organizó al concluir la batalla, ocurrida en dicha ciudad

destacamento de caballería compuesto de mil hombres⁹⁸, salimos a su encuentro. Después de llegar, se ocupó inmediatamente de los preparativos de una expedición que iba a salir contra el general de los liberales, Porfirio Díaz quien asediaba Puebla.

Durante el tiempo que pasamos en la capital tuve la ocasión de entrar en un círculo de alta sociedad. Entre otras, conocí la casa de una viuda llamada Beltrama Puga. Una de sus hijas estaba casada con un alemán, en cambio la otra, más joven, muy bonita y atenta, era todavía soltera. Esa señora recibía muchas visitas y tanto mis compañeros, como yo, éramos huéspedes permanentes en su casa. No es de extrañar que me hiciera amigo de la joven y con la libertad que reina allí, nos encontrábamos todos los días, fuera durante el paseo, fuera en su casa. Esa intimidad nuestra, pasando incluso al afecto, era tan conocida que todo el mundo nos quería casar. Ya estaba cerca de comprometerme, pero me retenía la excesiva coquetería de la bella Emilia. Por esta razón se formaban incluso entre nosotros frecuentes disputas que, como siempre entre los enamorados, concluían en un acuerdo.

El día 30 de marzo de 1867 llegó a efectuarse finalmente la expedición contra el general Porfirio Díaz. El mismo día por la mañana salimos bajo la comandancia del general Márquez, nombrado jefe-regente, con un total de 3600 hombres y 12 cañones. Los primeros días de nuestra marcha no tuvieron nada de interesante. Sólo que dormíamos al aire libre y recibíamos una alimentación pésima. Como llevábamos con nosotros la artillería pesada de campo, no pudimos tomar el camino normal vía Río Frío, sino que tuvimos que rodear las altas montañas. De esta manera el único obstáculo, fácil de vencer, era una pequeña cadena de colinas entre San Cristóbal y Otumba y por allí podíamos salir a los Llanos de Apan. Seguíamos pues este camino sin dificultades y sin provocaciones del enemigo hasta la hacienda Notaria, situada a 8 kilómetros de Huamantla. Al día siguiente, estando en la vanguardia, llegamos a esta ciudad por lo menos unas dos horas antes que el cuerpo principal. Durante el descanso de mediodía, mientras estábamos comiendo, recibimos la orden urgente de retroceder hacia la hacienda,

en contra de las fuerzas liberales, el 11 de abril de 1859.

98 Para esos momentos Maximiliano se encontraba ya sitiado en Querétaro por las fuerzas liberales. El general Márquez había sido enviado a la Ciudad de México en busca de refuerzos para liberar a los sitiados. Al llegar a esta ciudad, se decidió ir a combatir a Díaz quien recuperaría Puebla como resultado de la batalla del 2 de abril. A consecuencia de los hechos que el autor narra a continuación, Márquez regresó a México en donde se concentró en una resistencia sin mayor sentido, mientras el gobierno imperial esperaba inútilmente su regreso a Querétaro.

pues el general Márquez nos comunicaba que le habían llegado noticias seguras sobre la toma de Puebla por Porfirio Díaz⁹⁹ quien avanzaba ya con todas sus fuerzas contra nosotros.

Frente a esas noticias, arrancamos al instante para unirnos con las tropas principales.

Recorrimos apenas 4 kilómetros, oímos unos cañonazos y como en esas llanuras la vista llega hasta muy lejos, pudimos divisar nuestro cuerpo en un choque encarnizado con el enemigo. Viendo aquello, apresuramos el paso y tan pronto alcanzamos a los nuestros recibimos la orden de defender el flanco izquierdo de nuestra columna, pues el general Márquez quería llegar a México por medio de marchas forzadas temiendo que Porfirio Díaz lo anteciedera. Durante toda la marcha disparaban sin cesar contra nosotros. Nos era difícil encontrar un momento adecuado para embestir al enemigo. Así, a las 4 de la tarde, llegamos a la hacienda Atachoque, situada en una enorme llanura, sobre la cual, al norte, dominaba una colina de unos 200 pies de altura, pero de unas laderas que se elevaban suavemente. Esa colina estaba ocupada por los liberales cuyos tiradores nos fulminaban desde allí dándonos a entender que querían aceptar una batalla. Nosotros la esperábamos con muchísimos deseos. En vista de ello, el general, aunque ya era tarde, tomó la decisión de empezar la batalla que nos proponían, con la esperanza de que, al dispersarlos, se rescataría el camino libre a México. Después de haber dejado nuestra artillería en la hacienda, dio la orden de salida a la caballería, al reforzarla con unos cuantos batallones de tiradores. Para limpiar el terreno, fue designado el decimotavo batallón compuesto casi todo de austriacos. Arrancó adelante y ocupó inmediatamente la colina expulsando de ella a los liberales. Sólo entonces nos dimos cuenta con quién estábamos tratando. En la primera fila había 3000 jinetes formando una masa firme. Detrás de ellos se desplegaba la infantería. Márquez, al ver fuerzas tan grandes, quiso retroceder y no meterse en la lucha, pero frente a la insistencia del coronel Kodolicz que le rogaba, tomando toda la responsabilidad sobre sí, permitió que nuestro regimiento de húsares fuera al ataque.

Como lo he dicho antes, cuando llegó la orden de atacar estábamos en el ala izquierda. En cambio, en el lado derecho de la colina estaban dispuestos los tiradores a caballo y la gendarmería. Teníamos por delante a 2000 jinetes y a la infantería dispuesta en línea de tiradores. Arrancamos rápido a trote desplegándonos hacia el frente, igual que en la plaza de entrenamiento. El tiroteo continuo de los tiradores ocasionaba muchos

99 Se refiere al triunfo de la batalla del 2 de abril de 1867 en Puebla.

heridos entre nuestros hombres y caballos, de modo que para disminuir la distancia pasamos al galope. Íbamos a galope tendido. Al frente, a unos cien pasos del cuerpo principal, cabalgaba el coronel Khevenhüller, yo a su lado como ayudante-comandante, detrás de nosotros el corneta, luego los oficiales y finalmente el frente amplio del regimiento. El coronel levantó su sable, se oyó el toque de trompeta y pasamos del galope a un ímpetu vertiginoso a paso veloz¹⁰⁰. A cien pasos de distancia, los enemigos nos recibieron con una ráfaga queriendo detener nuestro ímpetu, mas ya era tarde. Cual una cuña de hierro irrumpimos con una velocidad violenta entre ellos hacheando y picando por todas partes. En un abrir y cerrar de ojos nos rodeó una terrible polvareda en la que sólo gracias a nuestros uniformes rojos podíamos saber quiénes eran los nuestros. Para el colmo de su desgracia, los liberales, sin siquiera suponer que podríamos atacarlos, se desplegaron tanto que a la espalda tenían ya un barranco muy profundo. Invadidos por nosotros con tanta violencia, ya no tenían tiempo de buscar un lugar por dónde pasar y empujados por los nuestros, caían unos sobre otros, junto con los caballos matándose e hiriendo terriblemente. Nosotros, naturalmente, no veíamos nada en medio de esa polvareda. De pronto, mi caballo se encabritó, lo eché al lado y vi a mis pies el barranco profundo ya lleno, en parte, de caballos y de jinetes que se desplomaban unos encima de otros. Les invadió entonces un pánico terrible y nadie pensaba ya en otra cosa, sino en salvarse solamente. Los nuestros, enfurecidos por haber sido perturbados constantemente, azotaban a todos sin perdonar a nadie. En medio de esa confusión me encontré al lado del coronel, quien dio la orden de tocar la trompeta para la reunión. Eso no era tan fácil, como pudiera parecer, pues igual que en una pista de equitación, se habían formado unas escaramuzas a modo de duelos aislados y tuvimos que esperar más de media hora para que nuestro regimiento volviera a reunirse. Nuestro regreso fue muy aclamado. Tanto el comandante como todos los soldados nos recibieron con un sonoro ¡hurra! Nuestros húsares, cansados y cargados de toda clase de botín, agradecieron con orgullo las expresiones de admiración que tan justamente merecían. Durante ese ataque ocurrió un incidente muy curioso, por suerte, sin consecuencias desagradables. En el momento de atacar, cuando el coronel Khevenhüller levantó el sable dando la señal de empezar la carga, una bala cayó en el mango del sable haciéndolo caer de sus manos. Con sangre muy fría, sacó entonces al instante su látigo de guerra metido en la caña de la bota y continuó dirigiendo el ataque.

100 Literalmente "marcha de la marcha" (*marsz marszem*).

Al regresar a la hacienda, mientras revisaba los caballos tomados, parados en una fila, queriendo ver cuáles servían para dejarlos, uno de ellos, probablemente sintiendo que yo era su enemigo, me mordió fuerte en el pecho. Cito esa ocurrencia sólo para señalar que el animal asimila en cierta medida los sentimientos de su amo y los demuestra, como en ese caso, de manera manifiesta.

Como resultado de la buena lección que habíamos dado a los enemigos el día anterior, pasamos tranquilamente la noche y luego emprendimos el camino de regreso a México llegando a mediodía, más o menos, a la hacienda de San Nicolás sin ningún obstáculo. Oímos allí un fuerte cañoneo y pronto llegó el ayudante con la orden de trasladarnos inmediatamente a donde estaba nuestra retaguardia, para asegurarla ante un ataque posible. En menos de una hora cesó el fuego y supimos que nuestra vanguardia había dispersado a una pequeña columna del enemigo, de unos 2000 hombres que nos estorbaba en el camino. Agarramos a 200 prisioneros que, sin tardar, fueron incorporados a las distintas divisiones de nuestro ejército nacional. Esa incorporación del enemigo recién vencido a nuestras propias filas, es la mejor ilustración de cómo se comporta aquella gente, es la prueba de que no es el rencor hacia el gobierno el que une a los hombres, sino las distintas camarillas de partidos, ávidas del poder, que quieren atraer a sus filas a todo el que les caiga entre las manos, a personas completamente inconscientes a quienes sirven. No existe allí un reclutamiento normal, sino que cuando alguno de los partidos, sean los liberales u otros, o incluso el gobierno actual, necesitan a los reclutas, el ejército rodea un local público, una iglesia, un teatro o un circo y se lleva por fuerza a todos los hombres de entre 20 y 40 años de edad. El que puede, por medio del soborno, compra su libertad, siendo la corrupción una consecuencia natural en tales procedimientos. Otros, en cambio, como en el caso que acabo de citar, una vez prisioneros, con la misma fidelidad sirven al enemigo, pues no tienen convicciones políticas de ninguna clase considerando, con razón, ambas partes como bandidos que sólo traban su libertad.

Al día siguiente, más o menos a la una de la tarde, alcanzamos San Lorenzo. A pesar de las insistencias de todo el estado mayor, el general Márquez no quiso continuar la marcha el mismo día. Su obstinación fue la causa de nuestro infortunio, pues dio a Porfirio Díaz la posibilidad de concentrarse y de cortarnos el camino a la capital vía Otumba. Incluso ya por la noche del mismo día, sus soldados dispararon, durante un tiempo, contra nuestro campamento para impedirnos la continuación de la marcha. Por nuestra parte, con gusto hubiéramos aceptado la batalla, pero, por no tener aseguradas las

espaldas, hubiéramos podido sólo hacerles frente, sin tener la posibilidad de atacar. Además, contra nuestras fuerzas que contaban sólo con 6000 hombres, Porfirio Díaz tenía 17000 soldados que, aunque sin ganas de atacar, disparaban constantemente contra nosotros. Así resistimos dos días y dos noches, siempre alertas y listos para aceptar la lucha, perdiendo a muchos hombres a consecuencia del cañoneo continuo, sin trincheras para protegernos. Al fin, el general Márquez tomó la decisión de ponernos en camino, mas ya era tarde, pues estábamos rodeados. A una legua de distancia, más o menos, en nuestro camino a México, había un puente ya ocupado por los enemigos. Era preciso tomarlo a la fuerza para tener el camino libre. Había que realizar esa tarea lo más sigilosamente posible. Y así, a las 10 de la noche, llegó la orden, para nuestro regimiento de húsares, de salir y ocupar el puente. A pesar de las observaciones de nuestro coronel quien señaló que aquello le parecía muy raro, pues jamás había oído hablar de una caballería que tomara puentes de noche, tuvimos que salir, ya que el general Márquez, después de nuestra experiencia de Atachoque, no tenía duda de que nosotros sabríamos realizar bien la orden. De modo que arrancamos de acuerdo con la orden, guardando el máximo silencio y sin pronunciar ni una palabra. Llevábamos con nosotros a un mexicano quien al llamado de ¿quién vive? iba a responder con la seña de ellos. De esa manera íbamos a dominar de improviso el puente, al acaparar a la vanguardia del enemigo. De pronto, en el silencio de la noche, oímos el grito esperado de ¿quién vive? y al instante arrancamos adelante sin esperar la orden. Yo estaba al frente del segundo escuadrón, a mi lado iba cabalgando Khevenhüller. Debo confesar que en medio de esa noche oscura, sin ver nada hacia adelante, sentí una opresión en el pecho y dándole un codazo ligero a Khevenhüller, le dije: ahora jugamos *iva banque!*¹⁰¹ Esa carrera duró apenas unos minutos. De repente, mi caballo saltó a un lado y delante de nosotros oímos un ruido, el silbido de una lluvia de balas y, al mismo tiempo, nos cegaron los relámpagos de ráfagas incesantes del fuego de fusiles. El puente estaba derrumbado y nos encontrábamos al borde de un río profundo. El intento fue un fracaso. Como íbamos perdiendo a muchos hombres, estuvimos obligados a volver al campamento sin haber conseguido nada. Sólo allí nos dimos cuenta de que faltaba casi todo el primer escuadrón con el capitán conde Wickenburg al frente y con todos los oficiales. Nuestra pena por haberlos perdido fue muy grande y más aún, porque era una pérdida irreparable para nuestro regimiento.

101 Textual en el original.

Después del intento fracasado de la toma del puente y al no poder abrírnos el camino a México, Márquez decidió salir de San Lorenzo y volver a la capital por caminos laterales a través de las montañas. Nuestra presencia en la capital era necesaria para impedir que ésta se sublevara contra nosotros y que se uniera a los liberales. Debido a ello, como íbamos a pasar por unos caminos de montaña, tuvimos que dejar en la hacienda la mayor parte de nuestro tren. Y así, el día 10 de abril, a las 3 de la madrugada, nos pusimos en camino guardando el máximo silencio, pero no el mismo orden. Todo el mundo sabe más o menos que es mucho más fácil llevar una tropa adelante, que mantenerla en orden, cuando hay que retirarse. Particularmente los mexicanos pierden la cabeza en aquellos momentos y es imposible convencerlos que muchas veces para dar un buen salto, es preciso retirarse. Me invadían los peores presentimientos y decía con el tono de burla a mis vecinos que nuestra marcha me recordaba la retirada del gran ejército de Napoleón de Moscú con el mismo resultado: todo tipo de armas estaban igualmente mezcladas, unas divisiones adelantaban apresuradamente a otras: infantería, artillería, caballería, cada una de ellas trataba de llegar antes que las demás a la ciudad. Todo iba relativamente bien hasta las 8 de la mañana. De pronto, el frente de la columna se detuvo y yo fui con el coronel adelante para ver cuál era la causa de la detención. Llegamos al lugar que había paralizado la marcha. Era una quebrada profunda con un puente medio derrumbado atravesado sobre ella, por el que podía pasar a lo sumo la infantería, quizá los jinetes uno tras otro, pero de ninguna forma era posible trasladar los cañones. Allí fue donde se manifestó en su plenitud la indolencia de esos hombres. En lugar de mandar a la gran cantidad de gente que tenían a la mano, a arreglar lo más rápido posible el puente, los generales mexicanos decidieron sacrificar en seguida los cañones echándolos a la quebrada para que no cayeran en las manos enemigas. Inmediatamente se pusieron a realizar su idea y los cañones se desplomaron con un ruido feroz al fondo de la quebrada. Ahora fue el turno de los arcones de municiones. Estando yo parado al borde mismo de la quebrada, de pronto un fuerte ardor me quemó la cara, un ruido espantoso estremeció el aire, la tierra tembló y toda nuestra caballería arrastrada por los caballos enloquecidos, se dispersó por todas partes. Resultó que los señores oficiales de artillería habían olvidado que las granadas, al ser fuertemente sacudidas, podrían estallar y encender la pólvora. Además, corríamos el riesgo de que los restos del puente se derrumbaran quedando nuestra columna dividida en dos partes. Pasada una media hora, logramos reunirnos más o menos y pasar por el puente, pero

ya, siendo atacados por los jinetes enemigos animados cada vez más por nuestra retirada.

Al oír los disparos, los mexicanos aliados con nosotros, sintiendo que el enemigo ya les estaba pisando los talones, echaron a correr con tanta prisa que nuestro regimiento, que antes había estado casi al frente de la formación, se encontró de pronto en la retaguardia. El enemigo, al verlo, creyendo que nosotros estábamos igual de desmoralizados que sus compatriotas por estar expuestos todo el tiempo a su fuego, decidió invadirnos. Sabían perfectamente que, una vez derrotados los europeos, los mexicanos no serían capaces de defenderse. De modo que lanzaron contra nosotros toda la caballería que tenían. Pero no tomaron en cuenta el coraje y la disciplina de nuestros soldados que, a pesar del fuego incesante, estaban obligados por nosotros a mantener el orden cabalgando a trote de acuerdo con nuestra disposición. Mirando sus caras tristes y viendo su desánimo, eché una mirada al coronel que tenía, probablemente, los mismos pensamientos y dudé si con esta gente pudiéramos vencer todavía. Pero ya no había tiempo de reflexionar, pues el enemigo embestía con toda fuerza estando ya a unos quinientos pasos de nosotros. En ese momento decisivo me incliné hacia el oído del coronel diciéndole: querido mío, sólo tú eres capaz de conseguir algo con esa gente, ellos te quieren mucho y no te dejarán abandonado en el peligro. El coronel al instante dio una vuelta con el caballo, fue hacia el final de la columna y en breve oí su orden pronunciada con voz sonora: ¡media vuelta! Pero cuál no sería mi espanto, al ver que sólo una cuarta parte del regimiento lo obedeció. Viendo a Khevenhüller abandonado, me dirigí a los oficiales diciéndoles que, como los soldados nos abandonaban, nosotros, al menos, no lo haríamos con nuestro coronel, pues esos soldados demostraron que no eran dignos de que nosotros fuéramos sus jefes. Para terminar, grité: ¡Adelante conmigo! Tan pronto nuestros pobres soldados vieron que nosotros avanzábamos solos, sin contar con ellos, y sin volvernos atrás, todos se volvieron al mismo tiempo para seguirnos. Nuestro choque con el enemigo fue tan impetuoso y afortunado a la vez que nos salvó, pues luego ya no se atrevían a acercarse demasiado a nosotros.

Mientras volvía cantando, como siempre después de un ataque felizmente terminado, encontré a un oficial, mi compatriota, un tal Małachowski gravemente herido, con una bala en el vientre, sujetado al caballo por dos húsares. En su cara se distinguían los indicios de una muerte muy próxima. Al lado mismo estaba el capitán Thorn con una doble cortadura de sable a través de la cabeza de modo que la piel junto con el cabello le

cayó sobre el cuello sangrando abundantemente. En vista de que faltaban los enfermeros, bajé del caballo y le vendé la cabeza con mi propio pañuelo.

Y así seguíamos nuestra marcha, siendo siempre atacados, pero de lejos, perdiendo, no obstante, a muchos hombres con el fuego continuo. Íbamos lentamente para que nuestra infantería tuviera tiempo de seguirnos sin estar expuesta a los ataques que no podría rechazar con lo desmoralizada y cansada que estaba. En cuanto a nosotros, desde las 10 de la noche del día anterior, ni los hombres, ni los caballos, habíamos podido descansar nada, antes todo lo contrario, habíamos estado continuamente en marcha, expuestos, además al fuego y a los ataques. De modo que la depresión era general. Finalmente, alrededor de las 5 de la tarde llegamos a Texcoco con la esperanza de poder comer algo allí y descansar un rato. ¡Qué esperanza! En vano. Texcoco, como todos los pueblitos de ese país tiene calles rectas que se cruzan formando ángulo recto. Apenas entramos en la ciudad, ya todas las bocacalles estaban ocupadas por los liberales. Desde allí nos fulminaban con un fuego incesante manteniendo siempre, sin embargo, una distancia, escarmentados por la lección tan sensible que habían recibido por la mañana. Era absolutamente imposible rechazarlos, pues no nos daban ninguna ocasión para ello, huyendo a cada rato, pero volviendo a medida que nos alejábamos de ellos. En esas condiciones no se podía hablar de ningún descanso y era mejor continuar la marcha manteniendo al enemigo a distancia, que tenerlo detrás de los muros de la ciudad desde donde nos molestaba a sus anchas.

Continuando siempre la marcha, cerca de la medianoche cuando pasábamos por una finca, se atrevieron a disparar contra nosotros. Eso ya era demasiado, así que una parte de los soldados y los oficiales bajaron de los caballos para castigar a esos invasores descarados. Empuñando revólveres y sables, irrumpimos en el patio. Nuestros soldados encendieron las antorchas que llevábamos siempre a nuestra disposición y al forzar la puerta de entrada, Khevenhüller y yo al frente, penetramos en la habitación donde nos recibieron con una salva de fusiles, por suerte, inofensiva. Inmediatamente nos echamos encima de esos bandidos y una vez agarrados, los liquidamos a todos. Peor fue la cosa en otras partes de la finca, pues los demás soldados, que no pudieron entrar con nosotros en la habitación, oyendo los disparos, pensaron que aquellos hombres nos habían asesinado. Estando, además, muy exasperados a causa de las marchas continuas, irrumpieron en todos los cuartos, matando a todos los sobrevivientes, sin excepción alguna. Nos costó mucho trabajo detener a los soldados enfurecidos. Al fin y al cabo, a eso de las 7 de la mañana, llegamos a México literalmente arrastrando los pies. Encontra-

mos las puertas de la ciudad fuertemente cerradas por orden de Márquez, quien, huyendo, llegó a la ciudad un día antes y declaró que todo el cuerpo austríaco había perecido. Para la infantería fueron preparados unos puentecillos para pasar sobre los fosos con agua que rodeaban la ciudad, en cambio, nosotros tuvimos que vadearlos y tomar baños que, por otra parte, nos venían muy bien. Al día siguiente, después de nuestra llegada, Porfirio Díaz ya estaba bajo las murallas de la ciudad y nos rodeó por completo cortándonos todo tipo de vías de comunicación con el exterior. El final de esa expedición infeliz fue que durante 30 horas estuvimos en medio de un fuego continuo sin descanso y sin tener ni la más mínima porción de alimentos ni para los hombres, ni para los caballos.

Nuestras pérdidas fueron muy grandes. Y así, el batallón de tiradores austríacos de Hammerstein que, antes de la salida contaba con 470 hombres, volvió con 110. De nuestro regimiento cayeron más de 150 hombres. Con todo y eso tuvimos una gran suerte de haber logrado llegar a la ciudad, pues yo estaba convencido de que ya no íbamos a poder salvarnos. Nuestra salvación se debió exclusivamente a la falta de coraje de los liberales que, a pesar de una ventaja tan grande, disponiendo de una fuerza diez veces mayor que la nuestra, no se atrevieron a dar un asalto decisivo y a derrotarnos.

Nuestro regreso inesperado, después de lo que había declarado Márquez sobre nuestra derrota, impresionó mucho a toda la población local acostumbrada a la cobardía. Pero, cuál no fue nuestra alegría, cuando nos salió al encuentro nuestro primer escuadrón casi completo. En el ataque nocturno del puente, arriba descrito, al caer en el río, a duras penas salieron a la orilla opuesta, luego se abrieron el paso entre la infantería que disparaba contra ellos, la derrotaron, atravesaron todo el campamento enemigo y como nadie les perseguía a consecuencia de la confusión y el pánico que habían suscitado, pudieron llegar tranquilamente a México perdiendo sólo a once hombres.

Capítulo IX

En la capital sitiada.

La última lucha. Capitulación.

La noticia sobre la muerte del emperador.

Camino a Veracruz.

Así pues, estábamos sitiados y nuestros jefes, los generales mexicanos, resultaron ser tan torpes que ni siquiera intentaron mantener en sus manos las posiciones fuera

del recinto de la ciudad, permitiendo que el enemigo cortara los caminos y construyera trincheras sin encontrar la más mínima resistencia.

Poco tiempo después los liberales colocaron 40 cañones de grueso calibre con los que tiraban constantemente día y noche. Aún así todo iba más o menos bien hasta el 15 de mayo. Ese día tiraron con un empeño especial y por la noche se veía el pequeño pueblo de Guadalupe¹⁰², situado a poca distancia, todo iluminado. A partir de ese día en la ciudad circulaban noticias sombrías acerca de la toma de Querétaro y de la detención del emperador como prisionero. Márquez lo negaba todo oponiéndose firmemente a tales noticias y publicando boletines que informaban sobre las victorias del emperador y la derrota de los liberales.

Sin embargo, las provisiones de víveres que había en la ciudad pronto se agotaron y el hambre empezó a importunar a todos. Faltaron heno y cebada para los caballos, era pues necesario hacer una excursión a las afueras de la ciudad. El 17 de mayo toda la caballería y dos batallones de tiradores salieron cruzando el fuerte de San Cosme y acometieron al enemigo, expulsándolo de sus trincheras. Mientras tanto pudimos recoger tranquilamente el pasto para los caballos y, protegidos por la infantería y los cañones de la fortaleza, logramos volver a la ciudad con una provisión de pasto y víveres para unos cuantos días. No obstante, debido al asedio tan estrecho, el hambre iba creciendo día a día. Una libra de pan alcanzaba el precio de 25 a 30 francos, más tarde, 25 libras de harina valían 500 francos. Al fin, se agotaron incluso esos productos y llegó el momento en que ya no se podía conseguir pan. Se hacía una especie de pan de garbanzos, de maíz, además, a unos precios increíblemente altos. En todas partes comían carne de caballo, pues la carne de res era imposible de adquirir a ningún precio.

En la misma época perdimos a nuestro coronel Hammerstein quien, revisando con el catalejo la posición de los liberales, sacó imprudentemente la cabeza por encima del borde de la trinchera y una bala de fusil le pegó en la misma frente. Sin conocimiento, lo transportaron a la ciudad, donde aún pude despedirme de él, aunque ya no reconocía a nadie. Oriundo de Hannover, era hombre muy respetable y buen amigo mío. No soportaba a los prusianos y por eso servía militarmente en el ejército austriaco¹⁰³. Debido al hambre cada vez más grande, Márquez decidió hacer una incursión para expulsar al

102 O sea, la Villa de Guadalupe.

103 Curiosa información del autor que refleja las diferencias existentes al interior de las nacionalidades de origen germánico. Los prusianos a los que se refiere Wodzicki constituían en aquel entonces los habitantes del Reino de Prusia.

enemigo de sus trincheras y liberar al menos temporalmente la ciudad de una parte del anillo que nos circundaba, con el objeto de suministrarnos provisiones de víveres ya decididamente indispensables.

El día 3 de junio a las dos de la madrugada, nos reunimos al lado del fuerte de San Antonio Abad: los tiradores de Hammerstein, el regimiento denominado Hijos de México¹⁰⁴, nuestro regimiento y 900 caballos de Quiroga. A las 5 de la madrugada, tan pronto empezó a clarear, la infantería salió inesperadamente del fuerte y asaltó las trincheras. Al llegar a éstas, los infantes se encontraron al borde de un foso profundo lleno de agua, que no era posible atravesar. El enemigo los azotaba allí a unos pasos de distancia y ellos, por el descuido de los jefes, habían sido lanzados al ataque sin haber recibido escaleras de madera, ni carrizos para llenar los fosos. Nosotros, en cambio, que al tomarlas posiciones íbamos a perseguir a los liberales derrotados, estábamos desamparados en un sitio descubierto, junto a las mismas trincheras a las cuales se nos había mandado avanzar. Afortunadamente, las nieblas mañaneras junto al humo de pólvora envolvieron tanto los alrededores que a unos pasos de distancia no se veía nada. Finalmente, sacamos dos cañones adelante y a 20 pasos de distancia les fuimos arrojando metralla. Sin embargo, todo eso no nos llevaba a conseguir el objetivo, pues no se podía atravesar el foso y a pesar de los esfuerzos extraordinarios, nuestra infantería, que tomó las trincheras sucesivamente varias veces, no pudo mantenerse junto a ellos por no tener apoyo. Para poner fin a esa matanza, pues la lucha era a unos pasos de distancia, tuvieron que volver a retirarse a la ciudad sin haber conseguido nada y habiendo perdido un sinnúmero de hombres. Y así, el batallón de Hammerstein, de los 18 oficiales sólo volvió uno íntegro y vivo. El fuego fue tan violento que algunos oficiales, presentes en la batalla de Solferino¹⁰⁵, sostenían que en esa pequeña escaramuza la impetuosidad del choque era casi mayor que en aquella gran batalla.

Ese día estuvimos, efectivamente, protegidos por la Providencia, pues las balas y las granadas caían alrededor de nosotros cual lluvia intensa. En un momento estaba yo al frente del regimiento al lado de Kevenhüller, cuando una granada cayó entre nosotros, rebotó en una piedra, se lanzó arriba sobre nuestras cabezas, estallando en el aire sin hacer daño a nadie. Así se dio nuestra última incursión.

104 En el original "hijo de Méjico".

105 Batalla de Solferino. Se refiere a la batalla que en ese pueblo de Lombardía sostuvo Napoleón III contra los austríacos en el año de 1859.

El 15 de junio de 1867 cundió por la ciudad la noticia de que había llegado el mensajero del emperador trayendo comunicados sobre su victoria y regreso. Empezaron a tocar las campanas de todas las iglesias y disparar fervorosamente de los fuertes en señal de la próxima liberación. La alegría general era enorme y no pude salir de mi asombro al ver cuán grande era, a pesar de todo, la simpatía y la popularidad de que gozaba el emperador entre todos los que lo conocían. Sin embargo, esa alegría fue efímera. Había sido el general Márquez quien había preparado toda esa comedia, bien para poder fugarse abriéndose paso entre el ejército que nos rodeaba, habiendo intentado convencer a los soldados que le eran fieles todavía de que iba al encuentro del emperador, o bien, para adormecer la vigilancia de las tropas austríacas que ya no se fiaban de él. Basta con decir que había instigado al general Ameliano quien volvía de Querétaro, para que éste interpretara esa comedia presentándose como mensajero del emperador. Mientras tanto el 18 de junio, por la tarde, recibimos un telegrama del barón Lago, plenipotenciario austríaco, comunicándonos todo lo que había ocurrido en Querétaro, es decir, la captura del emperador como prisionero, además, su orden y deseo de no seguir derramando más sangre en defensa de su causa. Al mismo tiempo, adjunto al telegrama, iba una proposición del general Porfirio Díaz ofreciéndonos una capitulación honrosa.

Todas esas noticias procedentes del campamento enemigo y recibidas a través de sus representantes las entregamos en seguida al general Tavera, jefe de la ciudad, informándole sobre los engaños de Márquez. Una delegación acudió también al general Ameliano, quien reconoció sus mentiras habiendo sido instigado por Márquez. Seguidamente se entrevistaron con éste obligándole a firmar su dimisión y a entregar el poder a manos del general Tavera.

En medio de esos acontecimientos, hasta el 20 de junio pasamos el tiempo negociando acerca de las condiciones de nuestra capitulación firmándola justamente ese día. Las condiciones fueron presentadas en forma breve y concisa .

El artículo I aseguraba la vida del emperador y la de cada extranjero,

El artículo II, el derecho para quedarse con las armas y equipajes,

El artículo III, el traslado libre a Veracruz de todo el ejército; el transporte y el mantenimiento del ejército a cargo de la República Mexicana.

Los artículos siguientes destacaban detalles de menor importancia, que luego resultaron ser irrealizables y fueron cambiados. Por ejemplo: el 21 por la mañana, todos íbamos a salir al campamento enemigo. Bien es verdad que el general Tavera negoció, por

su parte, en nombre de la guarnición, pero Porfirio Díaz no quería tratar con ellos, si no fuese en base a la rendición incondicional.

El día 20 por la tarde, al efectuarse nuestra capitulación, el enemigo abrió el fuego de todos sus cañones hacia la ciudad. Como la población no tenía conocimiento de nuestras negociaciones y era justamente la hora del paseo por la Alameda, se formó un pánico increíble. Todo el mundo echó a correr, las carrozas, los jinetes y los peatones, creyendo que era un ataque general que iba a ser seguido por la entrada de los liberales en la ciudad.

En aquel momento estaba yo precisamente a un extremo de la calle de Plateros¹⁰⁶, pensando que quizá al romperse el tratado con las tropas imperiales, se hubiera dado un asalto general. Apresuré el paso para llegar pronto a nuestro cuartel. Allí encontré ya a todos nuestros oficiales y a la gendarmería, los tiradores ecuestres y los de infantería, es decir, todas las divisiones extranjeras que se habían unido a nosotros para salir todos juntos al día siguiente al campamento enemigo, según las condiciones de la capitulación.

El cañoneo fue seguido de un silencio profundo. Las calles estaban desiertas, no se veía ni un alma. Aproveché ese momento relativamente tranquilo para hacer llegar mis equipajes al cuartel. Luego de comer en casa, fui a la casa de la señora Puga, amiga mía, de cuya hija estaba enamorado. Al entrar, encontré a todos terriblemente espantados. Esas damas nos imploraban llorando que nos escondiéramos sin fiarnos de sus compatriotas a quienes ellas conocían de sobra, asegurándome, al mismo tiempo, que aquellos no cumplirían ninguna condición y que nos matarían como corderos, en caso de entregarnos voluntariamente en sus manos. Me costó muchísimo trabajo calmar a esas damas y volver al cuartel. Era una familia muy apegada a nosotros; la señorita Puga, una criolla pelirroja de tez sutil, era muy bonita y se distinguía entre sus paisanas, generalmente morenas y de piel bastante oscura. Yo sabía que mi persona no le era indiferente y tal vez me hubiera decidido a casarme con ella, si no fuera por la distancia. Esperando el permiso de los padres, la boda se hubiera aplazado varios meses y había que partir inmediatamente.

De regreso al palacio imperial, encontré a Eloin que se había unido a nosotros. Cerca de la medianoche, Porfirio Díaz nos comunicó por medio del cónsul americano que ya no hacía falta que fuéramos al campamento de los liberales, pues la guarnición local

106 Actual calle de Madero

se había rendido incondicionalmente y que a la mañana siguiente él mismo entraría en la ciudad. Naturalmente, en toda la noche no pegamos los ojos. A las 4 de la madrugada izamos la bandera blanca y a las 7 entró el enemigo manteniendo el máximo orden. Rodeó el palacio donde estábamos, dirigiendo las bocas de sus cañones hacia el público, probablemente para protegernos ante un posible atentado del fanatismo republicano. Al poco rato llegó a caballo el propio Porfirio Díaz y al entrar en el palacio, estando muy emocionado, le declaró el coronel Kodolicz que, en contra de su voluntad había ocurrido una desgracia, pues el 19 en Querétaro habían fusilado al emperador. Suplicó, además al coronel que diera una orden especial de no dejar a nadie salir del cuartel para evitar todo tipo de infortunios. La noticia fue para nosotros sumamente deprimente. Si no cumplieron con el primer punto de la capitulación, podríamos suponer que tampoco cumplirían con los demás. Empero ocurrió lo contrario. ¿Sería que la muerte del emperador les asustó y suponían que Europa querría vengarse? Lo ignoro, pero, en todo caso, hasta nuestro embarco en Veracruz su actitud fue siempre correcta. Bien es verdad que se publicaron unas órdenes excepcionalmente severas. Estaba prohibido bajo pena de muerte ultrajar a los prisioneros. La misma pena amenazaba en el caso de vender cualquier tipo de bebidas alcohólicas¹⁰⁷ durante los tres primeros días después de la entrada de las tropas republicanas. Sin embargo, posteriormente todas esas prohibiciones fueron suprimidas y podíamos ya a cualquier hora salir a la ciudad y volver cuando nos diera la gana. Así permanecemos hasta el 27 de junio, día en que salimos con el resto del ejército a Puebla. Como era de suponer mi despedida de la familia Puga, en particular de la señorita Emilia, aunque muy cordial, fue, a la vez, dolorosa. Nunca olvidaré a esta persona tan enteramente entregada a nosotros que siempre trató de hacernos la vida más agradable en ese país extranjero.

Kodolicz asumió el cargo de jefe de nuestra columna, incluyéndome también a mí en su estado mayor. Bertrand y Kevenhüller se quedaron aún más tiempo en México y según lo supe después, solos volvieron a Europa. A lo largo de nuestro camino hasta la misma Puebla no hubo incidente alguno, lo recorrimos en completa tranquilidad. Allí

107 En la traducción literal del polaco “bebidas calientes de cualquier tipo”. Las bebidas “calientes” por excelencia lo son el café, el té y el chocolate, cuya prohibición de venta, – a menos que respondiera a actividades especulativas – resultaría absurda en las condiciones descritas por el autor. El sentido que esta frase podría encerrar sería, pues, el de aludir a las bebidas embriagantes (en tanto que provocan ardor, o sea, **aguardientes**). Por lo que hemos decidido dar esta interpretación al texto.

nos alojamos en el hotel Des Diligences, pero, al enterarnos de que nuestra estancia se iba a prolongar, Kodolicz y yo alquilamos una habitación particular en la ciudad.

Las muestras de compasión que la gente nos manifestaba en todas partes, nos asombraron mucho. No sólo en las clases sociales más altas donde el duelo era general hasta tal punto que las mujeres vestían trajes negros y ni un sólo coche de lujo aparecía en los paseos públicos. Incluso entre la población campesina y urbana se respetaba el duelo.

Unos días después de nuestra llegada nos alarmaron unos rumores esparcidos por las malas lenguas diciendo que habían llegado unas órdenes, según las cuales nos iban a tratar como prisioneros corrientes. Resultó que eran simplemente cuentos. Durante toda nuestra estancia en la tierra mexicana, después de la capitulación, todo el mundo nos demostraba siempre una gran benevolencia tratándonos igual que a las tropas republicanas.

En el curso de mi permanencia en Puebla me sucedió un incidente extraordinario que quiero describir por lo curioso que es. Para llegar de mi casa al hotel Des Diligences, donde comíamos, había que pasar al lado del cuartel de los liberales. El centinela, que se paseaba delante de la puerta, viendo a un oficial, se detenía presentando las armas. Cuando un día pasaba yo por ese camino, casualmente miré la cara del soldado que presentaba las armas y cuál no ha sido mi espanto al reconocer en él a uno de los bandidos de la finca tomada por nosotros a la vuelta de la infeliz expedición a Texcoco, a saber, precisamente al cual yo mismo había despedazado con mi sable. ¿Era el mismo hombre o una alucinación? Quién lo sabe, como dicen los españoles, lo cierto es que él no reparó en mí y siguió realizando tranquilamente su servicio.

Poco tiempo después, nos avisaron que la fragata austríaca "Elizabeth", bajo el mando del capitán Gröller, había atracado en Veracruz y ya nos estaba esperando. Nos pusimos nuevamente en camino pasando por lugares bien conocidos, que habíamos recorrido tantas veces en condiciones bien distintas. Esos recuerdos nos entristecían más aún en esa marcha de por sí tan sombría, por lo que d'Equivilley y yo arrancamos adelante para salir lo antes posible de ese maldito país. En Palmar abandonamos nuestro cuerpo y luego de pasar la noche en Potrero¹⁰⁸, en casa de un alemán conocido mío. El 29 de julio de 1867 llegamos a Veracruz. Al salir por la mañana de Potrero, cerca del mediodía subimos la última colina llamada *El Chicuite*¹⁰⁹, desde donde nuestra vista abar-

108 Potrero de Llano, no lejos de Córdoba, estado de Veracruz.

có con alegría el enorme espacio del mar extendiéndose a lo lejos delante de nosotros. Ese cuadro nos colmó de una alegría indescriptible, anunciándonos el regreso al país y la reunión con las familias que, hacía tres años, habíamos abandonado llenos de esperanza. Mas, ¡Qué sangrientos y desagradables eran los recuerdos de esos tres años! ¿Cuántos amigos perdidos y cuántas ilusiones? Quedaba una sola esperanza, la de poder reunirnos con la familia y con el país.

Capítulo X

Rumbo a Europa vía Nueva York.

Un sentimiento que perduró.

Unos días después, al reunirnos con el resto de nuestro ejército, el 5 de agosto subimos al barco “Elizabeth” y zarpamos hacia Nueva Orleans. Allí nos esperaban nuevos contratiempos. En el barco estalló la fiebre amarilla que habíamos pescado en Veracruz arrastrándola luego con nosotros. A consecuencia de ello, nos fueron designados 10 días de cuarentena en el Misisipí, sin derecho a desembarcar.

Entrando desde alta mar al magnífico río Misisipí, uno tiene conciencia de ello sólo por el color amarillo de las aguas, debido al enorme caudal que lleva este río. En cambio, las orillas no se dejan ver rápidamente; sus contornos se destacan en el horizonte lejano sólo después de varias horas de viaje en vapor.

La cuarentena era muy severa, pues incluso el dinero que pagábamos por las provisiones de legumbres y víveres, lo metíamos primero dentro de unos saquitos atados a unas pértigas largas y así lo recogían nuestros proveedores, sumergiéndolo en seguida en unos preparados desinfectantes. En los últimos días ya teníamos el permiso para bajar del barco en grupos y dar paseos, pero no en la misma ciudad. Paseando una vez, entré con mis compañeros en una especie de taberna con el deseo de tomar algo. El judío que nos servía, al oírnos hablar polaco, se dirigió a nosotros preguntando si éramos de Galitzia, pues él hacía años que había emigrado de esa región de Polonia. Nuestro asombro era tan grande como el suyo.

109 Se refiere a la colina conocida como el Chiquihuite, desde cuya cima de divisan los faros del puerto de Veracruz. Según informes locales, hacia 1940, allí fueron desenterradas 82 balas de los “cañones franceses”, mismas que fueron fundidas para el uso de la herrería.

Después de haber concluido la cuarentena, se acercó a nuestra fragata un gran buque transportador al que nos trasladamos, partiendo hacia Nueva York. Kodolicz se quedó en Nueva Orleans siguiendo después su viaje por cuenta propia.

Era extraña la construcción de ese buque americano. Por lo visto, había sido construido con fines meramente especulativos, a fin de transportar la mayor cantidad posible de pasajeros, pues la maquinaria estaba en la cubierta, lo cual, aparte del olor desagradable que despedía el aceite caliente para el engrase, tenía otro lado negativo, no menos molesto. Debido al enorme peso de las máquinas instaladas en la cubierta, el buque se mecía tanto que, con el mar un tanto agitado, parecía que no iba a poder mantener el equilibrio, volcándose fondos arriba. Cerca de Florida, nos sorprendió lo que los franceses llaman "*un grain*". Su originalidad consistía en que no se notaba su veloz acercamiento hacia nosotros. El mar debajo de nuestra nave estaba todavía tranquilo, mientras que a unos quinientos pasos ya se encrespaba furiosamente, sorprendiéndonos también al poco rato. Atravesando, en aquella zona, la famosa corriente *Golf-Strom*, nos llamó la atención la estela de esta corriente destacándose en medio del mar, pues, además de una diferencia muy notable en la temperatura del agua, la corriente se deja ver claramente fluyendo rápido entre las olas marinas.

Cuando llegamos a Nueva York, en ese magnífico puerto ya nos esperaba el barco de pasajeros, "*Western Metropolis*", alquilado por el cónsul austríaco para transportarnos a Bremen. Tuvimos sólo tiempo de transbordar y de inmediato zarpamos para continuar nuestro viaje. Los pasajeros nos miraban con curiosidad, pues, por no tener trajes de paisanos, vestíamos todos nuestros uniformes bastante llamativos, de color rojo y galoneados de plata. Después de instalarme en el camarote, salí a la cubierta para contemplar una vez más esa tierra americana de la que nos íbamos alejando a toda velocidad y debo decir que nos alejábamos de ella con un sentimiento de liberación. De pronto, una joven americana, menuda y bonita cual una muñequita, se acercó a mí preguntándome si hablaba inglés.

Al recibir una respuesta negativa, muy interesada en conocer nuestras vicisitudes que, por la muerte trágica del emperador, enardecieron entonces al mundo entero, empezó a indagarme chapurreando un mal francés. De allí nuestro trato más próximo. Conocí también a su madre Mrs. Baldwin, y me enteré de que iba con sus hijas a Dresde para que éstas terminasen allí su educación. Otro pasajero igualmente interesante era el príncipe Penthievre, hijo del príncipe de Joinville, que volvía de su viaje alrededor del mundo, en compañía de Roger de Beauvoir, ya entonces conocido literato. Entré en

contacto con el príncipe a quien le interesaba también conocer los detalles de nuestra expedición y del drama de Querétaro. Pasábamos largamente por la cubierta, abandonada por los pasajeros cuando el mar estaba agitado. Como ambos éramos resistentes a los caprichos de Neptuno y no le entregábamos tributo como suelen hacerlo la mayoría de los mortales, esos caprichos no nos hacían bajar de cubierta. El príncipe, como deserrado, no pudo volver en un barco francés. Al despedirse de mí en Cowes, me ofreció su retrato con dedicatoria: *en souvenir de notre traversée sur le Western-Metropolis, Septembre 1867*¹¹⁰.

Debido a estas amistades, el largo viaje pasó rápido, incluso puedo decir que demasiado rápido. No es de extrañar que, a mi edad, esa americana tan bonita y directa, dándome clases de inglés, ganó toda mi simpatía y me robó el corazón. En Cowes se le antojó visitar necesariamente el castillo real de Osborne y me incitó a tomar parte en ese paseo. Cuando le pregunté quién iría con nosotros, contestó sorprendida: ¿para qué? Y más aún le sorprendió mi pregunta, si su madre no se oponía a ello. Es extraña la libertad y la soltura de las jóvenes americanas y hasta ahora me es difícil opinar cuál educación es mejor, si la nuestra o la suya.

Alquilé un bote que tomamos los dos y luego, fuimos a la ciudad. Allí, después de desayunar en un restaurante, alquilé un coche en que fuimos a Osborne. Como llevaba el uniforme, en todas partes me rendían honores militares y, sin la menor dificultad, nos permitieron ver los jardines del famoso castillo de la reina Victoria. Después de regresar al barco, continuamos inmediatamente nuestro viaje rumbo a Bremen, puerto en que íbamos a desembarcar. Todavía antes de llegar a Bremen, me despedí de la encantadora Miss Baldwin, quien me ofreció su retrato y la promesa de vernos en Dresde.

Prometer y cumplir son dos cosas bien diferentes, como es sabido, y ha quedado solamente un recuerdo tan frágil, como la vida de una rosa. En Bremen nos estaba esperando el cónsul austríaco y un tren especial en que partimos en seguida a Praga, sin detenernos en ninguna estación. Allí, al día siguiente, entregué en las manos del jefe de la ciudad, general Supancicz, a toda mi división y, una vez libre de obligaciones, me marché a Cracovia en el primer tren.

A pesar de lo alegre que estaba al encontrarme de nuevo en este viejo continente europeo después de tres años llenos de diferentes aventuras, cuando desembarcamos en Bremen, no pude liberarme de la sensación de los sucia y pobre que me pareció esta tie-

110 "En recuerdo de nuestra travesía en el Western-Metropolis, Septiembre 1867."

rra. Era la primera sensación, espontánea además, y no provocada por ningún disgusto y por consiguiente, verdadera. Mis ojos acostumbrados, desde hacía tres años, a la magnífica y exuberante vegetación meridional y luego, a las enormes extensiones de la América del Norte, aunque sólo vistas de pasada, se sintieron ofendidos por las pequeñeces de Europa, tanto en sus edificios, como en la vegetación.

Así terminó esa expedición que, gracias a Dios, me permitió volver sano al hogar familiar, dejando solamente los tormentosos recuerdos de los años juveniles y una dosis de experiencias que no me iban a proteger, sin embargo, de las futuras ilusiones y decepciones de la vida.

30 años después de mi regreso, recibí, por medio del Consulado de México en Viena, una carta de la señorita Emilia diciéndome que estaba viva y que seguía guardando los recuerdos agradables de nuestra estancia allá. Naturalmente, le contesté en mi español malo que yo también guardaba los mejores recuerdos de nuestra encantadora protectora. Unos meses más tarde, por la misma vía, recibí de la señorita Emilia una cajita que contenía un escapulario de la Santísima Virgen de Guadalupe y un pañuelo de batista, bordado por sus propias manos, que, según la tradición local, iba a cubrir mi cara después de la muerte. Prueba irrefutable de que la verdadera amistad vencerá la distancia y el tiempo.